



# Una Ventana Frente al Mar

VANESSA FREIRÍA

# Una Ventana Frente Al Mar

*Vanessa Freiría*

Copyright © 2018 Vanessa Freiría Crego

Editorial KDP by Amazon

Diseño portada ® Vanessa Freiría Crego

Todos los derechos reservados. 1ª edición

ISBN: 9781717876539

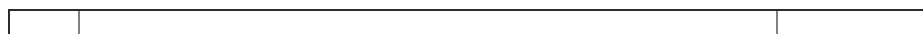
ASIN: 1717876536

ASIN EBOOK: B07FSQ2DP3

Para Fernando, mi padre que entre otras cosas, me ha enseñado que la integridad consiste en hacer lo correcto aunque nadie te esté mirando.

## CONTENIDO

<b>1</b>	<b>PREFACIO</b>	<b>N.º 11</b>
<b>2</b>	<b>I – ILUSIONES</b>	<b>N.º 15</b>
<b>3</b>	<b>II – ENCUENTRO</b>	<b>N.º 25</b>
<b>4</b>	<b>III – REMORDIMIENTOS</b>	<b>N.º 31</b>
<b>5</b>	<b>IV – TRAICIONES</b>	<b>N.º 35</b>
<b>6</b>	<b>V – RETORNO</b>	<b>N.º 41</b>
<b>7</b>	<b>VI – REUNIÓN</b>	<b>N.º 45</b>
<b>8</b>	<b>VII – OCUPACIONES</b>	<b>N.º 53</b>
<b>9</b>	<b>VIII – MATRIMONIO</b>	<b>N.º 61</b>
<b>10</b>	<b>IX – SORPRESAS</b>	<b>N.º 67</b>
<b>11</b>	<b>X – SOCIOS</b>	<b>N.º 73</b>
<b>12</b>	<b>XI – REENCUENTRO</b>	<b>N.º 79</b>
<b>13</b>	<b>XII – INSINUACIONES</b>	<b>N.º 85</b>
<b>14</b>	<b>XIII – DISTRACCIONES</b>	<b>N.º 93</b>
<b>15</b>	<b>IVX – CENAS</b>	<b>N.º 101</b>
<b>16</b>	<b>XV – FIESTAS</b>	<b>N.º 109</b>
<b>17</b>	<b>XVI – RECLAMOS</b>	<b>N.º 115</b>
<b>18</b>	<b>XVII – ACCIDENTES</b>	<b>N.º 121</b>
<b>19</b>	<b>XVIII – CONSECUENCIAS</b>	<b>N.º 125</b>



<b>20</b>	XIX – PLANES	N.º 129
<b>21</b>	XX – NAVIDADES	N.º 135
<b>22</b>	XXI – INTENCIONES	N.º 141
<b>23</b>	XXII – ÓRDENES	N.º 147
<b>24</b>	XXIII – ENFERMEDAD	N.º 153
<b>25</b>	XXIV – FATALIDAD	N.º 159
<b>26</b>	XXV – CONVALECENCIA	N.º 163
<b>27</b>	XXVI – SUEÑOS	N.º 169
<b>28</b>	XXVII – VIAJE	N.º 177
<b>29</b>	XXVIII – HOGAR	N.º 185
<b>30</b>	XXIX – MIEDOS	N.º 193
<b>31</b>	XXX -EVIDENCIAS	N.º 201
<b>32</b>	XXXI – COMIENZOS	N.º 207
<b>33</b>	XXXII – DESPERTARES	N.º 213
<b>34</b>	XXXIII – CONFESIONES	N.º 221
<b>35</b>	XXXIV – DESCUBRIMIENTOS	N.º 227
<b>36</b>	XXXV – VISITAS	N.º 235
<b>37</b>	XXXVI – SECRETOS	N.º 245
<b>38</b>	XXXVII – ANGUSTIA	N.º 249
<b>39</b>	XXXVIII – LIBERACIÓN	N.º 259
<b>40</b>	XXXIX – REVELACIONES	N.º 267
<b>41</b>	EPÍLOGO	N.º 275
<b>42</b>	MENCIONES Y AGRADECIMIENTOS	N.º 279
<b>43</b>	ACERCA DE LA AUTORA	N.º 283

“ Questa volta i mie passi  
saranno meno incerti  
e più sereni, vedrò le luci  
e l’ordine delle strade

pensando che i muri possano crollare  
e per sempre. ”

BEPPE COSTA

( “ Esta vez mis pasos  
serán menos inciertos  
y más serenos, veré las luces  
y el orden de las calles  
pensando que los muros pueden caerse  
y para siempre. ” )

Fragmento del poema A Maghar de BEPPE COSTA

## ***PREFACIO***

*Madrid, Febrero – 2017*

Sentada frente a la chimenea sonreía. Era un estado de felicidad permanente que hacía mucho tiempo que no sentía, tal vez incluso nunca se había sentido de esa manera, pero lo cierto era que comenzaba a familiarizarse con la sensación, y le gustaba. Subió los pies descalzos al sofá y se arropó un poco más con la manta de cachemira. Había creado una especie de ambiente íntimo solo para ellos y, aunque él no pudiera verlo, de ese modo lo sentía más cerca. La estancia estaba solo iluminada por el fuego que crepitaba incesantemente en la angosta y un tanto gótica chimenea de granito que presidía el salón.

Se había soltado el pelo solo porque él le había dicho que le gustaba así y llevaba un conjunto para dormir de dos piezas de satén y encaje en color borgoña que se había convertido en uno de sus preferidos.

Centró la vista en el teléfono, había vuelto a vibrar indicando que él seguía ahí, le gustaba tomarse tiempo en sus respuestas obviando deliberadamente el anhelo de ella por recibir las. Tomó la copa de vino que previamente había dejado sobre la mesa y dio un pequeño sorbo paladeando su esencia. Abrió el mensaje y un placentero escalofrío le recorrió la columna. No sabía de qué manera conseguía saber siempre qué decir, de qué modo la encendía sin siquiera tocarla... desde luego que lo lograba.

Solo hacía dos meses que habían pasado de la conversación profesional a una cada vez más cercana hasta convertir la relación en una atracción imposible de negar ni ignorar. Le costaba recordar en qué momento había ocurrido, pero ahí estaba. Era solo algo platónico, se había convencido a sí

misma de ello; de ninguna manera se habría permitido pasar de ahí, y eso era lo que hacía que no lo viese del todo como una infidelidad, no era algo físico al fin y al cabo, de manera que no había nada de malo en ello. Solo era... un juego.

Jamás se habían visto, y nunca lo harían. Pero le necesitaba ahí, cerca, aunque protegida por la distancia.

Después de casi diez años de matrimonio, (¿de feliz matrimonio?) era la primera vez que se interesaba por ningún hombre. Se había casado con su novio de la universidad, era guapo e inteligente y no convencía a su padre; por lo que en aquel momento de rebeldía le pareció perfecto. Alex era el típico chico por el que cualquier mujer suspiraría. Un hombre alto, de formas atléticas, con un absurdo en ocasiones sentido del humor, pero siempre con esa sonrisa perfecta y además se habían licenciado en la misma carrera, por lo que sus vidas iban irremediabilmente ligadas.

El paso de los años había hecho que la convivencia fuese soportable, tenían una buena posición económica y laboral y ella se había conformado. Suponía que él también.

Pero Marco apareció en su vida devastando todo a su paso, al principio era solo su voz la que la había cautivado, tenía la voz más condenadamente sexy que había escuchado en su vida, profunda y a la vez dulce, con un acento mezclado entre catalán e italiano que le calentaba hasta el alma. Pero luego el trato telefónico casi a diario instaló en su estómago un punto de intensidad emocional con la que no contaba y que la removió por dentro. Las largas conversaciones de temas comunes como el gusto por viajar, que nunca había compartido con su marido, para el que su país tenía suficientes emplazamientos turísticos; el arte, su admiración por la pintura y en especial la arquitectura clásica,...

Estaba segura de que nunca se había sentido así con Alex y eso, en cierto modo, la intranquilizaba. Aun así, decidió vivirlo, era un simple tonto que tendría una corta duración en el tiempo. Estaba convencida.

El día que se lo contó a su mejor amiga, ella le restó importancia, se trataba solo de un "cuelgue". En cuanto terminasen su relación laboral, se acabaría. Se dijo a sí misma que sí, que todo quedaría en una anécdota. Pero las

semanas pasaban y continuaron escribiéndose, llamándose, cada vez con más frecuencia.

### *Marzo - 2017*

La mañana de su cumpleaños recibió, junto con la correspondencia del día, un pequeño paquete certificado. No tenía remitente y la exquisita caligrafía con la que estaba escrito su nombre hizo que su corazón se saltara un latido. Se levantó y cerró con cuidado los estores de las ventanas que daban al pasillo y la puerta del despacho. Lo miró de nuevo antes de abrirlo, sabía de quien era, pero el hecho de ser suyo, de tener algo físico que él había tocado la hacía sentir mal de alguna manera. Rompió el envoltorio y dio un par de vueltas en la mano a la cajita que contenía. Había una tarjeta con una nota breve:

“Disfruta del día de tu cumpleaños. M.”



# *I*

## *ILUSIONES*

Aquel mes de octubre no estaba siendo especialmente frío, el otoño avanzaba entre lluvias, algún día ventoso, frecuente en aquella zona y un termómetro que se mostraba amable no bajando nunca de los diez grados.

Era viernes y el día había comenzado con un tibio sol que calentaba los árboles. Las hojas de todos los tonos posibles de ocre y marrones parecían danzar al ser tocadas por el viento. El cielo, despejado y en el horizonte una neblina que ella conocía bien, la transportaba a su niñez, a aquel colegio de monjas, el recreo, aquella amiga enamorada en secreto del atractivo profesor de historia, los primeros besos robados, también cobijados bajo esa misma niebla que, al avanzar el coche por el asfalto, parecía señalarle el camino.

Hacía pocas horas que había dejado Madrid y aun parecía soportar la ciudad sobre sus hombros, como si oculta bajo esa niebla pudiera aun sentir todo su peso.

Aunque hacía años que no residía permanentemente allí, llevaba el mar cosido en el alma, lo sabía próximo, salvaje, libre, acogedor, familiar, amigo, siempre confidente y celoso guardián de sus momentos solo con él compartidos.

Enfiló la última curva y ante ella apareció uno de esos rincones que no deberían ser conocidos más que por aquellos que saben apreciarlos, sus piedras quedas, sus casas preñadas de historias, sus gentes taciturnas temerosas de lo nuevo pero huyendo de lo viejo, sus rincones en caótico orden, una caudalosa fuente en una plaza casi olvidada que antaño fue el sustento de esas familias y todos ellos abrazados por ese mar al que todos respetan y la mayoría teme. Su mar.

Lo recordaba exactamente así, una puerta de madera de buen roble, robusta

como las piedras que la sostenían, unos cristales translúcidos dejaban pasar la luz a una entrada amplia pero en permanente penumbra, una placa dorada, brillante, mostraba con orgullo las tres estrellas como si se tratara de una bandera, de una advertencia al viajero, de una pequeña e invisible aduana de aquel hotel frente al Atlántico.

Entró. El calor de la lumbre le dio una excelente bienvenida, no tenía frío pero la reconfortó saber que aunque el día decidiera vestirse de Galicia, esos buenos troncos la protegerían.

- Buenos días señorita.- Oyó a su espalda sacándola de sus pensamientos.

Un hombre de mediana edad pulcramente vestido le sonreía al tiempo que la examinaba no sin cierto descaro de arriba abajo. Era un establecimiento que había visitado con anterioridad y la mujer que solía atenderla la habría reconocido; no obstante, en esta ocasión casi prefería que ella no estuviese.

- Buenos días, tengo una reserva para el fin de semana. – Se acercó al mostrador iluminado tan solo por una lámpara demasiado moderna para aquel ambiente y sacó la cartera de su austero bolso de Prada.

- De acuerdo. ¿Me permite su documento de identidad y la tarjeta con la que ha realizado la reserva por favor?

Al hacer aquel sencillo gesto, recuperó aquella sensación de años pasados en los que acostumbraba a pernoctar más de la cuenta fuera de casa. El recepcionista le devolvió ambos documentos tras realizar las gestiones pertinentes.

- Es la 205, en el segundo piso, bienvenida señorita Pazos. – Le devolvió el DNI. – El desayuno se sirve de siete a diez.

Le agradeció la información con una leve sonrisa, tomó su bolso de mano y subió las gastadas escaleras de granito, se fijó en la barandilla que una vez había sido una pieza única en su estilo, mostraba hoy el paso de cientos sino miles de manos que habían eliminado su antaño bello barniz dando paso a una madera casi descarnada. Le gustaba, no era decadente ni impersonal,

tampoco moderno, ni tan siquiera funcional, aquel hotel era simplemente acogedor, un lugar para el encuentro, donde saberse a salvo, un lugar con olor a niñez y a marisco, a barcos, redes y aparejos.

En el descanso de la escalera entre el primer y el segundo piso divisó el puerto, donde una decena de mujeres reparaba redes mientras sus hombres descargaban las capturas del día con su profesión marcada en cada surco de su maltratada piel. Un rincón en el paraíso de su tierra.

Entró en la habitación, era sencilla pero acogedora, los tonos cálidos de las paredes y la decoración la hicieron sentir bien. Dejó el bolso de mano en el suelo y se derrumbó sobre la cama.

Se había puesto para el viaje unos tejanos algo gastados, unas botas de piel vuelta que le permitían llevar calcetines de lana gruesa, una sencilla camiseta blanca bajo un jersey azul y unas gotas de Aire de *Loewe* completaban su atuendo. Bajo la ropa, rozándole la piel, aquel colgante del que, desde hacía unos meses, se había vuelto inseparable; le acariciaba constantemente la piel como un recordatorio de porqué estaba allí.

Lo cogió con la mano y lo miró centrando todos sus pensamientos en autoconvencerse de que no estaba actuando en contra de sus propios principios. A continuación fijó su mirada en la alianza que llevaba en la mano derecha y tuvo que reprimir una lágrima que amenazaba con desbordarse de aquellos ojos de un verde imposible.

Sacudió la cabeza para contener un ataque de realidad que la llevaría indudablemente a un sentimiento de culpabilidad que estaba deseando consumirla. Dobló cuidadosamente lo que se pondría para dormir y ojeó su teléfono, no había mensajes ni llamadas. Lo dejó de nuevo en la mesilla de noche y continuó deshaciendo el poco equipaje que había llevado.

Seguramente, de haberlo elegido él, el hotel sería como ese, es más, sería el mismo. Marco ocupaba sus pensamientos, recorriendo sin rubor todos los poros de su piel, sin piedad, sin dejar ni un lugar donde guarecerse a la merced de su capricho. Sonrió para sus adentros y se desvistió para meterse entre las cálidas sábanas y descansar un rato antes de salir a cenar.

Se descubrió de nuevo asiendo el colgante, una simple gota de plata con la

exquisita gema de malaquita había sido la que él había escogido.

Se estremeció y se quitó la alianza, metiéndola en el cajón de la mesilla, como si así la traición fuese menor.

Pensó en Marco, en pocas horas le vería y de nuevo un escalofrío recorrió su piel, notó como se endurecían sus pezones y la humedad en su sexo, como todo su ser se tensaba como las cuerdas de una guitarra. Se masturbó. Lo hizo con la decisión de quien sabe lo que quiere. ¿Lo sabía? Estaba allí para descubrirlo.

Su orgasmo llegó como una liberación, ese homenaje al onanismo que acaba de dedicarse, de dedicarle, para qué iba a negarse una obviedad como aquella; era él quien la cabalgaba, él quien encendía su cuerpo, él quien arrancaba sus gemidos, él al que deseaba.

Cerró los ojos, quería pensar y no podía ¿cómo renunciar a él? Hacía tanto tiempo que nadie la hacía sentir así... Pero ella insistió tanto, solo a su mejor amiga se lo había contado. “Ve, pasa un par de días sola. Podrás pensar”. Sola.

Era cierto, ella pensaba, de hecho no hacía otra cosa, pensaba en esa voz que le decía al oído todas las maneras posibles de un te quiero, aunque jamás había usado esas dos palabras. Pero luego estaba la voz de la conciencia, la de la terrible sensatez, atormentándola una y otra vez, que clamaba a gritos que se fuera, que volviese a casa.

Tomó el teléfono y lo miró como esperando una señal. Y llegó. No la que en el fondo esperaba, un mensaje de Alex diciéndole que la echaba de menos y volviese a casa, no, era uno de Marco.

*“¿Me extrañabas?”*

Solo dos palabras. Sentada en la cama, se quedó mirando el pequeño rectángulo con aquellas dos palabras que hacían que su vida fuese lo más parecido a un carrusel los últimos meses.

“¿Me extrañabas?” Volvió a leer el escueto mensaje, tan solo dos palabras que tenían la nitidez, la clarividencia de saber exactamente qué le ocurría. Si, le extrañaba, eso no podía negarlo ni en el más pesimista de sus análisis.

¿Solo lo extrañaba?

No, no solo lo extrañaba, sentía por él una atracción atroz, el deseo de lo que se sabe ciertamente prohibido, algo difícil de entender por alguien que no estuviese dispuesto a interrogar a su corazón, no al corazón que nos han dicho siempre que debemos escuchar, sino al que dejamos dormir, aletargado por años, a veces durante vidas enteras.

Cerró los ojos, cogió de nuevo el teléfono y lo apretó contra su pecho, lo retuvo ahí unos instantes, abrazándolo en silencio, con los ojos cerrados; podía sentir aquellas dos palabras que bailaban en su mente: ¿Me extrañabas?

Dios mío sí, desde el mismo instante en que terminaba de leer un mensaje estaba esperando al siguiente. Se había convertido en una especie de adicción.

No se habían visto jamás, había intentado retrasar el encuentro con las más rocambolescas excusas: imposibilidad de compaginar agendas, distancia, éstas eran las más creíbles; las demás, las que ella bien sabía, las consecuencias de aquel encuentro.

Era consciente, plenamente consciente, de que verse era entregarse, en ese último paso, ese momento inolvidable donde sobran todas las palabras y la piel escribe sobre otra piel, esas palabras que permanecen tatuadas para siempre.

Empezaba a odiar la ocasión perdida. Un fin de semana para ella sola en un hotel que le encantaba, en su tierra, su mar, sus gentes, sus rincones conocidos y siempre añorados; pero la lucha interna seguía ahí, confundiéndola, un segundo estaba segura de lo que hacía y al siguiente la consumía la duda.

Su cuerpo quería dárselo todo, compartirlo todo, entregarse a él y que él se entregase a ella; su mente, por otra parte luchaba para que primase la sensatez, sus principios que siempre había defendido con uñas y dientes.

Levantaba la niebla, a través de la ventana veía a lo lejos dibujarse el acantilado, cada vez más diáfano, todos los tonos de azul estaban allí, voló hacia sus ojos, los imaginaba profundos, elocuentes, él le había dicho solo su color.

Escribió una respuesta. Él estaba allí, como casi siempre, esperando al igual que ella la siguiente frase, el siguiente paso, la próxima locura, las mil maneras de desear a alguien. Cómo le deseaba, su cuerpo ya no se molestaba en ocultarlo.

Borró la respuesta.

Si le escribiese lo que sentía es ese momento habría de abandonar el hotel y correr a sus brazos sin perder ni un instante.

Quizás ya las sabía pero una tras otra las respuestas iban sucediéndose. ¿Le quería o era solo una irrefrenable atracción? Un escalofrío la zarandeó como un golpe de viento.

Necesitaba poseerlo, cabalgarlo, sentirlo dentro de ella, notar cómo se entregaba, como se vaciaba, quería sus besos, sus caricias, quería vestir ese sentimiento con todas las caricias que podía darle. Era deseo en su más puro estado.

¿Cómo sería? ¿Cuál sería la caricia que derribase la última barrera? Sería la más íntima la que marca el límite de cada uno.

Ya podía sentir sus dedos, su lengua, su olor, su tacto, sus avances, imaginaba sus manos asiéndole el pelo, suavemente, sus dedos se hundían en el cabello, aquellos labios recorriendo su piel, ya estaba empapada.

Se recostó en la cama y se quedó allí con el teléfono en la mano y su sexo en llamas. Continuó dejando libre su imaginación, era lo único que tenía ahora... El corazón a punto de salirse del pecho, las manos desesperadas por acariciar, la boca ávida de los besos que no llegaban... ¿Hacían falta más respuestas?

Su mano se movía por su cuerpo, cerró los ojos y deseó que estuviese allí para poder acariciarlo. Se sentía suya, y quería serlo sin medir las consecuencias.

Volvió a mirar la pantalla del móvil. No le había escrito nada más. Marco la conocía, solo la presión justa, sabía que estaba como un animal enjaulado esperando su respuesta y ella se sentía morir por no dársela.

*“Si, te extrañaba.  
Y aun me extraña más  
que no estés en cualquier  
cafetería de este mismo  
pueblo esperando a que  
te diga en qué hotel  
estoy y te dé el número  
de mi habitación”.*

El zumbido del teléfono resonó con más fuerza que nunca, parecía como si el propio artilugio supiese de qué era portador.

Naturalmente que estaba en el pueblo, ya había imaginado en cuál de los hoteles estaría y al final lo tuvo claro, tenía que ser ese frente al puerto. El mensaje no dejaba lugar a especulaciones. Quería verlo, tanto como él deseaba verla a ella.

Sonó de nuevo:

*“ Estoy en la 205. No tardes.”*

Salió a la calle, una suave brisa fría le azotó el rostro. Solo unas calles más y podría verla. Cuánto había esperado ese momento...

Apretó el paso, se miró en los cristales de una tienda, era la imagen de la prisa, de la urgencia para ser más preciso, sentía el deseo de correr por las venas, unos metros más, unos pasos más y sus labios se posarían al fin en los de ella. Y solo anhelaba que fuera un comienzo...

## *II*

### *ENCUENTRO*

Alicia continuaba removiéndose en su habitación como un animal enjaulado. ¿Por qué tardaba tanto?

¿Por qué había tardado ella tanto en escribirle? Ya estaba hecho y no había marcha atrás. Se arrepentiría del tiempo desperdiciado, de las caricias que no le había dado. Se miró en el espejo, sus mejillas ligeramente sonrosadas, sus labios humedecidos, sus manos ansiosas. ¿Notaría Marco que se moría de deseo?

Repasó su ropa, una camiseta blanca que realzaba su silueta, se veía atractiva. Su pecho generoso producía un escote perfecto, el sujetador de encaje blanco a juego con las braguitas cubiertas por unos tejanos. Se retocó el austero maquillaje casi inexistente.

Tres suaves pero firmes golpes en la puerta.

Un escalofrío que la recorrió entera.

El ligero chirrido de los goznes le sonó como un regimiento de lanceros bengalíes dándole la bienvenida.

Se giró y una imagen lo llenó todo, allí estaba él: dockers, camisa informal, un anorak y una mirada capaz de traspasar el acero. Reconoció la imagen que tanto había admirado en esa foto prohibida que guardaba celosamente en su teléfono. Era más alto de lo que esperaba, bastante más que ella y su estatura ya superaba la media. Sus ojos ligeramente rasgados y tan negros parecían querer atravesarla; su cabello obsidiana en cuidado desorden y esos hoyuelos en ambas mejillas tan cercanos a los perfectos labios que deseaba más que nada.



- Hola...

Dos besos en las mejillas quisieron romper el hielo. Era curioso, dos cuerpos encendidos y sin embargo había un hielo que romper.

- Estás preciosa. – Entró en la habitación con aparente tranquilidad examinando la estancia al tiempo que se deshacía de la ropa de abrigo.

- Gracias... - La sangre acudió de inmediato a sus mejillas y la hizo sentirse como una quinceañera.

- Me gusta el lugar que has escogido *amore* ... - Se acercó a ella.

Cuando dejaba de lado el tono profesional, el acento italiano era mucho más marcado. Y allí, teniéndolo tan cerca, le sorprendió. No tenía nada que ver con las conversaciones telefónicas, en las que su voz ya la embriagaba, en directo era infinitamente mejor.

- Hay unas vistas increíbles desde la ventana, ven. – Necesitaba una distracción para apartar los ojos de él.

Un mar embravecido desnudaba las rocas, a ella le pareció una alegoría. Marco se colocó detrás de ella y contempló el paisaje. Sentía su cuerpo cerca de él, el calor que desprendía se mezclaba con su perfume, por un instante creyó que era ella misma quien lo producía. Se acercó más, ahora ya podía rozarla, adelantó la cabeza como si mirara el infinito, solo pretendía que sus cabellos le acariciasen la cara, un cosquilleo le surcó la piel de norte a sur. Un tímido dedo le recorrió la columna hasta la nuca, donde apartó un rebelde mechón del pelo y un beso se depositó en su cuello como un suave pétalo, otro más y los brazos rodeando la cintura deseada. Ella volteó la cabeza buscando su boca y él se la ofreció, los labios se juntaron atraídos como un imán.

Continuaron ese beso, sintiéndose ahora liberados, los besos se volvían más audaces, más profundos, contenían información clara de aquello que los dos querían que ocurriese.

Marco le levantó los brazos suavemente y la camiseta de Alicia voló hasta

posarse en uno de los barrotes de la gran cama que presidía la cálida estancia.

Se arrodilló ante ella que le acariciaba el cabello y empezó a besar su vientre, a bajar a sus valles y subir sus montes, le dibujaba el cuerpo como si fuera suyo, cada caricia en el lugar adecuado para hacerla estremecer con cada toque, sus dedos recorrieron el escote, los pezones se marcaban en la tela del sujetador que se moría por quitar.

- Estás tan guapa con él puesto que me da pena quitártelo, espero puedas perdonarme. – Sonrió pícaro y soltó el cierre.

Le cogió la cabeza al tiempo que él se acercaba para lamer su pezón y acariciaba el otro entre sus dedos. Un sonido gutural emanó desde el fondo de su garganta.

- Ven... - le dijo tomándola de la mano. – A partir de ahora ya no tiene cabida valorar las consecuencias. – Le susurró al oído.

Se sentó en la cama, a su lado el cuerpo de él tan ardiente como el suyo, tiró de sus tejanos, ahora sus braguitas eran todo su vestuario, se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos dejándole hacer, disfrutando el ansiado momento. Sus manos recorrieron sus piernas, muslos... Se sentía morir, su vientre... Sintió como un dedo recorría la fina tela de su ropa interior queriendo entrar en la zona que ésta protegía. Jugaba ahora con su vello, hacía rizos con sus rizos, suave e incesante. Mientras acariciaba su centro de placer con el pulgar, sintió como otro dedo tentaba la entrada de su sexo; no dejaba de besarla y poco a poco fue liberándola de la molesta prenda que impedía que estuviese completamente desnuda para él.

Ella tomó su cabeza y la guió hacia allí donde sentía todo el calor, su pequeño apéndice se endurecía más por momentos, Marco empezó a lamerlo, a mordisquearlo suavemente sin dejar de taladrar su sexo.

- Espera... - Le dijo en un leve y extenuado susurro.

Se incorporó y le desnudó, durante un instante se detuvo para admirar la enorme belleza del hombre que tenía ante ella, tomándolo luego a él y acariciándolo como él continuaba haciendo con ella, intentaba acompasar sus caricias con los espasmos que nacían de su interior, sentía como Marco se retorció por el placer provocado. Un gemido de mayor intensidad le dio la

información, sintió una oleada de calor recorrer su cuerpo, él se llenó de ella y ella se llenó de él.

Se miraron, se comprendieron, ambos querían más, no era suficiente ni pleno todavía.

Fue Marco el que de nuevo tomó la iniciativa al incorporarse y echarse sobre ella, la miró a los ojos sin decir nada mientras se hundía en su ser, era mejor de lo que había soñado, se sentía traspasado por sus sentimientos y quería detener el tiempo.

Le acarició los pechos, la besó y cogió luego sus nalgas para ayudarla a levantarse y sentir cómo se hundía en ella suavemente, como un cuchillo en la mantequilla. La danza más antigua comenzó, el vaivén de dos cuerpos unidos hasta que ambos estallaron en un clímax de placer que culminó en un abrazo eterno.

Alicia miraba el techo mientras Marco observaba su pecho subir y bajar por la agitada respiración que poco a poco retornaba a su ritmo normal. Se incorporó levemente sobre un costado y acarició el rostro de ella que se volvió para mirarle.

- Te quiero Ali.

### **III**

## **REMORDIMIENTOS**

Los temidos remordimientos la acecharon en cuanto Marco salió de la habitación y comenzaron a atronar su mente. No había podido contestarle, no era lo correcto y agradeció que él no la presionase.

Cogió el neceser y entró en el baño para ducharse antes que regresara, había ido al coche a por su bolsa de viaje.

Al entrar dejó sobre el mueble del lavabo los productos que usaría para bañarse, nunca le había gustado usar los amenities de los hoteles, y se quedó unos minutos mirando su reflejo en el espejo buscando reconocerse.

Su imagen reflejaba lo turbada que se sentía, podía percibirlo en su interior, más no así su bello rostro que lucía aun ruborizado, los labios hinchados y un brillo en la mirada que de pronto dio paso a las lágrimas.

Pensó en Almudena, su amiga, su confidente, la única que conocía su secreto y la que sin duda le reclamaría hasta la saciedad que hubiese sucumbido a la tentación. Aun no podía llamarla, le había dicho que iba a estar sola, para pensar... Pero para pensar en Alex, no en Marco.

Quería irse, de pronto se sintió sucia. Se metió bajo el cálido y reconfortante chorro de agua y lloró. Lo hizo como hacía mucho tiempo que no lloraba, sus lágrimas se mezclaban con el agua que, por más que lo intentara, no arrastraban la traición.

No se permitió pensar en Alex, él estaría en casa, ajeno a todo y sin desconfiar ni por un instante en lo que realmente estaba haciendo su mujer.

No era extraño que Alicia viajase a Galicia, se había criado en esa tierra y de vez en cuando la morriña la consumía llevándola de nuevo a visitar su pueblo.

Por eso a Alex no dudó ni por un instante en animarla a irse aquel fin de semana, sabía que estaba muy estresada por el trabajo, los últimos meses la había notado distante, preocupada, tensa. Todo lo achacó al exceso de trabajo, sin más.

No, no quería pensar en él, la hacía sentirse peor y la presión en el pecho ya casi no la dejaba respirar.

Definitivamente había sido un error... “*Ya podías haberte dado cuenta antes de.*”; esas serían sin duda las palabras de Almudena , era como si la estuviese escuchando. Conocía perfectamente cuál sería la expresión de su cara cuando le diese el discurso, empezaría por sorpresa, pasando por incredulidad y finalmente la tan temida decepción.

Terminó la ducha y se secó poco a poco ensimismada y perdida en sus pensamientos. Al mirarse de nuevo al espejo se vio hecha un guiñapo, los ojos rojos e hinchados destacaban en su demacrado rostro. Reparó en el colgante, lo observó breves instantes hasta que decidió quitárselo y dejarlo en la bandeja de porcelana que había sobre el mármol; donde sabía que Marco lo vería.

Abrió el grifo del lavabo y se echó agua fría en la cara en un vano intento de remitir un poco la hinchazón y se aplicó un poco de crema hidratante.

Se vistió y escuchó unos instantes detrás de la puerta para ver si advertía señales del regreso de Marco, le había dicho que tenía el coche lejos, pero quería asegurarse.

No escuchó nada. Salió a toda prisa y recogió sus cosas en tan solo unos segundos, tenía que salir de allí, dejar sus errores tras esa puerta.

Tomó su adorado bolso de Prada y la pequeña bolsa de viaje y salió con la urgencia de quien se sabe fuera de lugar. Era tarde, pero debía volver, no quería, no podía volver a verle.

No dejó de temer el encuentro hasta que se sentó de nuevo en el coche, la noche era fría pero antes de cerrar la puerta inspiró profundamente, no sabía cuándo podría oler de nuevo el aroma del mar. Cerró y se quedó quieta,

intentó relajarse, en aquel estado de nerviosismo era un peligro en la carretera. Respiró de nuevo unas cuantas veces antes de arrancar e iniciar el camino de regreso.

Todavía no había llegado a la autovía cuando el tono de llamada la sobresaltó. Alicia miró el bolso, sabía que esa llamada llegaría de un momento a otro, miró al frente y no respondió.

A Marco no le sorprendía que se arrepintiese en un primer momento, la conocía, era demasiado pragmática para sucumbir a la tentación, demasiado calculadora para ceder a cualquier impulso. Pero finalmente decidió vivirlo y no podía creer que la asaltasen los remordimientos tan pronto. Había sido mágico, ella tenía que haberse dado cuenta al igual que él. Continuó llamándola una y otra vez, tenía que convencerla de que regresara, hablar, intentar calmarla. Pero no respondió y finalmente apagó el teléfono pues le saltaba directamente el buzón de voz y no podía arriesgarse a dejarle un mensaje.

Era tarde, se le pasó por la cabeza coger el coche e ir tras ella, pero no tenía sentido, se había ido, estaría confusa y no quería presionarla más, ella debía decidir.

Le escribió:

*“Conduce con cuidado,  
si no te encuentras bien, por favor, para.  
Sabes que no te exijo nada, estaré ahí  
cuando me necesites. TQ”*

Se acostó con el firme propósito de conciliar un sueño imposible. Las esperanzas que había puesto en ese fin de semana, en ese tan ansiado encuentro, se desvanecieron por completo. Esperó en vano una respuesta que no llegó y, después de un buen rato, se dejó vencer por el cansancio y se quedó dormido.

## **IV**

### **TRAICIONES**

En su elegante chalet neo mudéjar de la calle Castelar, en el barrio de Guindalera, Alex Mateo se preparó un *gin tonic* rosa tras llamar a Mabel, su servicial secretaria. Le había venido de perlas que Alicia decidiese irse fuera el fin de semana; si ella necesitaba un respiro en su relación, él aprovecharía el tiempo.

Tenía todo el fin de semana para descansar de la aburrida de su mujer, tan profesional, siempre pensando en el trabajo; prácticamente no se veían entre semana fuera del despacho y, si lo hacían, era para hablar de trabajo. Ella dirigía uno de los bufetes de abogados más conocidos de Madrid y él, que siempre había sido un colegiado más bien mediocre al que le asignaban muy amablemente los casos menos complicados, se aprovechó de su imponente físico para embaucar y posteriormente casarse con la hija de uno de los juristas más adinerados del país.

Pero la profesionalmente intachable Alicia, dejaba mucho que desear como esposa, era indiferente, anteponía siempre los negocios al placer y eso era algo con lo que Alex no comulgaba y el motivo de discusión por excelencia entre la pareja.

Por suerte, contaba con Mabel, siempre tan dispuesta a complacerle en todo. Llamó a la puerta, el portero de la urbanización la conocía y la dejaba pasar hasta la zona residencial. Alex, con unos jeans ajustados y una de sus impolutas camisas blancas desabrochada caminó hacia la puerta.

- Hola... - Mabel, tan espectacular como poco eficiente en su labor, no llevaba los habituales trajes de chaqueta que muy acertadamente se ponía para ir a trabajar.

Apareció con un mini vestido azul cobalto bajo su abrigo, que dejaba más

bien poco a la imaginación. La examinó lentamente resarciéndose en la visión que tenía en frente. Su espesa melena roja cayéndole en cascada por la espalda desnuda, sus pícaros ojos verdes le devolvían esa mirada que tanto le gustaba, anticipo de lo que estaba a punto de ocurrir y una sonrisa ladeada muy típica de ella, que le auguraba sin duda una noche espectacular.

Alex tiró de ella hacia el interior echando un rápido vistazo a los alrededores por si a algún vecino chismoso se le había ocurrido salir a pasear al perro a esas horas.

- Hola pecosa... - La atrajo hacia él para besarla con urgencia.

Mabel contaba con la frescura de la veintena, era pasional, alocada y lo mejor era que nunca decía que no a nada. Alex iba a resarcirse de los casi dos meses que su mujer lo tenía a pan y agua en lo que a labores de cama se refiere.

Con Alicia siempre era así, todo era más importante que la vida de pareja, nunca había sido una mujer especialmente ardiente, tampoco estrecha, pero juraría que más de una vez habían hecho el amor porque simplemente “era lo que tocaba”, sin pasión, sin el más mínimo rastro del impetuoso arrebató que debe tener una pareja que se ama y se desea.

Decidió apartar de su pensamiento a su mujer para centrarse en la juguetona muchacha que estaba haciendo estragos en la parte baja de su anatomía.

\*\*\*

Alicia tuvo que parar tres veces durante el trayecto de vuelta a casa. La primera para apagar el móvil, Marco la estaba volviendo loca con tanta insistencia, sabía que tarde o temprano tenía que afrontar esa conversación, pero no en ese momento; la segunda porque las lágrimas no le dejaban ver bien la calzada y la tercera para tomarse un café, el agotamiento no era buen compañero de ruta.

El taciturno camarero de un lúgubre bar de carretera la examinó mientras se acercaba a la barra a pagar el último café que se tomaría antes de entrar en Madrid. No faltaba mucho para el amanecer, pero la noche continuaba aun



oscura queriendo prolongarse ayudada por la neblina que no levantaba.

Apuró el paso hasta el coche, en mala hora se le había ocurrido parar en aquel lugar. En veinte minutos entraría en la ciudad y se dirigiría a casa sin más demora; esperaba que Alex estuviese dormido para que no viese el estado en que se encontraba, no creía poder ocultar los nervios, el pesar, el maldito remordimiento tardío y ya en un tiempo anunciado, de un comportamiento a sabiendas indebido.

Su flamante BMW X6 arrancó sin demora e inició el último tramo del trayecto de regreso. Ansiaba estar en su casa, en su cama, abrazar a su marido y que todo aquello terminase allí, en el mismo lugar donde no debería haber empezado.

Lamentó el haber mancillado el recuerdo de su tierra, nunca volvería a ser igual su regreso, estaría manchado por lo ocurrido allí no hacía más que unas horas.

Se sentía tan estúpida, miró la hora, era temprano, demasiado para llamar a Almu. Sintió la necesidad de hablar con ella pero supo que tendría que esperar a mañana. Cuando entró en su barrio ya empezaba a abrir el día. Era sábado, por lo que el tráfico en la ciudad estaba tranquilo; llegó a la puerta de la urbanización y paró el coche en el arcén. Y no fue hasta entonces que cayó en la cuenta... ¿En qué estaba pensando? ¿Qué motivo le daría a Alex para estar de regreso tan pronto? Se revolvió en su asiento nerviosa. No podía entrar a esas horas sin una excusa convincente y no la tenía. Lo que sí tenía era la peor cara que había tenido nunca, se miró en el espejo del parasol y se convenció de que no estaba en condiciones de convencer a nadie de nada, y mucho menos a su marido.

Arrancó de nuevo y condujo mecánicamente hasta Torrelavega, donde residía su mejor amiga. Se detuvo enfrente de su bloque de apartamentos y esperó a que fuese una hora decente para llamarla.

- Dime... - Almudena contestó soñolienta después de comprobar el nombre de la persona que la llamaba. – Es sábado por la mañana y no tienes que trabajar. ¿Qué haces despierta?

- Ábreme Almu.

No hizo falta decir más, se levantó de la cama y se acercó incrédula a abrir la puerta.

- Pero ¿qué? – La cara de Alicia era un cuadro expresionista, jamás la había visto en ese estado. – ¿Qué te ha pasado? ¿No estabas en Galicia?

Alicia entró y de nuevo lágrimas brotaron incontroladamente de sus cansados ojos. Se dejó caer en el sofá sintiéndose extrañamente a salvo.

- Ali, me estás asustando. ¿Qué te ocurre? – Fue rápidamente a la cocina a servirle un vaso de agua y se sentó a su lado ofreciéndoselo. - ¿Es Alex?

- No... - Escuchar el nombre de su marido la atravesó como una estaca. – Yo... es culpa mía. Lo he hecho Almu...

- Por Dios Ali, ¿qué has hecho? – El fuerte de Almu no era precisamente la paciencia.

Alicia se revolvió en el sofá y se encogió escondiendo la cabeza entre las manos.

- He quedado con Marco. Nos hemos visto... y nos hemos acostado. – Dijo al fin con un hilo de voz.

Almudena no dijo nada, hacía tiempo que temía que ocurriese, pero apelaba al sentido común y a la siempre presente sensatez de su amiga. Alicia era una mujer con principios, unos principios que acababa de quebrar ella misma y su estado lo reflejaba.

Intentó asimilarlo y trató de encontrar palabras que la reconfortaran. Era muy difícil, la conocía demasiado bien, sabía cómo debía sentirse.

- Creo que deberías dormir, ahora no ves las cosas con perspectiva. ¿Has ido a casa? – Ali negó con la cabeza. – Bien, vamos a la cama. Dormiremos unas horas y luego hablaremos.

La ayudó a levantarse y caminó lentamente hasta el dormitorio dejándose vencer poco a poco por el cansancio. No sabía si podría conciliar el sueño, pero sí necesitaba relajar los ojos y que su amiga la abrazase y la convenciera de que no era tan mala persona como ella se sentía.

## V

### *RETORNO*

El sueño la consumió y las horas se desvanecieron. Cuando se despertó, deseó que hubiese pasado un año, no iba a dejarse engañar por la quimera de que aquello no había ocurrido y era tan reciente que por una parte ambicionó carecer de la moralidad y la sensatez que siempre la habían definido.

- ¿Café?

Almu entraba en su dormitorio ofreciendo una taza del preciado y anhelado líquido y portando otra para ella. Llevaba su corta melena morena revuelta, unos pantalones de deporte ya raídos por el tiempo y una camiseta dos o tres tallas más de la que necesitaba, pero aun así era hermosa, sus ojos color miel destilaban calidez, cercanía.

- Gracias... ¿Qué hora es?

- Casi las nueve.

- Dios... - Ali se incorporó desperezándose. – He dormido todo el día. – Tomó la taza que le ofrecía.

- Y toda la noche cariño, son las nueve de la mañana. Es domingo.

- ¡¿Qué dices?!

Almu solo pudo sonreír, había estado muy preocupada. Vio a Ali revolveirse y murmurar incoherencias en sueños, aquello la había perturbado más de lo que seguramente nunca admitiría, y ella, que la conocía como nadie, sabía lo que le iba a costar superarlo.

- Tranquila. ¿Te encuentras mejor?

- Supongo que sí.

- ¿Vas a ir casa? Porque creo que sería mejor que te fueses por la tarde, evitarás preguntas incómodas. – Le acariciaba el pelo como si fuese una niña pequeña. – Si Alex te ve volver antes de lo normal...

-Sí, tienes razón. Además, aun no estoy preparada para encararle.

Después de darse una rápida ducha se sintió un poco mejor y se preparó para enfrentar al fin la pospuesta conversación con Almu. No había llevado ropa cómoda para el viaje y optó por ponerse unos leggins y una camiseta de su amiga.

Al entrar en la pequeña y sin embargo preciosa sala de estar, la encontró apoyada en la encimera que separaba la estancia de la cocina tomando la segunda taza de café de la mañana. No fue necesario preguntar ni decir nada al respecto, sabía que tocaba explicarse.

- Venga, - se sentó en un puff que había frente a Almu. – suéltame el discurso que ya sé que me toca.

- No voy a soltarte ningún discurso bobo, - tomó asiento a su lado – ya tienes bastante encima. Y sabes de sobra que has metido la pata de lleno. – Se pasó la mano por el pelo respirando profundamente antes de continuar. – No sé Ali, ¿te va mal con Alex? Porque si es así...

- No, estamos bien... - Miró al suelo pensativa. – Ya sabes, es Alex, tiene sus cosas pero somos nosotros, siempre lo resolvemos todo.

- Él tiene sus cosas y tú las tuyas...

- Ya lo sé... Quiero decir que, bueno todas las parejas tienen sus problemillas ¿no? Pero siempre lo hemos hablado y hemos continuado hacia delante.

- ¿Le quieres? – Ali miró a Almu interrogándola con la mirada. - ¿Y a Marco?

- ¡No! – Se revolvió en su asiento. – Quiero a Alex, es mi marido...

- Joder Ali, ya sé que es tu marido. Te estoy preguntando si estás bien con él, porque yo te avisé desde que comenzó todo ese lío con el italiano, y no quiero decir “te lo dije” pero es que ¡Te lo dije!. – Se levantó alterada. – No sé puede iniciar ese tipo de jueguitos con un tío y no esperar que no se vaya

a complicar, porque pasará. Y te digo más, creo que cuando una mujer está bien con su marido, no tiene ojos para otros hombres. O al menos yo lo veo así.

- Ya, ya lo sé. ¿Qué quieres que te diga? – Intentó contener las lágrimas que de nuevo comenzaban a brotar de sus ojos y se levantó nerviosa caminando de un lado a otro mientras se pasaba las manos por el pelo. – Sé que me he equivocado, no necesito que me lo digas, creí que podría controlarlo...

- ¿Controlarlo? Así hablan los adictos Ali... - Se rió intentando quitarle hierro al asunto. – Madre mía, creo que simplemente deberías olvidarlo y ya está. ¿No tienes que volver a verle no?

- No necesariamente, quiero decir, el caso está a punto de cerrarse. – Resopló nerviosa. – Todo lo que queda es ya tema burocrático. Si no ha sido necesario que nos viésemos antes, a partir de ahora mucho menos.

- ¿Y si tu padre le pasa el tema a Alex? – Almu abrió mucho los ojos ante la expectativa.

- ¿A Alex? – Sonrió. – No, papá jamás le daría a Alex este tipo de responsabilidad. No hay manera de que sus caminos se crucen.

Aunque hacía tiempo que había medio aceptado su relación, para el recto e intransigente Sr. Pazos, Alex distaba mucho de ser el hombre que su hija merecía.

- Mejor, pues nada, reponte. Pasaremos el día en casa, pediremos una pizza para comer y esta tarde regresas a casa como si nada.

-¿Una pizza? – La miró incrédula.

-Sí, total, ya puestos a tener remordimientos...

Ambas rieron y se abrazaron. Las dos necesitaban el abrazo, Alicia para amortiguar su sufrimiento que ahora se veía aplacado, y Almudena porque aunque la veía mejor, aun estaba seriamente preocupada por su amiga. La conocía y sabía que no lo olvidaría tan fácilmente.

## VI

### REUNIÓN

Alex salió a correr la mañana del domingo, siempre venía bien un poco de ejercicio temprano y él no lo perdonaba ni aunque hubiese permanecido insomne buena parte de la noche anterior. El deporte le ayudaba a despejar la cabeza y también le venía bien para relajarse y pensar en la reunión que tendría al día siguiente con su estimado suegro y el resto de socios del bufete. Por suerte no contaban a menudo con su presencia en la oficina, había delegado casi por completo en su hija todo lo concerniente al personal, las adjudicaciones de los casos y todo el tema burocrático; pero cuando había que tomar decisiones importantes como la del lunes, en la que se decidiría la admisión de un nuevo socio o socia; ahí siempre hacía acto de presencia el fundador de *Pazos Abogados*.

Sabía que su asistencia no era imprescindible, ni mucho menos, de hecho era consciente de que solo estaría allí por deferencia de su mujer, ella siempre le había dado su lugar; su suegro simplemente le toleraba.

Esperaba que a su regreso a casa Mabel ya se hubiera ido, no le apetecía tener ningún tipo de conversación con ella. Las últimas veces que habían quedado tuvo la impresión de que comenzaba a retrasar su marcha y empezaba a hacerle preguntas de carácter cada vez más personal y eso no era lo que quería de ella. Debía dejárselo claro o la cosa podría complicarse. Aunque en el fondo una parte de él lo quisiera, sabía que era del todo imposible. Por su bien.

Le encantaba el Retiro a esas horas en las que no estaba masificado y podía disfrutar el entorno, de sus conjuntos escultóricos y paisajísticos, y de los arquitectónicos; el Palacio de Cristal era sin duda uno de sus lugares preferidos. El estilo clásico, sus techos y paredes transparentes, el hecho de que estuviese frente al lago, que le servía de espejo y donde se reflejaba toda

su majestuosidad, era simplemente fascinante. Era de las pocas cosas que tenía en común con Alicia, su fascinación por el arte arquitectónico.

Se detuvo frente al gran lago artificial y pasó un rato observando dos preciosos cisnes negros que nadaban pacíficamente ajenos a todos los ojos que diariamente les observaban y sin más preocupación que la de encontrar un sustento que los resarciese durante un breve período de tiempo.

Hacía varias semanas que no veía a Fernando Pazos y todavía le ponía nervioso encontrárselo cara a cara, siempre le dedicaba aquella mirada de suficiencia que denotaba su desaprobación en todo y un ligero matiz en aquellos profundos ojos a menudo le daba la impresión de que sabía que no era fiel a su hija. Claro que que no era así, de tener la confirmación, sabía positivamente que lo destruiría.

Respiró profundamente y continuó corriendo hasta el coche para regresar a casa.

\*\*\*

El domingo pasó como una exhalación y Ali se vio vistiéndose y preparándose para su regreso al hogar que compartía con el hombre al que había jurado lealtad hasta la muerte. Recogió ensimismada sus enseres, poco a poco, sin prisa ante la atenta mirada de Almu que en cierto modo temía que su amiga no supiese disimular ante Alex y que la bomba estallara.

- ¿Mañana tienes la reunión de socios no? – Dijo más por sacarla de sus pensamientos que por verdadero interés.

Alicia levantó la vista y solo asintió.

- Vale, eso es bueno porque estarás liada todo el día y tendrás la cabeza ocupada. – Se acercó a ella y le frotó cariñosamente la espalda. – Tranquila, todo va a estar bien. Dentro de menos de lo que imaginas lo recordarás como una mera anécdota.

- ¿Una anécdota? – La miró de soslayo torciendo el gesto. – Ya... Seguro.

Terminó de cerrar su bolso de viaje y lo dejó al lado de la puerta de la salida.

- Me voy ya, es tarde. –Besó a Almu en la mejilla antes de salir. -Gracias.
- Llámame mañana.

Almu cerró y se quedó pensativa apoyada en la endeble puerta al tiempo que sin saber por qué, observaba por la mirilla cómo su amiga entraba cabizbaja en el ascensor.

*“Solo espero que no me llame a media noche desolada porque en una ataque de sinceridad se lo ha contado todo”*, pensó.

\*\*\*

Para su primer día de trabajo tras el disfrute de sus vacaciones, Lucrecia eligió un vestido otoñal en tono burdeos y con un sencillo estampado en color marfil que realzaba su ya de por sí estilizada figura y la hacía lucir menos pálida. Unos *stilletos* de ante en crema de Lodi terminaban el *outfit*, no era nada fuera de lo común en sus atuendos de trabajo. Se recogió el largo y ensortijado cabello dorado en su sempiterno moño bajo y tomó rumbo a la oficina.

Llegó temprano al bufete, algo habitual en ella, y preparó el trabajo que tenía dispuesto para el día. No le sorprendió ver su bandeja de pendientes repleta tras pasar un mes en Argentina, su tierra natal a la que viajaba cada año.

Su despacho, impecablemente decorado por ella misma en un homenaje al minimalismo funcional, estaba en correcto orden gracias a su eficiente secretaria y solo tuvo que decidir por dónde empezar tras revisar los casos pendientes.

Llamaron a la puerta y entró Mabel.

- Buenos días, ¿qué tal tus vacaciones?
- Ah, hola. – Lucrecia no disimuló su sorpresa al ver a la secretaria de uno de los abogados en lugar de a la suya. –Bien, gracias. ¿Dónde está Marga?
- Me alegro. Sí, eso venía a decirte. Ha tenido un pequeño accidente haciendo escalada creo, se ha fracturado el brazo derecho. El señor Mateo me ha dicho



que te ayude yo a lo que necesites mientras llega la sustituta.

Un jarrón de agua fría para empezar el día, Mabel no era santo de su devoción precisamente, pero tendría que conformarse. Pensó en lo frustrada que debía sentirse Marga, la conocía bien. Luego la llamaría.

- Muy bien, gracias. Si te necesito ya te aviso. – Le hizo un ademán indicando que podía irse y continuó con su labor.

\*\*\*

En cuanto terminó de repasar de nuevo los puntos a tratar en la reunión de esa misma tarde, Alicia miró el reloj para comprobar que ya era hora de ir al aeropuerto a recoger a su padre.

Tras su aparente tranquilidad de siempre, todavía la acechaba de cuando en vez el temor a ser descubierta. Cuando, la noche anterior, había entrado en casa, se encontró a Alex jugando a la PS; le vino bien porque cuando estaba pegando tiros en el *Call of Duty* no reparaba demasiado en cualquier cosa que hubiese a su alrededor. Le preguntó de pasada y una mirada rápida el típico “qué tal” sin mostrar interés por la respuesta y continuó a lo suyo. La respuesta de Ali fue un rápido “Bien. Me voy a la cama que estoy agotada” y desapareció por el corredor que daba a su dormitorio en común. Se hizo la dormida cuando, un par de horas después, Alex se acostó a su lado.

Lloró en silencio cuando estuvo segura de que él dormía sintiéndose una miserable traidora pero decidiendo nunca hacerle partícipe de esa traición, Almu tenía razón, era algo que no iba a desaparecer y su confesión solo serviría para causar un sufrimiento innecesario.

La alarma del móvil sonó indicándole que debía irse ya o llegaría tarde y la impuntualidad no era algo aceptable en el intachable señor Pazos. Tomó su cartera de mano y salió del despacho a toda prisa al tiempo que intentaba meter el móvil en el diminuto *clutch* que ya estaba repleto.

- ¡Ey! – Lucrecia tuvo que apartarse para evitar que Alicia le tirara los dossiers que llevaba al archivo. –Doña prisas, ¿dónde vas?

- ¡Lucre! – Se sobresaltó al ver a su amiga. – Perdona, no contaba con nadie

por aquí a esta hora. - ¿Qué tal? – La besó en ambas mejillas y la abrazó. – Tengo que ir a Barajas a recoger a mi padre, lo siento.

- Ok, luego hablamos. No te preocupes. – Le guiñó un ojo y siguió su camino. - ¡He visto que tenemos varios casos juntas! – Gritó antes de perderla de vista.

- ¡Sí! Eres mi procuradora preferida. Chao. – Ali se despidió con un ademán y salió al corredor rápidamente para entrar en el ascensor que se cerraba en ese momento.

Gracias al poco tráfico en la M-40 no tardó ni veinte minutos en llegar. Pese a que ella prefería el AVE para sus frecuentes viajes Madrid-Barcelona, su padre tenía predilección por el avión y no era un hombre que variase fácilmente sus costumbres.

Alicia sonrió al ver el semblante serio de su padre que le devolvió la sonrisa en cuanto la identificó entre la multitud.

A sus cincuenta y nueve años todavía conservaba su atractivo, una característica que compartía con su carácter circunspecto aunque jovial en ciertas ocasiones. Su alta y fornida, aunque elegante estatura y un cabello ya gris impecablemente domado hacía las delicias de unas cuantas damas de la sociedad madrileña que poco o nada tenían que hacer ante Fernando Pazos, él vivía única y exclusivamente para sus labores empresariales. Hacía unos meses que se había dejado una cuidada barba que todavía haría aumentar más la tentación; Ali pensó de repente en si su padre se sentiría solo, al fin y al cabo hacía casi treinta años que había enviudado. Era algo que nunca habían comentado.

De pronto y sin venir a cuento pensó en Marco, en cómo se vería él a la edad de su padre, tenían cierto parecido en el porte, aunque Marco era más esbelto y seguramente aun más alto... En el momento en que su padre se acercó y la besó en la mejilla, la idea se esfumó y la devolvió a la realidad.

-¿Estás bien? – La miró frunciendo el ceño y bajando la cabeza a su altura para mirarla bien a los ojos.

-¿Qué? – Ali se sobresaltó. *¿Cómo era posible?* - ¡Sí, claro! – Sonrió para evitar la mirada inquisidora de su progenitor. –Vamos.

A pesar de haber cumplido ya los treinta y cuatro, en ocasiones todavía se sentía intimidada por su padre, en especial cuando la miraba como si aun tuviese ocho años y la hubiera pillado en una travesura.

-Y... ¿Cómo ha ido?

La situación política en Cataluña estaba lejos de normalizarse tras un referéndum celebrado de manera ilegal y la posterior declaración de independencia en el Parlament catalán realizada por el gobierno autonómico, que había hecho que la población se viera envuelta en una especie de brecha entre los independentistas y los demócratas o los que se consideraban a ellos mismos “españolistas”, de manera que a Alicia le preocupaba en cierto modo que su padre no hubiera reducido la cantidad de viajes regulares que hacía a la capital de esa comunidad.

Ella nunca se había involucrado en temas políticos, ni siquiera tenía un interés en el asunto; pero viendo la fuga de empresas que había no le parecía muy buena idea que su padre insistiese en montar una oficina en Barcelona.

-Estupendamente. – Sonrió abiertamente, algo que no hacía con mucha frecuencia y Alicia se relajó. – Estamos cada vez más cerca.

Ella le dedicó una significativa mirada de soslayo que su padre interpretó a la perfección.

-Tranquila, todo el embrollo político se solucionará. Son una comunidad fuerte.

## VII

### OCUPACIONES

Había sido una semana agotadora, sin apenas tiempo para ella ni para sus remordimientos de conciencia. Se había sorprendido varias veces consultando la aplicación del móvil con la que se mensajaba con él, nada, ni rastro. Almu siempre le había dicho que era bastante contradictoria y en esos momentos le daba la razón, porque no sabía si quería o no tener noticias suyas. Decidía que no, le bloqueaba. Y al día siguiente le desbloqueaba porque quizás, por alguna circunstancia extraña de la vida, tenía que contactar con ella. Claro que si era algo importante seguramente la llamase... Por Dios, iba a volverse loca.

De vez en cuando se echaba mecánicamente la mano al cuello para buscar el colgante que él le había regalado, lo echaba de menos. Pero acto seguido se recordaba que tenía que olvidarle.

- En serio, deja ya de comerte la cabeza y vive tu vida. – Almudena dio un mordisco al croissant que lamentaría haberse comido durante el resto del día.  
– Quedamos en olvidar lo ocurrido y seguir adelante ¿no?

Como todos los viernes, desayunaban juntas en el *Le Pain Quotidien* de Gran Vía antes de empezar la jornada.

- Sí, parezco boba la verdad. - Removía su café con leche desnatada tan ensimismada que Almu comenzó a desesperarse.

- Pues sí, bastante. – Intentó cambiar de tema para devolverla a la vida. - ¿Y qué tal ha ido la semana? Yo hasta arriba.

- Larga, pero ocupada, y lo agradezco... - Dio un sorbo e inhaló el aroma. – Mmm... que bueno, esto me da la vida. – Sonrió. – Se aprobó la aceptación de un nuevo socio, mi padre se encargará de ello. Y ha vuelto Lucre, lo que

me viene de perlas.

- ¿Lucre?

- Sí, la procuradora que empezó el año pasado. Tienes que conocerla, es una tía estupenda, te caería bien.

El camarero le trajo la vuelta y ambas se levantaron para irse. Comenzaba a hacer frío, las calles se llenaban de escarcha matutina y gruesos abrigos para protegerse de él. Almu se puso el suyo, un foulard de seda natural a juego con el traje de falda y chaqueta, y tomó su cartera de cuero de la silla contigua. La asesoría en la que trabajaba estaba unos ciento cincuenta metros del bufete de Alicia, así que estaban relativamente cerca.

- Mañana he quedado con Lucre por la tarde, si te animas... Así os presento por fin.

- No puedo, -dijo con cara de disculpa – viene mi hermana esta noche y pasaremos el día juntas. El domingo se regresa a Santander y quiero aprovechar a mis sobrinas que apenas las veo.

- Está bien, otro día. Saluda a tu hermana de mi parte.

Se despidieron y Ali caminó los escasos metros que separaban la puerta de entrada al edificio donde se ubicaban sus oficinas de su cafetería favorita.

Era temprano, ella siempre era de las primeras en llegar seguida de Rocío, una de las recepcionistas.

- Buenos días, - la saludó de pasada tomando su correo de la correspondiente bandeja.

- Buenos días Alicia, el señor Mateo la espera en su despacho. – Continuó sus quehaceres sin prestarle más atención.

Aquello no era frecuente, ¿o sí?, no, no lo era. Alex siempre llegaba tarde, iba al gimnasio todas las mañanas antes de trabajar y era raro verle por el despacho antes de las diez de la mañana. El pasillo le pareció corto, se sintió nerviosa y entró en la salita que utilizaban como cocina para coger una botellita de agua porque ya sentía la garganta seca como la lija. Se obligó a respirar hondo antes de abrir la puerta y a tranquilizarse, aquello no tenía

sentido.

- Ah, llegaste. – Alex se levantó para depositar un leve beso en los labios de su mujer. – ¿Qué tal Almu?

- Bien.- No atisbó indicios de hostilidad y se relajó. -¿Y tú por aquí?

- Me ha llamado tu padre. Quiere hablar conmigo. ¿Sabes algo?

Alicia le miró extrañada.

- Pues no la verdad. Ya sabes que cuando quiere ponerse misterioso... -  
Tomó asiento después de dejar su maletín sobre la elegante mesa de caoba y encendió el ordenador de sobremesa.

- Ya. Pensé que a lo mejor te había comentado algo. Es raro, ya sabes que me habla lo justo y nada. – Se levantó y se situó detrás de su mujer. –Apenas nos hemos visto esta semana... Te echo de menos. – Se inclinó sobre ella y comenzó a acariciarle el brazo en movimientos ascendentes sobre la blusa al tiempo que depositaba suaves besos en el cuello descubierto.

- Alex...

- Vale, ya sé que aquí no. ¿Salimos a cenar mañana? – Se encaminó hacia la puerta y esperó la respuesta.

- Sí, claro.

Ali se quedó mirando cómo se iba, era tan guapo como cuando le había conocido en la facultad de derecho, le pareció que hacía una eternidad de eso. Aquel chico alto y atlético que la había deslumbrado entonces seguía igual, su perfectamente despeinado pelo rubio, unos ojos azules tan claros que podían hacer que tu corazón se saltara un latido si se lo proponían y el desparpajo de la eterna juventud, estaba convencida de que cumpliría setenta años y seguiría siendo él mismo, la despreocupación y la alegría personificada.

Y después estaba ella, aunque todos la calificaran como una mujer espectacular, para sí misma no lo era en absoluto. Siempre se había sentido una más, su cabello castaño claro levemente ondulado, estatura un poco más alta que la media, delgada y de formas suaves. Lo único de lo que se

vanagloriaba era de sus ojos, eran de un color verde botella oscuro con matices marrones muy claros, herencia de su madre.

Con los años, su confianza y autoestima habían aumentado, pero siempre le sorprendió que en su etapa universitaria, un chico como Alex se fijara en ella.

Cuando terminó su jornada laboral, Almudena se acercó a las oficinas de *Pazos Abogados* con un par de cafés que sabía que Ali agradecería.

Aunque sería del todo inapropiado ponerse otra cosa, nunca terminaría de habituarse a llevar esos tacones imposibles. Se paró a la entrada para intentar liberar espacio en sus manos; el cartón donde llevaba los dos cafés, bolso de mano, cartera y el foulard que ya se había quitado pues casi a las tres de la tarde lucía y caldeaba el ambiente un agradable sol gracias al cual ya no lo necesitaba. No se quitaba el abrigo porque le faltaban manos. Con una se colocó torpemente el bolso entre las piernas para intentar meter el foulard en la cartera de trabajo, haciendo equilibrios que evitasen un derramamiento de café indeseado, pero todo se fue al traste cuando se abrieron las puertas automáticas y una rubia despistada salió como una exhalación, llevándose a Almu por delante y vertiendo el total del contenido de los dos cafés sobre ella.

Tras el sobrecogimiento inicial, Almu levantó la vista y clavó la mirada en la causante de la situación. Estaba tan endiabladamente cabreada que casi no podía articular palabra. El café, que para su desgracia en ese instante, siempre pedía muy caliente, la estaba abrasando al haber traspasado su blusa preferida que había resultado tener la misma capacidad de absorción de una esponja.

Para ser una devota de la puntualidad, a Lucrecia se le habían pasado las horas con demasiada premura esa mañana y tomó la documentación que tenía perfectamente ordenada para el juicio y se fue a toda prisa al juzgado, donde debía comparecer antes de las tres y media para terminar de preparar la vista. Cuando, al abrirse las puertas de la entrada principal sintió un fuerte golpe seco que casi la tira al suelo, en lo primero que pensó fue en que el dossier que se le acababa de caer al suelo no se hubiera descolocado o al menos no

demasiado para no retrasarla más o el señor Pazos iba a echarle un serio rapapolvo.

Recogió a toda velocidad sin reparar ni un segundo en la persona a la que había derribado.

-Disculpe. – Salió corriendo.-De veras lo siento.

Almu se quedó patidifusa, ni le había ofrecido la mano para levantarse. La vio alejarse con la mandíbula desencajada por la incredulidad de la situación y se apeó como pudo.

-Menuda gilipollas.-Ya no la escuchaba pero tenía que decirlo.

Tiró los vasos de café casi vacíos a la papelera más cercana y se adentró en el edificio como alma que lleva el diablo. La recepcionista apenas reparó en ella cuando pasó sin saludar directa al despacho de Ali.

En cuanto la vio, ésta la miró sonriente a ver el estado en que llegaba. No se sorprendió porque contaba con ella, pero la cara de pocos amigos que traía era nueva.

- Holaaa... Dijo Ali sonriendo y esperando una explicación.

- ¡Ni se te ocurra reírte! – Cogió unas toallitas desechables y empezó a limpiarse la blusa de manera compulsiva. – Una payasa se ha chocado conmigo en la entrada, me ha tirado al suelo y oye, ni se ha parado ¡la muy...! – Se interrumpió.

- ¿Quién era? ¿Salió de aquí? – Se levantó a coger una camiseta limpia de un pequeño armario lateral en el que siempre tenía algo de ropa de recambio por si la necesitaba. – Ten, ponte esto.

- Yo que sé quién era, una rubia alta. Tampoco puedo hacerle un retrato robot porque la tía se fue corriendo. – Tomó la camiseta y comenzó a quitarse la blusa para ponérsela.

-Genial, creo que era Lucre. Acaba de marcharse. – Dijo Ali apesadumbrada, sospechaba que Almu ya le había hecho la cruz.

- Pues es una imbécil de m...



- Bueno... - Ali se apoyó sobre la mesa y se cruzó de brazos mientras miraba divertida a su amiga. – No se lo tengas en cuenta, es buena chica, de veras.

- Me parece bien, pero no la quiero ni ver. ¡Me ha arruinado la blusa! – La tiró al suelo enervada.

- Qué cómica eres,- se carcajeó – eso tiene arreglo mujer.

Alicia recogió la prenda del suelo y convenció a Almudena para salir a comer y así tratar de mejorar su mal humor.

## VIII

### MATRIMONIO

Ya se acercaba la época de Navidad y Madrid comenzada a iluminar sus noches con un sinfín de lucecitas de colores que animaban a la gente a salir a pasear desafiando el frío.

A Ali siempre le habían gustado las fiestas, el invierno era su estación preferida desde niña. Terminó de colocar el árbol, decoró la chimenea que presidía el salón de estilo nórdico donde, a pesar de la librería de pared a pared, la gran mesa de comedor y un *chaise longue* blanco nuclear que rodeaba casi por completo la alfombra, no se veía recargado. El secreto estaba en crear un ambiente diáfano y espacioso, sin artificios innecesarios que rompieran la armonía que Alicia había logrado con la exquisita decoración. Luego se dirigió a la puerta principal para poner la tradicional guirnalda que la adornaría hasta la segunda semana de enero.

- No sé para qué pones tanta cosa...

Alex apareció con cara de sueño. Se dejó caer en el sofá y se revolvió aun más el pelo, era su particular manera de desperezarse. Alicia se volvió para mirar a su marido, llevaba la parte de debajo del pijama y una de las camisetas viejas con el logo de la universidad que usaba habitualmente para dormir.

- Buenos días a ti también gruñón. – Se acercó y se besó en la mejilla. – Pongo tanta cosa porque me gusta. – Su entonación no daba lugar a réplica.

- Vale. – Se encaminó a la cocina para preparar se algo. - ¿Has desayunado?

- Hace un par de horas. – Recogió las cajas de los adornos y las dejó junto la puerta del sótano para bajarlas más tarde y siguió a su marido.

- Te recuerdo que hoy viene mi padre a comer.

Alex resopló. No le gustaba su suegro, era un hecho. Lo había intentado pero no había manera de ser santo de la devoción de aquel hombre.

- No me soporta...

- Claro que sí. – Se acercó y le abrazó por detrás depositando un suave beso cariñoso en la espalda. – Es solo que no acabáis de soltaros el uno con el otro. Él también actúa diferente cuando estás tú, no sé por qué... - Ronroneó al tiempo que continuaba acariciando su espalda con los labios.

Alex no dejó pasar la oportunidad y se dio la vuelta para abrazarla de frente y buscar su boca. Ali, le miró y se la ofreció. Hacía demasiado tiempo desde la última vez que habían estado juntos y él cada vez la buscaba con menos frecuencia.

- Ahora sí que van a ser buenos días... - Susurró.

Sonrió y la besó suavemente al comienzo para ir intensificando el beso poco a poco. Colocó una mano en su espalda mientras la otra le acariciaba el pelo al tiempo que la aproximaba más a él para profundizar el ansiado ósculo y hacerla estremecer. Ali se dejó llevar por las sensaciones, decidió hacerlo porque sentía que “se lo debía”. Ella era suya, solo suya.

Pero la mente es traicionera y pronto Marco apareció en escena, mirándola con sus enardecidos ojos negros y provocándole un sobresalto que Alex percibió.

- ¿Estás bien? – Se separó de ella muy levemente.

-Si... - tenía que controlarlo, desterrar la imagen de Marco de su cabeza. Ya. – Perdona.

Le aferró desesperadamente el cabello y lo atrajo con fiereza hacia ella para besarle con la devoción que sentía debía demostrarle. Alex se sorprendió pero la dejó hacer, tenía que aprovechar uno de los cada vez más escasos momentos que su mujer se mostraba deseosa de complacerle. Le deshizo el lazo del batín que satén que llevaba sobre el camisón y se lo quitó dejándolo caer en el suelo de la cocina. Luego le subió la suave tela que aun la cubría hasta las caderas y la levantó para dejarla sentada sobre la encimera

colocándose entre sus piernas. Ella le facilitó la labor irguiendo los brazos para permitir que la desnudara e hizo lo propio a continuación al aflojar el cordón del pantalón del pijama de él y quitarle la camiseta. Alex se deshizo de la molesta prenda y de la ropa interior, ya estaba más que preparado para ella y sin más preámbulo, apartó las braguitas para penetrarla allí mismo.

Ali se sentía devastada por el deseo y agradeció en silencio la premura. Se miraron a los ojos viendo el anhelo en los del otro y de nuevo se besaron. Lo hicieron dejándose llevar por los instintos más primarios, sin miedos, sin condiciones, pero con delicadeza y pasión. Alex liberó su boca para saborear uno de sus pechos mientras masajeaba y oprimía el otro siendo plenamente consciente de lo que provocaba en ella. Continuó las embestidas hasta que la oyó gritar y fue entonces cuando se liberó en su interior, quedando ambos extenuados. Se miraron reconociéndose y Ali le besó de nuevo, esta vez con la ternura de quien se sabe satisfecha.

El problema era que no era el sexo en sí lo que la satisfacía, si no el hecho de haberlo tenido con su marido, “como debía ser”. Era una sensación extraña, diferente... Decidió entonces desterrar ese sentimiento de su mente.

- Me voy a la ducha. – Alex recogió del suelo la ropa y se fue no sin antes darle un casto e inapropiado beso en la frente.

Ali recogió los platos y tazas del desayuno y tuvo el acto reflejo de quitarse la alianza para ponerse los guantes de goma. Pero no estaba. Era increíble que hasta ese momento no fuese consciente de que se la había dejado en el hotel de aquel fin de semana que estaba claro que aun no podría olvidar.

Cogió rápidamente el móvil para llamar y que se la envasen, pero Alex no tardaría en salir del baño con lo que decidió esperar a estar sola para hacer esa llamada.

Fernando Pazos hizo gala de su exquisita puntualidad llegando exactamente a la hora en que anunció que lo haría.

Aunque fuese a comer a casa de su hija, llevaba uno de los intachables y elegantes trajes que usaba habitualmente, ya fuera para trabajar o no.

- Alejandro... - Le nombró a modo de saludo.

Pasó a su lado casi como si no viera a su yerno y se acercó a besar a su hija.

- Hola papá. Dame la chaqueta.

La comida fue todo lo distendida que podía ser teniendo en cuenta que se ajustaba más a un diálogo entre padre e hija que a una conversación de tres personas. Ali, siendo consciente de la incomodidad de Alex, intentaba meterle en la conversación de vez en cuando, pero Fernando no lo ponía fácil, se limitaba a contestarle con monosílabos.

Hablaron, como no, mayormente de temas laborales. Fernando sabía el esfuerzo que hacía su hija por normalizar la relación con Alejandro pero a él no terminaba de convencerle, había algo en él que le generaba desconfianza, había sido así desde el principio y con el paso de los años esa sensación se había acentuado.

Ali era todo lo que le importaba, aquella niña a la que tuvo que dedicarse por completo, desde que con apenas cinco años perdiera a su madre, lo era todo para él. Se había convertido en una mujer preciosa a la par que inteligente y capaz, era el vivo retrato de su progenitora en todos los aspectos.

- ¿Y cuando se incorpora? – Alex dio un sorbo a su taza de café.

- ¿Quién? – Ali volvía de la cocina con una pequeña bandeja de pastas.

- El nuevo socio, hija. – Fernando agradeció que regresara. Aquellos breves minutos de ausencia de Ali habían provocado un silencio verdaderamente incómodo en la mesa. - Pues esta semana, no me ha concretado el día.

- Bien, ya he dado orden de que preparen su despacho. Creo que para el lunes esté todo listo. – Dijo Alex mientras se levantaba para ir al lavabo.

Ali sonrió divertida cuando se perdía en el pasillo a sabiendas de que solo se ausentaba por la necesidad de huir.

- Estupendo. Espero que al menos eso lo haya hecho bien.

- Papá...

- De acuerdo, lo siento. – Se levantó para servirse un whisky y se mentalizó de continuar la velada más tranquilo.

## *IX*

### *SORPRESAS*

A pesar de las gélidas temperaturas típicas de la época, Alicia salió temprano para el despacho. Ya estaban a jueves y había sido una semana de mucho ajetreo, apenas si había tenido tiempo para ella misma. Decidió que lo primero que haría al llegar sería quedar con Almudena para verse aunque fuera un rato.

Incluso a primera hora de la mañana, el tráfico estaba imposible, probablemente con aquel frío aterrador todo el mundo sacaba el coche. Ni con el aviso de la extrema contaminación que amenazaba constantemente la ciudad, la gente se planteaba irse a la parada del bus o a coger el metro a no ser que no les quedase otro remedio. Solo los escasos metros del parking a la oficina ya la asustaban.

Adelantó bastante trabajo aprovechando la tranquilidad de la soledad y Almu respondió enseguida su mensaje. Ella también necesitaba quedar y escapar de las obligaciones laborales aunque fuese en el breve tiempo que tardaban en tomarse un café.

Los compañeros de trabajo empezaban a llegar y escuchó los inequívocos pasos de Lucre, aquellos tacones de aguja eran inconfundibles. Habían tenido tres casos juntas esa semana y se le había olvidado invitarla a quedar para que al fin conociese a Almudena e intentar que al menos esta última, limara asperezas.

Así que, antes de que se escabullera, fue a su encuentro. En el pasillo principal se topó con la secretaria de Alex.

- Buenos días Alicia...

- Mabel...

- Oh, ¿Sabes algo del nuevo socio? Su despacho está preparado desde el lunes.

Ali no había vuelto a acordarse del tema.

- No sé, pregúntale a mi marido. ¿Ha llegado?

- Todavía no. No creo que tarde, luego se lo comento. Más que nada por si quiere revisarlo, aunque creo que todo estará a su gusto.

Mabel se fue contoneándose como siempre y Alicia puso los ojos en blanco intentando recordar si al principio de la veintena ella se había comportado alguna vez de aquel modo tan provocador. Definitivamente, la respuesta era no. Obviamente Mabel era muy consciente de sus atributos.

Giró a la derecha hacia el pasillo donde estaban los despachos de los procuradores y entró en la primera estancia, la cocina, donde sacó un café con leche para Lucre y se hizo una infusión.

- Buenos días cariño... - Alex la sujetó por detrás con sigilo y Alicia no pudo evitar el sobresalto.

- ¡Alex! Me has asustado.

- Perdona, - rió – te vi tan concentrada... ¿Es para mí?

- No, voy a ver a Lucre. ¿Llegas ahora?

- Si, ven conmigo. – La tomó de la mano impidiendo que cogiera los vasos que tenía preparados. – Es solo un segundo.

El despacho del nuevo socio sería el tercero contiguo al suyo, Alex se lo enseñó y esperó la aprobación de Ali que no entendía muy bien a qué venía aquel repentino interés en mostrarle la decoración de la oficina, seguramente su nuevo dueño la cambiase.

- Está muy bien, me gusta. – Se volvió para irse. – Voy a ver a Lucre.

Alex no dijo nada, se quedó contemplando su obra interiorista pensando en si agradecería también a su suegro.



Tras recoger de la cocina las bebidas, que gracias a los vasos térmicos continuaban calientes, les puso la tapa y se encaminó al despacho de Lucrecia. Al pasar de nuevo por el habitáculo que ocuparía el nuevo socio del bufete, vio que Alex continuaba dentro y fue en ese momento que reparó en el nombre que figuraba en la puerta:

“Ldo. Marco Bianchetti”

Sintió un calor extremo en el pie izquierdo. Alex se volvió hacia ella al escuchar el ruido de los vasos al caerse al suelo y vio a su mujer parada ante la puerta con el rostro tan pálido que creyó que estaba a punto de desmayarse.

-¡Ali! ¿Estás bien? –Corrió hacia ella y la zarandó.

Recuperándose del estupor inicial, miró su pie izquierdo empapado y medio abrasado y salió corriendo para encerrarse en el baño.

Aquello no podía ser cierto, no podía ser él, ¿qué diantres estaba haciendo? ¿cómo podía ser tan cabrón? No tenía ningún sentido que fuera él, precisamente él. Dios, ¿qué iba a hacer ahora? Llamarlo por supuesto, y pedirle, no, suplicarle que no fuera. Pero primero llamaría a su padre, no entendía cómo habían decidido que precisamente Marco fuese el elegido, e iba a averiguarlo.

Intentó controlar el pánico y salió del baño para ir a su despacho a ponerse un par de medias secas.

-Ah, estás aquí... ¿te has quemado?

- Em... no Alex tranquilo, voy a cambiarme y a hacer unas llamadas. – Trató de aparentar toda la normalidad de la que fue capaz. - ¿Puedes decirle a Mabel que por favor avise a Sara para que limpie la moqueta?

- Sí, claro.

Agradeció infinitamente que se fuera y no le hiciese más preguntas. Cogió el teléfono y marcó de inmediato a su padre.

-¿Papá?

-Dime...

-Em... eh... - Craso error, no sabía cómo encauzar la conversación. - ¿Estás en Plaza Castilla?

-Voy saliendo, ¿te pasa algo?

-No, solo quería preguntarte... algo... - estaba divagando y sabía que comenzaba a resultar extraña – bueno, ya hablaremos luego, que está por llegar un cliente.

-¿Estás bien hija?

-Sí, si... perdona. Luego te veo.

Colgó sintiéndose una estúpida y consideró un instante el cambiar de estrategia. Fue al encuentro de Mabel a ver si podía conseguir algo de información.

Ésta se encontraba en su escritorio para variar, y se envaró al ser sorprendida dando forma a sus uñas en vez de trabajando; aunque no era algo que a Alicia le sorprendiera.

- ¿Sabes cuándo se incorpora el señor Bianchetti? – Dijo como de pasada mientras disimulaba revolviendo unos papeles.

-No, la verdad. Dijo que esta semana, pero no concretó el día.

-Bueno, lo más probable es que venga después de Navidad, no tiene mucho sentido que venga ahora, para los días que quedan para vacaciones...

-En realidad, prefiero instalarme cuanto antes.

Ali se quedó paralizada al escuchar a su espalda la voz de Marco y una sensación mezcla de temor, deseo e incredulidad hizo que se le aflojaran las piernas. Unos segundos que le parecieron interminables hasta que consiguió recuperar un ápice de cordura impidieron que lograra moverse.

- Señor Bianchetti, es un placer. – Mabel se levantó como un resorte para saludarle. – Bienvenido.

Ali no sabía cómo reaccionar, aquello era una pesadilla. El arrebol subió con intensidad a su rostro y la frente se perló con diminutas gotas de sudor. Trató en vano de mantener cierta compostura y se volteó para mirarle. Y allí estaba

él, con un impecable traje azul marino sin duda hecho a medida, camisa blanca y corbata en tonos burdeos. Solo fue capaz de sostenerle la mirada unos segundos, sus ojos la traspasaban, las mejillas de ella encendidas. Deseaba huir de allí, pero la secretaria la miraba extrañada y se enderezó para hacer el paripé.

- Encantada de saludarle. – Le tendió la mano temblorosa.- Mabel le mostrará su despacho, esperamos que todo esté a su gusto. – Se aclaró la garganta. - Disculpe, tengo prisa.

El leve contacto con su mano la hizo estremecer y la sonrisa que le dedicó casi hizo que se cayese de bruces al suelo. A pesar de que solo hacía semanas de su encuentro, tuvo la sensación de que habían pasado años. Le soltó y salió apresuradamente hacia su despacho y se encerró allí. Se sintió desbordada en cuanto se dejó caer en el sillón de su mesa atestada de papeles, dossieres y archivos por clasificar.

Necesitaba una infusión de tila o valeriana con urgencia, debía poner en orden sus ideas. Llamó a Almudena.

*-Tenemos que vernos. Código rojo.*

Almu no pudo evitar reírse ante la ocurrencia.

*-¿Qué dices?*

*-Tenemos que vernos. AHORA. ¿Estás en la oficina?*

*-Si...*

*-Voy.*

Colgó, agarró el chaquetón y el bolso y salió corriendo.

## X

### SOCIOS

Caminando presurosa, en cuanto dejó a Marco en su nuevo despacho, Mabel corrió a ver a Alex. Tocó suavemente la puerta y entró cerrando de nuevo tras de sí.

-Traigo noticias... -dijo melosa sabiendo que Ali acababa de salir y Lucrecia, que era la única que había por allí, no tenía ningún motivo para ir a ver a Alex. – Ha llegado Bianchetti.

Alex dejó lo que estaba haciendo y se levantó para arrinconar a su secretaria entre él y la puerta.

-Bien, voy a saludarlo. ¿Qué tal es?- le susurró al oído como si le hubiese hablado el lenguaje más erótico y le dio un beso húmedo detrás de la oreja.

-Mmmm... está muy bueno – Mabel rió sabiendo de lo que esas palabras provocaron en Alex que se alejó de ella para buscar su mirada. – A tu mujer le encantó desde luego...

-¿Qué dices? – La soltó, de pronto se le habían quitado las ganas de jugar.

-Nada..., solo bromeaba.

Mabel quiso quitarle importancia al asunto al ver la reacción de Alex, pero él ya estaba cogiendo su chaqueta para ir a saludar al nuevo fichaje de la empresa y la dejó allí plantada.

\*\*\*

Con la tila sobre la mesa, Almudena esperaba a Alicia mientras terminaba sus quehaceres, sabía que no podría terminar en cuanto ella llegase. Ordenó a su secretaria que en cuanto ésta apareciera, no dejase pasar a nadie a su

despacho y avisó a uno de sus compañeros que la relevara un par de horas si la buscaba algún cliente.

Ali entró como una exhalación sin dar ni los buenos días y fue directamente a la oficina de su amiga.

Al verla entrar Almudena se levantó y le preguntó con la mirada, había ocasiones en las que no hacía falta decir nada.

-Es Marco...

-¿Qué?

-El nuevo socio... es Marco. – Se dejó caer en el sillón, apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza sobre estos, esperando las palabras de su amiga.

-¡Qué dices! – exclamó más alto de lo que hubiera deseado por la sorpresa.

-Lo que oyes... joder Almu, que hago...

-Dios, esto sí que no me lo esperaba... ¿Le has visto?

-Si... y he salido corriendo como una estúpida.

-Tienes que hablar con él. ¿Qué coño hace aquí? – Almu se colocó en un silla al lado de su amiga, sabía que necesitaba su cercanía. – Te va a complicar la vida pero bien...

-¿Me lo dices o me lo cuentas?

Alicia se sentía perdida, confusa. ¿Qué significaba aquello? No había contemplado esa posibilidad ni por asomo, se sintió desfallecer al imaginarse que Alex se enterara de su traición e inexplicablemente tuvo una sensación peor al pensar en lo que su padre diría al saber lo deplorable de su comportamiento.

-A ver, vamos a centrarnos. – Le ofreció la infusión humeante. – Lo primero que tienes que hacer es tranquilizarte. Y lo segundo es hablar con él y averiguar sus intenciones, si es que tiene alguna, no sé, es tan extraño tía...

-Sí, aun no me lo acabo de creer. Cuando escuché su voz y le vi creo que se me detuvo el pulso. – Dio un sorbo de tila y se quedó mirando la taza pensativa. – Mi vida se va a la mierda...

-No te precipites. – Almu le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja y le tomó la barbilla para que la mirase. - ¿Se hará algún tipo de acto para presentarle no?

-Supongo. Todo lo ha llevado Alex, - suspiró - qué ironía.

-Bueno, mañana es viernes, seguramente será ya la semana que viene. Tienes que arreglártelas para hablar con él este fin de semana y al menos saber a qué atenerte. Llámale.

-¿Estás loca? No, no puedo... Necesito tiempo. – Se levantó y caminó nerviosa por la estancia.

-Tiempo es lo que no tienes. Cuanto antes lo enfrentes mejor.

Sabía que tenía razón, pero aun así le resultaba tan difícil pensar siquiera en hablar con él. Se quedó mirando perdida una copia de la *Composición VIII* de Kandinsky que Almu adoraba y se dejó envolver por el arte sinestésico deseando huir de su realidad, escapar de la toma de decisiones que en ese momento era incapaz de llevar a cabo. Pero el estridente sonido del móvil en su bolso la trajo de vuelta.

Miró a Almu con la pregunta obvia en los hermosos ojos verdes, ¿Sería él?

-Cógelo...

Ali no se movió. Almu tomó entonces el teléfono y miró la pantalla.

< *Papá llamando...* >

-¿Fernando?

-Ah, hola Almudena cómo estás.

-Todo bien, Ali está en el baño. ¿Te llama luego? – Almu tenía la mirada fija en Alicia que la miraba sin pestañear.

-Sí, sí..., de acuerdo. Me ha dejado preocupado con una llamada que me hizo y al llegar al despacho no la he visto y...

-Ya, no te preocupes, está bien. Vamos a ir a comer. Luego le digo que te llame. Besos.

Colgó sin esperar respuesta. Alicia pareció comenzar a respirar de nuevo y cogió el teléfono de manos de su amiga.

-No tengo hambre.

-No me digas... Venga, espabila y piensa qué le vas a decir cuando le llames.

En ese instante el aparato sonó de nuevo y en un impulso, dando por hecho que era su padre quien llamaba de nuevo, Ali descolgó.

-Luego hablamos papá ¿vale? Estoy...

-Ali... - La voz de Marco se hizo eco en su mente y se le encogió el estómago de pronto.

-Qué... ¿qué haces aquí? ¿Qué quieres? – se levantó de repente sorprendiendo a Almu. - ¡¿Quieres hundir mi vida?!

-Tranquilízate y dime dónde podemos hablar.

-Dios Marco... no lo sé, no deberías estar aquí... - se dejó caer de nuevo en el sillón y se frotó la frente nerviosa con la mano libre.

-Estoy en el hotel...

-¡Ni de broma vamos a vernos en ningún hotel!

Almudena le cogió el móvil de pronto y dijo:

-En dos minutos te pasa una dirección por whatsapp. Ve exactamente en una hora.

Colgó dejando a Alicia estupefacta.

-¡¿Qué coño has hecho?!

-Pásale la dirección de mi casa. Ve y soluciona este tema de una vez por todas Ali. – Le tendió las llaves.- Hay que coger el toro por los cuernos.

## *XI*

### *REENCUENTRO*

Mientras conducía hacia Torrelavega, Alicia se armó de valor, se convenció a sí misma de que debía enfrentarlo y averiguar si su intención era realmente hacerle daño o qué otra intención había en aquella inusitada situación.

Encontró aparcamiento fácilmente para su sorpresa y cogió luego el ascensor hasta el ático de Almu.

Las manos le temblaban al intentar meter la llave en la cerradura y se obligó a respirar hondo para intentar relajarse. Jamás en toda su vida se había sentido tan nerviosa.

Dejó el bolso en la mesilla de la entrada y pasó al baño. Al ver su rostro desenchajado en el espejo, se repitió como un mantra “tranquilízate, esto se solucionará”... Funcionaba. Se lavó la cara, agradeció el agua fresca y se retocó un poco para disimular la languidez.

\*\*\*

El tráfico en Madrid a mediodía era imposible, pero Marco consiguió, gracias muy en parte al GPS llegar a la dirección indicada a la hora acordada.

Cuando ya tenía todo preparado para viajar a Italia, recibir una oferta del bufete de Pazos Asociados le pareció una señal, se pensó mucho si ir o no, incluso había llamado a Alicia, pero debía haberle bloqueado porque era imposible hablar con ella. Decidió lanzarse a la piscina y aceptar. Incluso su madre le había animado, contra todo pronóstico.



Las condiciones eran inmejorables y desde luego un ascenso importante en su carrera, pero lo que realmente le había convencido era verla de nuevo a ella. Algo como aquello no podía terminar de esa manera, y si debía terminar, al menos que fuera ella la que lo hiciese, hablando, no huyendo.

Llamó firme pero suavemente a la puerta y espero los escasos segundos que pasaron hasta que ésta se abrió.

Alicia se hizo a un lado y le invitó a pasar. Curioseó por el amplio salón, en todas las paredes que carecían de ventanales, colgaban sendos cuadros de estilo impresionista. Había un sofá de formas modernas tapizado en damasco verde oliva a juego con los estores que atenuaban la luz que a esas céntricas horas del día entraba por las ventanas. En el centro, una pequeña mesa rectangular de roble escocés, con las patas torneadas sobre la cual había una delicada pieza de cerámica que le pareció no iba en absoluto con el resto de la impecable decoración.

Sus ojos se posaron de nuevo en Alicia y la supo nerviosa.

-Deduzco que no es tu casa...

-No, es de mi amiga Almudena. – Dijo secamente. Y se sentó en una esquina del sofá esperando que él hiciera lo mismo. - ¿Y bien?

Marco tomó asiento y la miró sonriendo levemente.

-No he venido a perjudicarte Ali.

-¿Ah no? ¡Quién lo diría! – Exclamó con sarcasmo perdiendo la compostura que a duras penas mantenía. - ¿Me lo puedes explicar? Porque no le veo el sentido a todo esto la verdad. Tienes que irte Marco... - bajó la voz . – Por favor.

-Ali, escúchame. – Se levantó y se acercó a ella, algo que hizo que Alicia se quedase rígida de pronto. – No voy a irme, al menos no por el momento. No estoy aquí solo por el trabajo, eso es evidente, pero tampoco quiero hacerte daño.

-Si eso es cierto márchate. – Se levantó y caminó de espaldas a él por la estancia, sus nervios no soportaban su cercanía.

-¿Qué pasó?

-¿A qué te refieres? – Se volvió para encararle.

- Galicia... - Se acercó y le tendió la mano para coger una de las de ella y volviéndola hacia arriba depositó su alianza encima. – Te la dejaste allí.

Ali se quedó mirando el pequeño aro de oro y por un segundo lo sintió ajeno, sin embargo cerró instintivamente la mano y lo apretó sintiéndose aliviada.

-Gracias...

-¿Vas a decirme por qué te fuiste de esa manera?

Seguían demasiado cerca y el efecto que creaba sobre ella la desconcertaba y le encogía el estómago. Claro que también estaba creando otro tipo de efectos en otras zonas de su anatomía y eso hizo que se pusiera súbitamente en alerta.

-No he venido aquí a hablar sobre eso. – Se alejó un poco.- Ha sido un error, los dos lo sabemos.

-Para mí no lo ha sido. – Se encaminó hacia ella y la arrinconó sin tocarla contra la pared. – A lo mejor el error lo estás cometiendo ahora...

-¿Qué... qué quieres... decir? – Le faltaba el aire, pensó en empujarlo y alejarlo de ella, pero su cuerpo no reaccionó, solo se quedó inmóvil.

Él estiró los brazos para apoyarse en la pared, poniendo uno a cada lado del rostro que ansiaba besar más que ninguna otra cosa.

-Solo piénsalo, -acercó sus labios a los suyos tentándola, casi podía rozarlos – sé que sientes esto Ali... - Su aliento acariciaba la boca de ella que instintivamente se entreabrió. – Dime que lo sientes... - ella cerró los ojos y él se acercó a su oído. - No voy a besarte. No, hasta que me lo pidas. – Susurró con una media sonrisa satisfecha.

Alicia abrió los ojos de golpe, recobrando la dignidad arrebatada por unos segundos y le empujó apartándole de ella.

-No sabía que fueras tan cabrón. – Se aclaró la garganta. – No voy a pedirte

¿me oyes?

-Perfectamente. – Sonrió mirándola con aquella intensidad que la hizo vacilar.

Alicia introdujo la alianza en el dedo anular de la mano derecha y se la mostró.

-¿Ves esto? Estoy casada Marco, he cometido un terrible error, del que nunca me arrepentiré lo suficiente. Alex no es perfecto, pero es mi marido y pienso respetar eso. Quiero que lo tengas muy claro. Es más, si piensas quedarte, que sepas que no vamos a tener ningún tipo de conversación fuera de lo estrictamente profesional, nunca. No me busques, porque si me creas el más mínimo problema...

-Qué.

-Haré que mi padre te eche.

Marco solo pudo reír, algo que la desquició aun más.

-Lo digo en serio.

-Por supuesto, no lo dudo. – Se acercó de nuevo disfrutando de lo que sabía que provocaba en ella. – Yo respetaré lo que me pides, pero será mejor que tú tampoco me busques.

Depositó un suave beso en la comisura de los labios haciendo caso omiso al impulso de devorar su boca por completo, y retrocedió para tomar su abrigo y marcharse.

## *XII*

### *INSINUACIONES*

Mientras se recuperaba del encuentro, Alicia rememoró lo ocurrido hacía apenas unos minutos y se sintió intranquila. Marco no había aceptado la proposición laboral solo por el puesto, eso era obvio, y más habiendo visto su comportamiento.

Examinó el dedo anular de su mano derecha y giró sobre él la alianza como hacía siempre que estaba nerviosa. Era increíble que hubiese tardado tanto en percatarse de su ausencia, pero al menos en ese aspecto, se sintió más tranquila, sobretodo porque Alex ni se había dado cuenta.

Pensó en lo que le había dicho, estaba más que decidida a cumplir su promesa de no mantener con él ningún tipo de relación extra profesional, de hecho ni siquiera de trabajo, no tenían por qué coincidir en nada, se aseguraría de ello.

Cogió inmediatamente su teléfono y le devolvió la llamada pendiente a su padre.

-¿Papá?

-Al fin das señales...

-Perdona, he tenido un día complicado.

-¿Te puedo ayudar en algo? – Sonaba preocupado.

-No, no tranquilo, son cosas mías. – Intentó quitarle importancia y cambió radicalmente de tema. – Hoy que conocido a Bianchetti.

-Ah, que bien. ¿Ya se ha instalado? Habrá que reunir a todos para presentarlo.

-Está en ello creo, - sonó más abatida de lo que pretendía. – ha llegado hoy.

-¿Pasa algo con él?

La pregunta puso en alerta a Ali que se apresuró a contestar:

-¡No! – exclamó más alto de lo que pretendía. – No... para nada. Pero, ¿por qué él? Quiero decir, supongo que habría candidatos mucho mejores.

-¿Has visto su currículum? Es impresionante. De todas maneras, creí que teníais una buena relación cuando le ganaste el caso contra GarciaSA.

-No, bueno, lo normal, - se aclaró la garganta en un gesto involuntario – pues nada, me voy a comer. Luego nos vemos.

Se despidieron no sin dejar cierto recelo en su padre que inmediatamente se desvaneció al recibir a un cliente en su despacho.

\*\*\*

Después de pasar por el hotel a recoger algunas cosas para llevar luego al despacho, Marco pensó que debía ponerse ya a buscar un apartamento por la zona, permanecer en el hotel demasiado tiempo era económicamente inviable a la par que absurdo.

Mientras esperaba a que el semáforo tornara a verde, sonrió para sus adentros al recordar y confirmar que no le era para nada indiferente a Alicia. Lo había sabido en cuanto sus miradas se encontraron.

Cuando, semanas atrás, Alejandro Mateo le había contactado y le había hecho la propuesta que en un principio rechazó, jamás pensó que llegaría el día de volver a verla, de trabajar tan cerca de ella. Era arriesgado, lo sabía, pero estaba decidido a lograr que ella se diera cuenta igualmente de que se pertenecían.

Ahora que sabía que Alejandro era su marido se había sentido mal, el tipo le había caído bien, parecía buena persona y le incomodaba sobremanera tener el cometido que tenía, aunque él no fuera directamente el traidor.

El claxon del vehículo que le seguía, indicándole que el semáforo ya

indicaba que podía continuar la marcha, le sacó de sus pensamientos.

\*\*\*

Después de llamar a Almu para que volviera a casa, Alicia pidió comida china para dos y paseó apresurada cual gato enjaulado por el salón de su amiga. La estrategia a seguir sería esa, ignorarlo, tal vez de ese modo se diera cuenta del error que estaba cometiendo y de lo absurdo de pretender algo de ella. Era obvio que no iba a lograr nada.

Almu no tardó en aparecer a la par que el repartidor a domicilio del restaurante chino de la esquina.

-¿Y bien? – dejó el bolso, el abrigo y la comida sobre el sofá. - ¡Cuéntame! Estoy atacada...

-¿Tú estás atacada? – Ali no pudo evitar soltar una risita nerviosa.

Le relató minuciosamente el encuentro, omitiendo solo ciertos acercamientos inapropiados y su reacción a ellos, mientras Almudena la escuchaba con atención.

-Joder, esto parece una película de la sobremesa de los domingos. – Se levantó a por platos y cubiertos para servir la comida. – Creo que lo que quieres hacer está bien, pero hazlo. Quiero decir, intenta no coincidir, vete a lo tuyo y ya.

-Eso pretendo...

-Mentalízate y hazlo, en serio. – Sirvió la comida y le tendió un plato a Ali.

-Gracias, aunque no tengo mucha hambre.

-No empieces y come. – Tomó asiento a su lado. -¿Llamaste a tu padre?

-Sí. – Se llevó a la boca un trozo de pollo con salsa agridulce. – Me preocupa Alex...

-¿Por?

-Porque aunque es muy despistado para algunas cosas, es muy perspicaz para

otras. Temo que perciba un gesto, una mirada,... yo que sé, no sirvo para actriz Almu. Solo espero que Marco se comporte como dijo que haría, porque sino...

-Depende más de ti que de él pienso yo. No le prestes ningún tipo de atención, ya sabes, el mejor desprecio...

-Es no hacer aprecio, si, ya lo sé. Por lo pronto, hoy no pienso volver al despacho. Tengo una vista mañana temprano, terminaré de prepararla en casa. Luego ya viene el fin de semana y el lunes ya se verá.

Pero el lunes llegó, y lo primero que se anunció fue la cena navideña de empresa, evento que aprovecharían para la presentación oficial del nuevo socio del bufete.

Afortunadamente Ali tuvo bastante trabajo esa semana y apenas tuvo que pasar por el despacho y, cuando fue, no coincidió con Marco, algo que agradeció infinitamente. La estrategia la tenía clara, pero llevarla a cabo iba a ser verdaderamente complicado.

-¿Después de cenar saldremos por ahí no? – Almu hablaba con la boca llena sonriendo ante la mirada reprobadora de Alicia.

Era viernes y desayunaban como siempre en el *Le Pain Quotidien*.

-Depende...

-¿De qué?

-Dios, trágate eso ya. – Sonrió negando con la cabeza, Almu era un caso perdido. – Depende de si ya sabes quien también se anima.

-Ah no, si se apunta, que lo hará, pues nos vamos por nuestra cuenta. Lo hemos hecho otras veces, no será raro.

-Esta semana he tenido suerte, pero no siempre va a ser así. Y por otra parte también he pensado que no quiero estar así, sintiéndome incómoda en mi propia empresa.

-Ya te dije que depende solo de ti, normaliza la situación. ¿Cuántos sois?

¿Veinte?

-Con Marco veintiséis.

-Pues ya ves, a la mayoría ni los ves, apenas tienes trato con ellos. Actúa de la misma manera. Esto requiere tiempo Ali. – Consultó su reloj de pulsera y apuró el último sorbo del exquisito café. – Me voy ya, tengo lío.

-Sí, yo también.

Cuando llegó a la oficina se alegró de ver a Sara y a Mabel poniendo la austera decoración navideña que tenía pocas variaciones de un año a otro. Las saludó y se dirigió a su despacho donde recogió la documentación que necesitaba para un juicio de faltas que tenía en dos horas.

-¿Ya te vas?

-¡Lucre! Sí, voy ya con retraso. – Se acercó a saludarla con un beso en la mejilla. - ¿Qué tal?

-¿Y tú? Apenas te he visto el pelo estas últimas semanas.

-Bien, por suerte voy sobrada de trabajo. – Cogió el bolso para dirigirse a la puerta. – Oye, este año ¿te quedas en Navidad?

-Sí, no creo que tenga demasiados días libres.

-Genial, - rectificó al ver el gesto de asombro de su interlocutora – quiero decir, me alegra que te quedas. ¿Vienes a casa?

-Es eso o recalentar algún plato precocinado. – Dijo divertida con un gesto de resignación.

-Estupendo. Te vienes.

Salió apresurada, la puntualidad era una de las virtudes de sin duda había heredado de su padre.

Al llegar a la puerta de entrada giró el pomo dorado y una voz la retuvo:

-¿Tienes prisa?

Era increíble la manera en que la sola presencia de Marco le afectaba. Sin soltar el pomo ni volverse contestó con un escueto “Si. Hasta luego” y se fue



apresuradamente. Tal vez incluso por evitar alargar más la conversación que por la prisa que realmente tenía.

## *XIII*

### *DISTRACCIONES*

Marco se mesó el cabello azabache en un gesto muy suyo cuando algo lo alteraba y decidió regresar a su despacho. Había visto a Alicia salir pero su plan de hacerse el encontradizo había fallado estrepitosamente. Sonrió para sus adentros sintiéndose de nuevo un adolescente en plena ebullición hormonal.

No había coincidido con ella en toda la semana, los días pasaban y decidió centrarse un poco más en el trabajo, en instalarse en su nuevo apartamento y no tanto en la mujer que le arrebatava gran parte de la cordura.

Salió del bufete bien entrada la tarde, el cielo continuaba gris y unas tenues pero incesantes gotas de lluvia le recordaron que debería haber cogido el paraguas, pero no regresó a buscarlo.

Recorrió caminando las cuatro calles que distaban hasta el pequeño apartamento y para cuando llegó ya estaba calado hasta los huesos. Tras darse una ducha caliente que le librara de la humedad, se vistió con un pantalón de chándal y una vieja camiseta sin mangas de *Los Ramones*. Luego colocó varias cajas de libros en la preciosa estantería de roble que cubría toda una pared del pequeño salón y se sentó en uno de los sofás de dos plazas tapizados en color chocolate. Todavía no tenía televisión, la furgoneta de la mudanza llegaría al día siguiente, así que tomó el ejemplar de “La tabla de Flandes” de Reverte que tenía sobre la mesa de centro y se dispuso a continuar disfrutando de su lectura, eso le haría aparcar otro tipo de pensamientos.

Le costaba concentrarse, a pesar de la fascinante historia que tenía entre manos, Ali no dejaba de colarse en sus pensamientos. En poco más de una semana viajaría a Barcelona y de allí a Florencia para pasar las fiestas con su madre y su hermana. Tenía ese margen de tiempo para cerciorarse de que

Alicia realmente le quería, que no había sido algo pasajero, estaba convencido de ello, ahora solo faltaba que ella también se diera cuenta. Si pasado ese tiempo su actitud seguía como hasta ahora, se iría para no volver.

Miró la estantería y decidió entonces que no iba a colocar nada más hasta que venciera el plazo que se había impuesto.

\*\*\*

No hubo tregua climatológica durante el fin de semana, la lluvia intermitente y las fuertes rachas de viento terminaron de convencer a Ali de no viajar a la Sierra tal y como había planeado con Alex.

-Te dije que no iba a parar.

La tarde del domingo en el sofá, en pijama, con una manta calentita y un buen libro, era su plan perfecto. Mientras escuchaba el crepitar de la leña en la chimenea, escuchó a Alex refunfuñar volviendo de la cocina.

-Si no fuera el tiempo, habrías encontrado otra excusa. – Se acercó con una cerveza y encendió el televisor.

-Nunca lo sabremos... - rió maliciosa.

No le gustaba ir a esquiar ni a hacer snowboard, sabía que a Alex le apasionaba y por eso había accedido a acompañarle. Aunque nunca lo admitiría de viva voz, en su interior tenía que darle la razón, le alegraba que el mal tiempo impidiese que fueran.

-Lucre vendrá en Nochebuena. – Cerró el libro en cuanto Alex comenzó a hacer zapping por los diferentes canales deportivos.

-Me parece bien, así tu padre tendrá alguien más con quien hablar aparte de ti.

-¿No vienen tus padres?-Decidió ignorar el comentario.

-No, creo que van a casa de mi hermano.

-Confírmalo, tengo que saber cuántos seremos para organizar la cena.

-Luego llamo a mi madre.

-Bien. – Se acomodó de nuevo en el sofá. – Baja un poco la tele que voy a seguir leyendo.

Alex hizo lo que le pidió. Aun continuaba molesto por tener que pasar todo el fin de semana en casa. Sabiendo que el próximo sábado Alicia se lo pasaría con Almu haciendo compras navideñas, se le ocurrió que iría él solo a Navacerrada y que tal vez invitaría a Mabel.

El lunes por la mañana, Alicia se levantó un tanto intranquila. A las diez se había fijado la junta extraordinaria con todos los socios para presentar al nuevo miembro.

Sin saber muy bien porqué, eligió cuidadosamente el conjunto de lencería que usaría ese día y se puso un vestido de escote cruzado en color verde jade que sabía realzaba su figura , terminó el conjunto con unos *stilletos* forrados en el mismo tono. Se maquilló un poco más de lo habitual y dejó su cabello sin recoger.

Cuando salió del baño, lejos de admirarla o elogiarla, Alex solo le recriminó que le hiciera esperar.

-Haberte marchado en tu coche. – Tomó su abrigo y cartera y pasó por delante de él sin mirarle.

-Encontrar aparcamiento es un coñazo y sabiendo que luego vendremos a la misma hora es una tontería.

-Vamos con tiempo de sobra.

Llegaron faltando media hora para el inicio de la reunión. Había un poco de revuelo por parte de las secretarias y también de la recepcionista para que todo estuviese preparado. Alex se fue a su despacho y Alicia entró en la cocina a hacerse una infusión de valeriana.

-Caramba, qué guapa estás.

- Gracias, tú también. – Examinó el elegante conjunto de falda y chaqueta que llevaba Lucrecia. Claro que ella siempre iba impecable. -¿Preparada para

sonreír permanentemente durante un par de horas?

-Por supuesto. – Rió. – Es la primera reunión de este tipo a la que asisto, hasta me hace ilusión.

-Te adelanto que es aburrida..

-Me imagino. – Se sirvió un chocolate de la máquina.

-Dios, qué envidia... Si yo me tomo la mitad de los chocolates que tú, tendría que renovar el vestuario cada mes.

-A falta de mate... - Sonrió. – Voy a ponerlo en el buzón de sugerencias.

-Me parece muy bien.

Escucharon la voz de Fernando que entraba con varias personas más.

-Llegó mi padre, vamos al lío.

Al salir de la cocina, Alicia se fijó en que además de su padre, Marco estaba en la entrada saludando a varios socios de los más antiguos. Entró en el aseo para retocarse el color de labios y empolvarse la frente y la nariz que comenzaba a brillar por los nervios. Cerró los ojos y respiró profundamente antes de salir para reunirse con los demás.

La reunión duró apenas tres horas, pero a Alicia se le hizo eterna. Marco, aparte del saludo inicial y el apretón de manos final para darle oficialmente la bienvenida al bufete, no tuvo absolutamente ninguna deferencia hacia ella. Lo que la llevó a tener el sentimiento contradictorio de sentirse aliviada en parte y un poco molesta por sentirse ignorada, lo que decidió era totalmente absurdo.

Cuando terminó la junta, se sirvieron aperitivos y canapés variados para los asistentes, regados por buenos vinos como era tradición.

Marco era consciente de que Alicia había buscado su mirada en varias ocasiones y eso alimentó su esperanza, pero en ningún momento le mostró deferencia, él había jugado sus cartas y esperaba a que ella diera algún paso, por pequeño que fuera.

Estaba espectacular, aquel vestido debería estar prohibido, conocía su

cuerpo y se moría por recorrerlo de nuevo con sus besos, sentir su calor, hacerla estremecer,...

-¡Bianchetti! – Alex le sacó de sus pensamientos de pronto. – Esa copa vacía no me gusta nada, sírvete otro verdejo.

-Emm gracias Alejandro. – Sonrió forzado. – Pero creo que lo dejo aquí.

Fernando Pazos se acercó y Alex se disculpó para no coincidir con su suegro.

-¿Todo bien Marco? – Le dio una familiar palmada en la espalda que lo desconcertó. – Espero que esté todo a tu gusto.

-Sí, señor Pazos. Ya estoy prácticamente instalado. El miércoles empezaré a recibir clientes.

-Estupendo.

Un hombre bajito y regordete con unos anteojos anormalmente minúsculos que estaba seguro le habían presentado hacía menos de una hora, requirió la atención del socio mayoritario que se disculpó con Marco y le acompañó.

De inmediato buscó a Ali instintivamente con la mirada. ¿Se había ido ya? No, acababa de entrar acompañada de una de las procuradoras. De ella sí se acordaba, era imposible no hacerlo. Lucrecia Gasser no podía, bajo ninguna circunstancia, pasar desapercibida para nadie.

-Vamos a conocer un poco más a Bianchetti.

-No... no, yo ya me voy. –Intentó escaparse como pudo. – A ver si encuentro a Alex que tengo que llevarle.

-Ok, le he visto con Mabel hace un rato.

Salió de la sala de juntas. La valeriana no había para nada hecho su labor y estaba atacada.

No veía a Alex por ninguna parte, se dirigió a su despacho. No, tampoco estaba allí. Luego fue al suyo a recoger su abrigo y le envió un mensaje preguntándole dónde estaba.

-¿Ya te vas?

Se volvió ante la voz inconfundible y vio a Marco apoyado en la puerta. Llevaba un impecable traje azul marino con chaleco, camisa blanca y corbata rosa palo, no podía estar más guapo.

-Sí... - No se le ocurría nada más que decir. –Emm... ¿Has visto a Alex?

-No puede estar muy lejos, hace unos minutos estaba en el salón de reuniones.

-Gracias, voy a ver si lo encuentro. – Se acercó a la puerta pero él no se movió. - ¿Marco?

-Dime...

-¿Puedes... puedes dejarme pasar? – Necesitaba agua. Tenía calor y los nervios se adueñaron de su cuerpo.

Marco continuó sin moverse. Buscó su mirada, aunque era bastante más alto que ella y era complicado, más aun cuando Ali se empeñaba en evitarlo y jugar con la hebilla del cinturón de su abrigo.

Al ver que no pensaba moverse levantó la vista y se perdió en sus ojos negros, le sostuvo la mirada unos instantes, cuando ya no pudo más la bajó memorizando sus facciones, la nariz recta del tamaño perfecto, los labios llenos bien delineados le mostraban una tenue sonrisa que le cortó la respiración.

-Marco por Dios... deja que me vaya.- Su autocontrol tenía un límite y estaba a punto de rebasarlo.

Él no dijo nada, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Se mantuvo unos segundos más donde estaba, como si esperase que la retuviera de nuevo. Pero no lo hizo y Alicia huyó como si le quemara su propia sombra.

## *XIV*

### *CENAS*

Para Almudena resultaba especialmente tediosa la rutina de maquillarse, peinarse y vestirse adecuadamente cada mañana para ir al despacho. Por eso, en cuanto el despertador anunciaba que ya eran las siete se revolvía por unos instantes en la cama deseando que fuera sábado.

Pero no lo era, estaban a viernes y tenía la agenda repleta para terminar la semana. Al menos la noche se auguraba interesante, era la cena de navidad de la empresa y luego saldría de fiesta con Ali que también tenía la suya. Y al menos una vez al año se divertían como cuando eran adolescentes.

Después de ducharse se secó la media melena morena con un toque rojizo en un cuidadoso despeinado y se maquilló resaltando como siempre sus hermosos ojos color verde-miel.

Se entretuvo más de lo que quisiera y eso provocó que llegara tarde a su ineludible desayuno en el *Le Pain Quotidien* con Ali aunque ésta no se lo reprochó.

-Qué tal guapa... - se saludaron con un beso en la mejilla. - ¿Cómo ha ido la semana?

Se sentó frente a ella que revolvía incesantemente su café al que ya le había desaparecido la espuma.

El camarero se acercó con el capuchino y el croissant de Almu, no era necesario que se lo pidiera, siempre tomaba lo mismo.

- Gracias Fran. – Miró a su amiga con el ceño fruncido. - ¿Pasa algo?

-Esta noche tenemos la cena.



-Ya. ¿Y? ¿No te apetece?

-Este año la verdad no demasiado... - hizo un puchero divertido que hizo sonreír a Almu.

-Anda, siempre te lo pasas bien. Además luego lo pasaremos aun mejor.- Subió y bajó varias veces las cejas anunciando que tenía algo preparado.

-Me das miedo...-Rió.

-Bueno, ¿qué tal se ha portado el italiano estos días?

No se habían visto apenas desde el lunes, pero eso no impedía que Alicia no dejara de darle vueltas a lo que había ocurrido en sus momentos libres, que al menos eran escasos.

Se sentía confusa y eso la intranquilizaba.

-¿Se puede querer a dos personas a la vez? –Dijo de pronto.

Almu enmudeció y la miró estupefacta. Para ella, Alex y Ali eran la pareja perfecta, lo habían sido desde que se conocieron y aquella pregunta la pilló por sorpresa.

-No lo sé Ali... yo ni siquiera quiero a una. – Bromeó intentando quitar importancia a lo serio del asunto.

Ali la miró y Almu interpretó de manera certera que no estaba para bromas.

-¿Crees que le quieres? ¿A Marco?

- Puede ser... estoy hecha un lío. Lo que tengo claro es que no se trata de un capricho.

-No, porque el capricho se te habría quitado en San Vicente cuando...

-Ya, - la cortó – por eso... Se me remueve todo cada vez que le tengo cerca, que me habla,... Es algo que ni yo misma consigo explicarme.

-Esto se complica Ali. Tienes que resolverlo.

-Lo sé.

La jornada transcurrió entre visitas de clientes nuevos y otros con los que tenía procedimientos en curso y a mediodía, cuando se disponía a irse a casa, Ali vio a Marco conversando animadamente entre risas con Lucre, lo que le causó una punzada de celos que no supo controlar.

Pasó a su lado sin mirarlos apenas y con semblante serio lo que extrañó a Lucrecia y no tanto a Marco.

-¡Ey! – Lucre se interpuso entre la puerta y ella. - ¿Estás bien?

-Perfectamente. – Sonó abiertamente sarcástica. - ¿Te importa? Tengo prisa.

Salió sin dar lugar ni tiempo a réplica y dejó descolocada a la procuradora que miró a Marco desconcertada.

-Qué raro, nunca la había visto así.

-¿La conoces bien? – Intentó dejar caer la pregunta sin mostrar demasiado interés.

-No se lo tengas en cuenta, es una chica muy agradable normalmente. Cuando yo me vine a Madrid me ayudó muchísimo, nos llevamos genial. – Se acercó un poco más para evitar que escuchara la recepcionista. – Es una pena que sea hetero... - rió.

Marco se sorprendió, no tanto porque Lucrecia fuera gay, sino porque mostrara interés en Alicia; pero no lo demostró en ningún momento.

Alex llamó diciendo que no iría a comer, como de costumbre. De modo que Alicia se preparó una ensalada mixta con canónigos, aguacate, manzana y nueces y dos filetes de pechuga de pavo a la plancha. No debía volver esa tarde a la oficina, así que se tomó su tiempo para comer, mientras no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

Pensaba en lo absurdo de su comportamiento, era consciente de que había actuado como una ridícula, pero resolvió que no había podido evitarlo. Todavía le quemaba por dentro el recordar las risas de complicidad entre Lucre y Marco. Pensó también que hacían buena pareja y siendo pragmática, que se enamoraran sería lo mejor para su situación. Pero no, no quería. De

ninguna manera.

Llamó a Almu y quedaron en el *Pop'n'Roll*, un pub que les encantaba a ambas, para verse allí en cuanto pudieran escaquearse de la sobremesa de sus respectivas cenas de empresa.

Escogió para la velada, un vestido de *Ewigem* negro de manga larga con encaje en la parte superior y escote en V.

Aunque era ceñido, le resultó bastante cómodo y se sintió satisfecha cuando vio el reflejo que el espejo del dormitorio le devolvía.

Se onduló un poco las puntas del cabello para darle volumen y se lo recogió solo de un lado, estaba preciosa y lo sabía.

De alguna manera supo que se había vestido también para él y una parte de su ser se lo reprobó, pero la otra parte, la maliciosa que estaba descubriendo, le dijo que adelante.

Dejó sobre la cama el traje que había preparado para Alex, él nunca se preocupaba de ese tipo de cosas y ella lo hizo de manera mecánica. Unos zapatos al pie y listo.

Se lamentó de que el *clutch Love* de Moschino apenas cerrara con el móvil, un pequeño monedero, el polvero y la barra de labios. A base de hacer “tetris” logró que entrara todo.

Ya se disponía a salir cuando llegó Alex.

-Guau... - le hizo un rápido examen de arriba abajo. – Este año sí que te has esmerado.

-Que va, como siempre. – Cambió radicalmente el tema. – Te he dejado la ropa sobre la cama. Me voy ya, ¿no tardas no?

-Media hora. – Se fue a paso apurado al dormitorio.

En el restaurante la esperaba ya su padre, elegantemente vestido también para la ocasión, no escatimó en elogios para su hija, que agradeció levemente

ruborizada.

Eran los primeros en llegar, según Fernando, así debía ser. Se tomaron una copa de vino en el bar para esperar a los demás antes de pasar al comedor.

No tardaron en llegar los primeros colegas. La cena de Navidad siempre era la ocasión perfecta para hablar en tono distendido fuera del estricto ambiente profesional que reinaba en el despacho; sobre todo cuando el señor Pazos deambulaba por allí.

Para sorpresa de Alicia, Alex tardó casi una hora y llegó acompañado de Mabel, otra secretaria y la recepcionista. No llevaba el traje que ella le había preparado, pero no le dio excesiva importancia.

Marco llegó acompañado de Lucrecia, algo que desestabilizó un poco a Alicia, y luego se sentaron juntos en la mesa. Se repitió como un mantra que eso era lo mejor, lo mejor para ella, para todos.

Cenaron en un ambiente de jovialidad y laxitud que chocaba con cómo se sentía ella. En su interior reinaba el desasosiego, quería irse de allí cuanto antes. Marco no parecía haber reparado siquiera en su presencia, estaba demasiado ocupado charlando y riendo con Lucre. Estaba molesta, más que molesta, celosa.

Se disculpó para ir al baño y una vez allí se quitó la máscara de sonrisa permanente.

Al minuto siguiente, recibió un mensaje de Marco:

*“¿Te encuentras bien?”*

*“Sí, aunque no tan bien como tú.”*

Se lamentó al instante de haber contestado de ese modo.

*“No me escribas. Y borra mi número.”*

-No pienso hacer eso. – La sorprendió al abrir la puerta.

-No puedes estar aquí. Vete... - Hablaba susurrando aunque los baños estaban apartados del comedor y era bastante improbable que los escucharan.

Él, como siempre, hizo caso omiso a su petición y entró colocándose a pocos centímetros de ella.

-Solo he venido a decirte que estás increíble. – Se acercó a su oído. – No sé como pretendes que te olvide si cada vez que te veo... - olisqueó el cuello de Alicia que permanecía impávida. – No sabes lo que me provocas...

Salió de allí dejándola con una sensación de ansiedad que casi le cuesta un desvanecimiento, pero lo controló a tiempo de que entrase una mujer de mediana edad que la miró sonriendo amablemente.

Se retocó el maquillaje y volvió de inmediato a la mesa.

## XV

### *FIESTAS*

A pesar del frío hacía una noche estupenda. En la Asesoría jurídica, donde trabajaba Almu, solo eran nueve personas y casi todos de edad avanzada, por lo que la cena de empresa anual que hacían en Navidad era más bien solemne y aburrida.

Consultó varias veces el reloj para comprobar si ya podía poner alguna excusa y escaquearse, la sobremesa se le estaba haciendo eterna.

Enfrente de ella se había sentado Samuel, uno de sus compañeros, el pobre se dedicaba a hacerle ojitos sin atreverse nunca a dar el siguiente paso. Aunque de poco le iba a servir, esperaba que lo hiciera para así terminar con ese tipo de comportamiento absurdo que a él no le iba a llevar a ninguna parte. Almu se dedicaba a devolverle una sonrisa forzada y mostrarse cansina, eso sí le salía natural.

Afortunadamente todo llega, y a la una menos cuarto se disculpó y se fue.

Llamó a Ali antes de coger el taxi y de nuevo una vez dentro pero ésta no le contestó. Entonces le escribió un escueto mensaje indicándole que ya se dirigía al *Pop'n Roll*.

Los miembros más veteranos de la empresa se retiraron temprano, junto con su padre que debía madrugar al día siguiente y dos de las secretarías que tenían niños pequeños. Los demás se quedaron un rato más, pero poco a poco empezaron también a abandonar el local.

Alex propuso ir a varios pub de los alrededores a tomar unas copas. Se acercó a Alicia.

-¿Te vas ya con Almudena no? – Sabía que salían siempre solas después de la

cena de Navidad y no se tomó la molestia de pedirle que se quedara. - ¿Te llamo un taxi?

-Ya lo he hecho yo. – Reparó de nuevo en su traje. - ¿No te gustaba el que te dejé o...?

-Emm no, es que se me ensució un poco la camisa y no sabía cual ponerme...- dudó unos instantes. – Y bueno, con este, ya sé que va la de rayas azules. – Sonrió a fin de quitarle importancia al asunto e intentó desviarse del tema. – Entonces, ¿te vas ya o nos tomamos algo antes?

Marco se acercó a Lucre y le dijo algo al oído. Luego ella negó con la cabeza sonriendo y Ali se centró en aquella conversación y no en la suya propia.

-¿Alicia?- Alex reclamó su atención.

-Sí, perdona. No... me voy ya.

Pasó al lado de los demás despidiéndose, pero sin apenas reparar en nadie y Lucre la retuvo sujetándola suavemente del brazo.

-Alicia, ¿Te ocurre algo?

-¿A mí? – se hizo la sorprendida. – Que va...

-Dejá de comportarte como una chiquilla y contame qué pasa. Llevás unos días muy extraña conmigo.- El acento argentino afloró de pronto al mostrar su enfado.

Alicia le repitió que no era nada y salió a la calle, pero Lucrecia la siguió.

Por suerte el taxi que había pedido la esperaba ya en la puerta, se subió rápidamente e indicó la dirección de destino a fin de que el buen hombre arrancara cuanto antes. Lucrecia apenas tuvo tiempo de decir nada, se quedó un tanto turbada a las puertas del establecimiento.

-¿Ocurre algo?

Se volvió hacia Marco que sin saber a santo de qué, la miraba divertido.

-No lo sé la verdad, está super extraña conmigo...

Se despidió de Marco, que sabía perfectamente a qué se debía el comportamiento de Alicia; y se fue caminando hacia su casa que no quedaba lejos del restaurante.

\*\*\*

Cuando entró en el *Pop'n'Roll*, Almu ya estaba en la barra. Pidió un par de copas de ron con cola y se volvió a dar la bienvenida a su amiga. Era su día, desde hacía casi diez años se dedicaban esa noche al año, solo para ellas.

Tomaron dos copas más en el pub y de ahí se fueron al *Pippo's* donde continuaron disfrutando de las conversaciones banales y absurdas que mantenían cuando el alcohol les agudizaba el ingenio.

-Admite que te vestiste para el italiano...

Almu ya comenzaba a farfullar y eso, unido a la música que ambientaba el local y a que la capacidad de atención de Alicia era cada vez más reducida, hacía que fuera verdaderamente complicado entenderla.

-Los tacones van a acabar conmigo... - rió sonoramente al tiempo que se acercaba al oído de Almu y decía divertida: - ¡y la faja me está matando!

Las dos estallaron en carcajadas. Un grupo de cuatro muchachos de no más de veinticinco años se acercaron a ellas para comprobar si la suerte les sonreía esa noche y unos de ellos, claramente el que más éxito solía tener con las chicas, le hizo un comentario poco apropiado a Almudena en el oído.

-Ah no, por favor, que aburrimiento. – Negaba con la cabeza de manera exagerada. Al chico le sorprendió el rechazo. – Todavía estás sin adiestrar cariño, pero gracias por intentarlo.

Le dio una palmadita en el hombro , se levantó y cogió a Alicia de la mano para irse de allí.

- ¿La penúltima en *El Enigma*?

-Venga...

A pesar de estar a dos calles, el trecho se complicó porque a ambas les



costaba bastante evitar que los tacones se encajasen entre los adoquines.

-Dios, estoy por quitármelos... - dijo Ali mientras se sentaba en el bordillo de un portal.

-Vamos, reconócelo...

-Que sí, ya lo sabes... – sonrió mirando a Almu con los ojos entrecerrados.- Ni de coña hubiera escogido éstos para salir de fiesta.

-¡Ja! ¡Lo sabía! – se sentó al lado de su amiga y bajó la voz. - ¿Y? ¿Han hecho su mágico efecto?

Alicia se apoyó en el hombro de Almu, el alcohol estaba haciendo estragos en su cabeza que ya comenzaba a dar vueltas.

-Me estoy volviendo bipolar tía, le quiero lejos pero me mata verle seducir a Lucrecia... - De pronto dio un respingo. - ¡Voy a llamarle!

-¿Qué? ¡No!

Almu intentó cogerle el bolso para impedirlo, pero sus reflejos no eran lo que se dice rápidos en esos momentos.

Ali consiguió desbloquear el teléfono al tercer intento, mientras Almu enumeraba las muchas razones para que no hiciera esa llamada. Fue en vano, Ali se levantó descalza y comenzó a parlotear por la acera ante las miradas divertidas y sonrisas de los viandantes que se cruzaban con ella.

## *XVI*

### *RECLAMOS*

No hacía mucho que se había dormido cuando el móvil comenzó a vibrar. Marco miró la hora en el reloj de pulsera que había dejado sobre la banqueta que hacía de mesilla de noche, las cuatro menos cuarto. Y luego reparó en quien era la que llamaba: A.P.

Se quedó unos segundos mirando el aparato pensando si contestar o no la llamada. Sabía que Alicia había salido de fiesta con una amiga y era obvio que las llamadas a esas horas no eran para nada coherente.

Sucumbió a la sin razón y descolgó.

*- Ya ega hora...*

Marco se percató de inmediato de que había sido una mala idea responder la llamada. Alicia no estaba ni mucho menos en condiciones de mantener ningún tipo de conversación que fuera a recordar la mañana siguiente.

*-Hola, ¿estás bien?*

*-¿Ahoda te preocupa si estoy bien?¡Estoy muy bien!- gritó.*

*-Ali, ¿dónde estás?*

*-Eso no te impogta... Tienes que largarte, ¿para qué hag venido aquí? ¿a volverme loca?*

Marco escuchó a la que supuso era la amiga con la que había salido intentar que cortase la llamada.

*-Dime dónde estás... - se levantó de la cama y empezó a buscar con la mirada unos pantalones que ponerse. – ¿Ali?*

-No quiero que vengas, lo único que haces es anular mi cogdura... - le costaba horrores articular las palabras. – *vuelve a Barcelona Marco...*

Empezó a sollozar y se sentó en medio de la acera. Almu, que no estaba en mejores condiciones que ella, intentaba en vano levantarla.

-¿Necesitáis ayuda preciosas? – un jovencito se acercó a ellas.

Marco escuchó la voz masculina y sintió una punzada de hastío. Terminó de vestirse a toda prisa y cogió las llaves del apartamento para salir cuanto antes.

-Alicia, que me digas donde estáis, ¡ya!

-¡Nos vamos al Enigma! – Gritó Almu al tiempo que conseguía arrebatarse el teléfono a su amiga y colgaba.

El local era pequeño y no le costó demasiado ubicarlas a pesar de la semioscuridad que reinaba allí. Estaban sentadas, o más bien recostadas en unos viejos sofás raídos aunque no se podía negar que con cierto encanto. Se reían sonoramente atrayendo las miradas de los que las rodeaban, que las observaban divertidos.

-No puedo negar que esto me ha sorprendido...

-Oh dios, has venido... - le costó levantar la mirada para confirmar lo que ya sabía, su voz era inconfundible para ella. – Al menos tráeme una copa. – Levantó su vaso vacío.

-Creo que no, - cogió el vidrio y lo dejó sobre una mesilla cercana – os llevo a casa.

Almudena no decía nada, se había quedado de piedra al observar el objeto de deseo de su amiga, y desde luego no era de extrañar que la hubiera vuelto totalmente loca. La foto que tiempo atrás le había mostrado Alicia, no le hacía justicia en absoluto.

-Lárgate Marco... - Alicia se levantó para acercarse a la barra y pedir un par de copas más. – Estamos *perfeitamente*.

En cuanto Almu se disculpó y se fue al baño, Marco aprovechó la

oportunidad para intentar convencer a la terca de Ali para llevarlas a casa.

-He dicho que te largues...

Él la tomó de la cintura y la separó de la barra antes de que el camarero se acercase a atenderla. La llevó a una zona más privada e insistió, pero fue inútil.

-Está bien, pues me quedo. No voy a dejarte sola en estas condiciones.

-Joder, que pesado. No estoy sola...

Aquella Alicia no tenía nada que ver con la mujer dulce, sensata y cabal que él conocía, pero desde luego era muy divertida.

Almu hizo de nuevo aparición un tanto renqueante y les hizo partícipes de su firme decisión de irse a casa.

-He vomitado la mitad de la cena... - buscó en el bolso el móvil. – Voy a pedir un taxi, no me encuentro bien.

-No hace falta, Marco te lleva. – levantó la mirada hacia él - ¿A que sí?

-Os llevo a las dos. Vamos.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse pero Ali empezó a hacer aspavientos y a negar con la cabeza. No se iba.

-Ali venga... - suplicó Almu. – De veras que me quiero ir ya.

Finalmente se salió con la suya y se quedó en *El Enigma* mientras Marco acercó a Almu a Torrelavega.

-Déjame en esa esquina, esa calle es dirección prohibida y te tocaría dar toda la vuelta. – Se incorporó para salir del vehículo en el que por suerte no había vomitado, y añadió: - Vuelve a por ella antes de que se largue. Y Marco, pórtate bien.

Esperó hasta que Almu entró en el portal, un poco más hasta que vio encenderse la luz del ático y regresó de inmediato al pub donde había dejado a Ali. Esperaba que siguiese allí. Jamás hubiera pensado que fuera capaz de comportarse de esa manera, le había descuadrado bastante, aunque no creía que fuera una conducta frecuente.

Tenía pensado aparcar en doble fila y sacarla directamente del local para llevarla a su casa, pero cuando estaba llegando, la vio a unos cincuenta metros del pub sentada en un banco al lado de la acera. Paró y se quedó mirándola unos instantes.

La vio desvalida, pequeña, y aún así conservaba intacta su extraordinaria belleza, su fragilidad y su fortaleza. Su determinación y su pragmatismo que la impedían obviar en ningún momento la trabajada sensatez; la misma sensatez que unos meses atrás se resquebrajó y abrió una ventana por la que él se había colado y por la que no era capaz de salir de nuevo.

Era imposible no amarla, no desearla, no necesitarla cerca en todo momento; y debía luchar continuamente para no sucumbir, porque no era suya.

Esa idea fue la que sacó a Marco de su ensimismamiento, salió del coche y se sentó al lado de ella.

-No se puede decir que no seas persistente... - dijo sin levantar la cabeza. – Ahora sí te dejo que me lleves a casa, estoy fatal.

Cuando consiguió meterla en su Jaguar F-PACE sin que se golpeará la cabeza, le puso el cinturón y rodeó el vehículo para sentarse al volante.

-¿Dónde voy?

-Coge la M-30 lateral ya te aviso cuando sea la salida.

Alí tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada hacia atrás, estaba palideciendo por momentos.

-¿No se te va a ocurrir vomitar en mi coche verdad? – preguntó Marco divertido.

-No te preocupes, sacaré la cabeza por la ventana como un terrier para no ensuciarte la tapicería.- Le miró molesta.

-Estaba bromeando...

-¡Como continúes sonriendo de esa manera voy a!

-¿Qué? – La miró intensamente a los ojos y ella desvió inmediatamente la

mirada. - ¿Qué harás?

-Arranca ya y vámonos.

-Como quiera señorita.

-Te recuerdo que soy señora. – Enfatizó la última palabra.

Marco quitó la llave del contacto y la miró de nuevo, su sonrisa burlona había desaparecido y en su lugar apareció un rostro mohíno, aciago, en cierto modo carente de emotividad.

-No necesitas recordármelo. – Su voz era casi un susurro. - ¿Crees que para mí esto es un juego Alicia? ¿Crees que me apetece salir de la cama a las cinco de la mañana para venir a buscarte? ¿Crees que no me haces daño con tus desplantes y tus palabras? ¿Te parezco un niño que no tiene nada mejor que hacer que perseguir a un capricho pasajero?

Alicia lo miraba estremecida por el cúmulo de sentimientos encontrados que se le agolpaban en la garganta impidiendo que emitiese sonido alguno. Instintivamente acortó la breve distancia que había entre ellos y tomándole de la barbilla le besó para acallarle.

No pensó, no quiso hacerlo más, estaba cansada de contenerse, de frenar sus impulsos; solo dejó que fluyeran, se liberó. Cerró los ojos y por primera vez en mucho tiempo se sintió relajada, laxa en sus brazos que la acercaban más a él para profundizar el ósculo que ambos deseaban.

Unos instantes después se separaron y se sostuvieron la mirada, sin decir nada, solo reconociéndose el uno al otro.

-Llévame a casa Marco. Necesito acostarme.

Él inició la marcha y la dejó en la puerta de la urbanización despidiéndose con un “buenas noches” cargado de sueños para uno y de remordimientos para otra.

## *XVII*

### *ACCIDENTES*

Le había costado un poco el madrugón, pero la ocasión lo merecía. En cuanto tomó el desvío por la M-601 y vio la indicación hacia el puerto de Navacerrada, le invadió la euforia de saber que sería un genial fin de semana haciendo snowboard y disfrutando de buenas sesiones de sexo con la preciosidad que le acompañaba. Nunca le costaba convencer a Mabel.

La climatología acompañaba y estaban todas las pistas abiertas. En cuanto llegaron al hotel, el mismo de siempre, subieron a su habitación con vistas al embalse. Alex no tardó en cambiarse y bajar a practicar su deporte favorito, las pistas estaban a apenas cuatro kilómetros. Mabel, por su parte, se quedaría en el spa y haría alguno de los tratamientos de belleza que no necesitaba.

No volvió hasta cerca del mediodía, se duchó para desentumecer los músculos agarrotados por el frío y bajó de nuevo a la piscina climatizada del hotel en busca de la pelirroja.

La descubrió saliendo de la piscina, llevaba un bikini color teja con el que realzaba aun más el hermoso cabello. Lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza y algunos mechones rebeldes cayendo sueltos por la espalda. Esa mujer era todo un espectáculo.

Alex cogió una toalla, se acercó a ella y la abrazó por la espalda envolviéndola con la prenda y abrazándola.

-¿Subimos? – le susurró al oído.

-Tengo hambre... - se volvió para encararle y le besó castamente en la mejilla. – Es hora de comer.

-Podemos pedir que nos suban la comida a la habitación...

-Me parece un buen plan.

La comida era lo de menos, pero disfrutaron de ella en la terraza del dormitorio. Las vistas al embalse y la naturaleza que rodeaba el emplazamiento eran una delicia, Alex pensó durante un breve período de tiempo en Alicia, no entendía por qué a ella no le gustaba todo aquello.

El entorno natural de la Sierra de Guadarrama siempre habían sido uno de sus lugares preferidos. Los paisajes únicos de la sierra, el Valle de La Barranca,... daba igual que no fuera temporada de nieve, le encantaba. Sin embargo para Alicia era un suplicio ir allí, sabía que cuando le había acompañado lo había hecho por complacerle y después de estar durante días convenciéndola.

- ¿En qué piensas? – Mabel le sacó de sus pensamientos con una caricia en el cuello.

-En nada... - la cogió de la cintura y la sentó en su regazo.

Ella le rodeó con los brazos y comenzó a besarle la sien, los pómulos, la comisura de la boca, pero evitando los labios.

-¿Ese “nada” equivale a Alicia? – Continuó su labor sin detenerse esperando una respuesta que no llegó.

Alex la agarró de la nuca para guiar su boca hasta la de él, no le gustaba que le hicieran esperar. Y de ese modo evitaría que la muchacha continuase hablando.

El domingo por la mañana visitaron el mercadillo de antigüedades que había en el pueblo y después de comer subieron de nuevo al puerto. A Mabel le encantaba esquiar y para sorpresa de Alex se le daba estupendamente.

Subieron a Pala-Montañeros, la pista más larga y una de las que tenía más desnivel. El tiempo había empeorado y se dio aviso de que iban a cerrar las dos pistas de las Guarramillas por riesgo de aludes. Las demás de la zona alta se mantenían abiertas aunque se recomendaba precaución.

Ambos eran bastante competitivos y no dudaron en desafiarse mutuamente



y en discutir sobre qué era mejor si el esquí o el *snow*; apenas había gente en la pista e hicieron una carrera. Iban bastante parejos y ambos querían ganar, cuando el desnivel comenzaba a ser menos pronunciado, Mabel comenzó a quedarse un poco rezagada y se cruzó al lado contrario para intentar adelantarse a Alex.

Él miró hacia atrás rápidamente y no vio a Mabel, miró de nuevo y en el instante en que volvió la vista al frente se encontró con un trineo que no estaba allí segundos antes. Intentó esquivarlo a toda prisa, iba tirado por dos niños y un adulto; todo fue demasiado deprisa. Se cruzó a la derecha contando con que tenía a Mabel a su izquierda, y pudo evitar el trineo pero no así a la esquiadora que venía a toda velocidad hacia él. Ambos impactaron y cayeron envueltos en la nieve. Rodaron y Mabel sintió soltarse el bastón y el crujido de su muñeca al golpear en seco contra algo.

Cuando al fin se detuvieron, Alex fue consciente de un punzante dolor en la pierna izquierda, se le había roto el *scrab* de la fijación.

El hombre que estaba con los niños se les acercó rápidamente y llamó para pedir ayuda. Afortunadamente él y los niños estaban bien pero Alex no pudo evitar pensar furioso en que aquella no era una zona segura para familias con niños. No dijo nada para evitar un enfrentamiento y porque el dolor de la pierna le estaba matando.

## *XVIII*

### *CONSECUENCIAS*

-Creo que mi plan de dormir todo el sábado resultó mejor que el tuyo. – Dijo Alicia a su marido mientras le llevaba a casa desde el hospital.

-Muy graciosa. – En realidad no lo era, en absoluto. – Creo que me han dejado la escayola muy apretada.

A pesar de llevar el asiento del copiloto completamente reclinado hacia atrás, todavía iba incómodo. Tenía una leve fractura en el peroné que le dejaría convaleciente un par de meses y la perspectiva de estar encerrado en casa durante tanto tiempo le ponía de muy mal humor.

-Ya te han dicho que en cuanto remita la hinchazón estarás mejor, ten paciencia.

Más tarde, ya en casa, Alicia cortó la pernera de un viejo pantalón chándal, ayudó a Alex a ponérselo y a acostarse en el sofá mientras refunfuñaba. Era domingo por la noche y a pesar de haber dormido durante casi todo el día anterior, se sentía aun muy cansada. Y el tener a Alex medio convaleciente no auguraba que esa noche fuera a descansar demasiado.

En efecto no fue así. Por la mañana, en cuanto el despertador anunció que ya eran las siete, sintió un impulso irrefrenable de ahogar a su marido con la almohada al mirarle y verle dormir a pierna suelta después de haberla despertado una docena de veces durante la noche para cosas totalmente absurdas.

Aun así, intentó no despertarle. Se duchó en el baño del pasillo y salió a hurtadillas después de dejarle una muleta al lado de la cama. Sabía que durante la mañana tendría que volver a casa.

No se equivocaba, antes de las diez ya recibió la primera llamada

increpándola por irse a trabajar estando él enfermo.

- *No estás enfermo Alex...* - dijo cansina. - *¿Me necesitas para algo serio? Tengo trabajo.*

-*Me haces falta aquí, no puedo hacer nada.*

-*Vendrá una clienta en media hora, cuando termine voy.*

-*No tardes.* – Dijo claramente encrespado.

Ali colgó y salió a avisar a Marga, que acabada de llegar, de la ausencia de Alex durante un tiempo y que derivase sus casos a otros letrados.

-Vaya... Mabel también ha llamado esta mañana. Luego se pasará a traer el informe de baja.

-¿Mabel? ¿Qué le pasó?

-Se ha hecho una luxación en la muñeca. Creo que jugando al tenis el sábado.

No le dio más importancia, pero recordó que llevaba el informe de Alex en el bolso y se lo dio también a su compañera.

-En cuanto llegue mi cita de las diez y media la haces pasar.

Volvía a la oficina cuando se encontró con Marco que salía.

- Buenos días señorita Pazos.

Ni se detuvo, salió tan deprisa que apenas pudo verle el semblante. Alicia se volvió para verle marcharse por la puerta tan precipitadamente que si no fuera porque la había saludado, creería que ni la había visto.

Entró en su despacho y se dejó caer en la silla. Cogió el teléfono impulsivamente y escribió:

*“Señor Bianchetti, si vamos a tratarnos con tanta formalidad a partir de ahora, que sepa que soy la SEÑORA MATEO”.*

Marco llegaba tarde a una vista y eso era algo inasumible, él siempre había hecho gala de una puntualidad exquisita en cualquier evento, juicio o reunión

que requiriese de su presencia.

El taxi que había pedido ya estaba a la puerta. Le indicó al chófer que le llevase a Plaza de Castilla y sacó del bolsillo del abrigo el móvil que acababa anunciarle que había recibido un mensaje.

Lo leyó y sonrió. Alicia volvía a entrar en el juego y eso le animó, pero decidió dejarla esperando una respuesta. Sabía lo mucho que la exasperaba que la dejara “en visto” y lo hizo, puso el teléfono en silencio y lo guardó de nuevo en el abrigo cuando llegó a su destino.

## *XIX*

### *PLANES*

La última semana antes de las fiestas navideñas nevó en la capital. A Alicia le encantaba Madrid en invierno y en especial en esas fechas de compras de regalos, de idas y venidas de gente por las calles desafiando el frío, los adornos en las vías públicas, los jardines y las tiendas, estaba todo precioso.

Su padre había vuelto de Galicia para pasar las fiestas y habían quedado para comer en casa, puesto que Alex continuaba convaleciente.

-El año que viene podremos celebrar la Navidad en el pazo, las obras están a punto de terminar. – Anunció exultante mientras abría una botella de Albariño. – En cuanto acaben, mandaré una empresa de limpieza, no quiero cargar con ese tipo de trabajo a los caseros, y tienes que ir para redecorar.

Había estado reformando el pazo familiar en San Vicente do Mar, una propiedad que había pertenecido a su familia durante generaciones y donde Alicia había pasado su niñez y gran parte de su adolescencia.

-Genial. ¿Sabes para cuando será?

-No creo que tarden, un par de semanas como mucho. – Examinó el semblante de su hija carente de emotividad. – No te veo muy animada.

Alicia se sintió súbitamente melancólica y de algún modo intranquila al recordar la última vez que había estado en Galicia. Se repuso y miró a su padre forzando una sonrisa.

-Claro que sí, tengo ganas ya de ver cómo ha quedado.

Alex, que había estado escuchando, gritó desde el sofá:

-Hasta que yo esté bien no puedes ir.

Alicia miró a su padre poniendo los ojos en blanco y éste le sonrió cómplice; sabía que Alex estaba siendo un verdadero incordio.

-He estado mirando para contratar una enfermera, - susurró – a mí ya no me da la paciencia para más.

-Ya estás tardando.

\*\*\*

A los cuatro días del accidente, Mabel se incorporó de nuevo al trabajo. Todavía debía llevar un vendaje en la muñeca por el esguince, pero ya no le dolía y era capaz de llevar a cabo sus tareas laborales perfectamente.

Por suerte, ni Alicia ni nadie en la oficina parecían haber relacionado ambos incidentes y ella y Alex respiraban tranquilos. Aunque sus planes para aquel fin de semana se hubieran visto truncados aun no iba a soltar a su presa, Alejandro Mateo era su meta y estaba dispuesta a todo para cruzarla.

No se habían visto a causa de la reclusión de Alex y no podía llamarle con toda la frecuencia que deseaba. Por eso, cuando vio que Alicia salía de su despacho camino de la cocina, decidió aprovechar el momento.

*-Hola pecosa...*

*-Hola, ¿cómo estás? –* dijo susurrando consciente de que alguien podía escucharla.

*-Bien, aquí en el sofá de casa.*

*-Ya me imaginaba. ¿Cuándo podré verte? Te echo de menos... -* era cierto.

*- Esta tarde después de las cuatro me quedo solo, pásate.*

*-Ok, te dejo. –* Colgó apresurada al ver que Alicia volvía con una de sus infusiones en la mano.

A Mabel se le pasó por la cabeza lo fácil que sería echar alguna hierba venenosa en uno de sus brebajes y deshacerse por fin de esa odiosa. Su hermana tenía un herbolario, seguro podría enterarse de qué plantas utilizar.

Un golpe de cordura le atizó la mente y desechó la idea, ¿se había vuelto loca? Murmuró algo para sus adentros y continuó con su labor donde la había dejado. Pensó en que esa tarde vería a Alex y eso le devolvió la alegría.

-Ayer me han dicho que como mucho tres o cuatro semanas más y me libraré de esto. – Se dejó caer en el sofá de nuevo tras ir a abrirle la puerta a Mabel.

Ella se sentó a su lado y le acarició el rostro.

-Antes de lo que esperabas... - dijo mientras jugueteaba con el cabello de él y se acercaba para besarle.

Hicieron el amor allí mismo, Alex se dejaba hacer sin permitirse ser realmente consciente de que no sería raro que la reunión que tenía Alicia pudiera terminar antes de lo previsto, o que a su suegro le diese por pasarse. No le importaba, en las últimas semanas se había sentido más cerca de Mabel, ya no era solo el sexo lo que los unía había algo más que había luchado por evitar pero al final se había rendido y había abierto las puertas de par en par. No quiso detenerse a pensarlo, solo quería sentirse bien, sentirse querido, lo necesitaba y ella se lo ofrecía.

Permanecieron abrazados unos instantes hasta que la consciencia de que podían verse sorprendidos les hizo vestirse.

-Dime algo... - Mabel susurraba mientras jugueteaba con uno de los botones de la blusa. - ¿La quieres?

Reunió el valor para preguntárselo y para mirarle a los ojos esperando y temiendo al mismo tiempo la respuesta.

A Alex no le sorprendió la pregunta, de hecho había tardado, pero no quiso entrar del todo en el tema.

-Es complicado... - Cogió el mando para encender la televisión pero ella se lo arrebató delicadamente.

-En realidad no lo es, la pregunta se contesta con un sí o un no. Es bastante simple.

-Pecosa... - le acarició el rostro con el dorso de la mano. –El amor es algo

que nunca ha entrado en la ecuación.

-¿Qué quieres decir?

-Que si me estás pidiendo que la deje no voy a hacerlo. – Estaba empezando a incomodarle el tema.

-Te he hecho una pregunta y creo entender que me has respondido que no.  
¿Por qué sigues con ella?

Él se echó hacia atrás y se revolvió el pelo en un claro gesto de que aquel asunto no le estaba gustando, pero Mabel no le permitió escaparse.

-¡Dímelo!

-Joder, ¿por qué no lo entiendes? – si pudiera, se levantaría y saldría de allí. -  
¡Todo es suyo! Esta casa, la de la playa, el bufete,... ¡me quedaría sin trabajo, sin nada!

Mabel reflexionó unos instantes antes de hablar de nuevo.

- Estáis casados. Si a ella le pasase algo... todo sería tuyo.

La miró y a Alex le produjo cierto temor lo que reflejaban sus ojos, pero por otra parte pensó, para su propio asombro, que ella tenía razón. Esa era la solución.



## XX

### NAVIDADES

Los festejos navideños que a Alicia tanto le gustaban, le resultaron sumamente tediosos. Vagaba por las calles que en otras ocasiones la habían llenado de alegría y melancolía, sin el más mínimo ápice de emotividad. Miraba los escaparates y no veía nada, solo era capaz de sentir cierto vacío que la consumía y sabía perfectamente a qué era debido.

-Estoy por coger un avión y plantarme en la Toscana.

Mientras se abría paso entre la multitud con Almudena por las calles atestadas de gente ultimando las compras de Reyes, Alicia apenas si escuchaba el bullicio.

-¿Qué dices? – Almu miró a su amiga expectante.

-Marco se ha ido a Florencia a pasar las fiestas con su madre y su hermana. –  
Le mostró el escueto mensaje de despedida que él le había enviado días atrás.  
–No sé qué me pasa...

-Necesitas un baño de realidad Ali. Vamos a tomar algo calentito.

Entraron en una acogedora y pequeña cafetería y se sentaron en la mesa más alejada de la puerta.

Tras pedir un chocolate caliente, Almudena le expuso de nuevo sus consabidos argumentos, esos que Alicia conocía tan bien y con los que por supuesto estaba totalmente de acuerdo, pero no podía mantenerse ajena a la lucha constante que había entre la cordura y la emoción, entre lo que le decía su pragmatismo y lo que su corazón trataba de mostrarle y ella se mantenía firme en negar. Aunque cada vez le costase más hacerlo.

-La noche de la cena le besé... - se cubrió el rostro avergonzada.

Almudena solo la miró esperando que continuase.

-Y no me arrepiento. – Buscó la mirada de su amiga. – Soy oficialmente una adúltera.

-¿Qué pasó después? – Colocó su mano sobre la de ella como indicativo de que estaba de su parte, siempre lo estaría, aunque no estuviese de acuerdo con lo que estaba haciendo.

-Nada, me llevó a casa. – Apuró el último sorbo de su taza y clavó la mirada en Almudena. – Pero muy a mi pesar, no puedo negar que me quedé con ganas de... Dios, es que no puedo quitármelo de la cabeza.

Almudena la miró comprensiva y no dijo nada más, solo la cogió del brazo para transmitirle su apoyo.

\*\*\*

Después de Nochevieja, Marco regresó con su familia a Barcelona. Aunque siempre pasaban las vacaciones y fechas especiales en Florencia, su madre y su hermana tenían su residencia permanente en la capital catalana desde hacía años.

-¿No trabajas hasta después de Reyes? – preguntó Caeli mientras deshacía su bolsa de viaje.

-No, pero regreso en dos días. – Marco ayudó a su hermana a colocar unas prendas en los estantes más altos.

-Todavía no tengo claro cómo es que dejaste una plaza como fiscal aquí y te vas a Madrid para ejercer como abogado, lejos de tu familia,... Barcelona es mucho más bonito. – Se sentó en la cama esperando que su hermano al fin le diese algún tipo de explicación.

-Soy socio de uno de los mejores bufetes del país. A demás, tal vez haya alguien importante para mí allí... - besó en la coronilla a Caeli que se quedó con la boca abierta viéndolo salir por la puerta.

Salió tras él intentando controlar el tono de voz, su madre descansaba de una larga guardia en el dormitorio contiguo.

-¿Qué? No no no, no me dejes así. ¿Quién es?

Marco entró en la cocina sonriendo y sabiendo que había abierto la caja de Pandora. Su hermana no le dejaría en paz hasta saber todos los detalles y no sabía si sería bueno dárselos, aun no.

-Tiempo al tiempo *sorella*.

Dos días después, mientras esperaba en la estación de AVE, escribió un mensaje a Alicia para que supiera que regresaba. Estaba un poco confuso pues no había sabido nada de ella desde que le había avisado que se iba a Florencia, ni siquiera le había felicitado el nuevo año. Por eso tras meditarlo unos instantes decidió borrar lo que había escrito.

Por su parte, Alicia continuaba dejando pasar los días, ya faltaba menos y por vez primera estaba deseando que terminasen las vacaciones de invierno. Su padre ya había regresado a Galicia y Alex continuaba irritable hasta la extenuación.

Recibió una llamada de la lavandería y se alegró de tener algo que hacer que la permitiera salir de casa.

-Voy a hacer unos recados, regreso en un par de horas.

Alex ni la miró, pero supo que la había escuchado porque le hizo un gesto absurdo con la mano. Salió malhumorada y condujo hasta el establecimiento donde había dejado el vestido de Nochevieja y un par de abrigos a limpiar.

-Han quedado muy bien. Oh, tenemos listo también un traje que nos dejó su marido hace unas semanas.

-¿Mi marido?

No era para nada normal que Alex llevase sus trajes a limpiar, siempre era ella la que se encargaba de ese tipo de tareas y por ello se sorprendió. Y lo hizo más cuando el dependiente le trajo perfectamente limpio, planchado y plastificado el traje que ella le había dejado a Alex para la cena de empresa y

que luego no llevó.

Cuando regresó a casa, Alex estaba dormido en el sofá, al que ya empezaba a dejar marca de su trasero. Se quedó observándole unos instantes y pensó en las opciones que había, en las explicaciones lógicas que seguro él le plantearía.

-¿Y qué te dijo? – Almu estaba tan sorprendida como Alicia aquella mañana en la cafetería.

-Al final no le pregunté, seguramente se pondría a la defensiva...

-Pero ¿estás segura de que era Carmín? Me parece muy raro Ali.

-Sí, me quedó meridianamente claro. En la chaqueta y la camisa. Y rojo además. Me lo dijo el tendero, al parecer han sido difíciles de eliminar. - Negaba con la cabeza con la mirada perdida en el infinito buscando motivos, pero no los había. – Almu, a la cena la única que iba vestida de rojo era Mabel. Bueno, y Rocío, que debe ser el único color de barra de labios que tiene, pero dudo mucho que Alex pueda interesarse por una mujer a punto de jubilarse.

-¿En serio crees que Alex y esa cría...?

-No lo sé, pero te aseguro que pienso averiguarlo.

## *XXI*

### *INTENCIONES*

La vuelta al trabajo le resultó extrañamente alentadora. Realmente necesitaba mantener la cabeza ocupada con algo que no fuera Marco o la reciente y cada vez más extraña posibilidad de que Alex la estuviese engañando con su secretaria.

Desde luego la pelirroja hacía méritos a diario para no pasar desapercibida, aunque realmente no lo necesitaba, era una de esas chicas que era preciosa de manera natural, sin necesidad de ningún tipo de artificio. Aun así, a Ali nunca se le había pasado por la imaginación que Alex fuera a fijarse en ella, ni en ninguna otra.

La observó de cerca esa mañana, lo primero que llamó su atención fue el vendaje de la muñeca y una vaga idea de que tal vez no fuera el partido de tenis lo que había causado su lesión se le pasó por la mente. Pensó de inmediato que era una estupidez pero aun así decidió no desechar del todo la idea. Los ángeles y demonios de su subconsciente se debatían entre las diferentes posibilidades.

Estaba radiante, pensó que la ayudaba bastante el tener unos veinticinco años. Llevaba el cabello rojo con destellos cobrizos e indignantemente brillante, suelto y suavemente ondulado. Una falda de tubo negra y una blusa verde agua que intensificaba el mismo tono de sus preciosos ojos. Nunca se había parado a observar a ninguna mujer de esa manera, era realmente hermosa y obviamente deseable por cualquier hombre con ojos en la cara.

-Parece increíble que nunca la haya visto como una amenaza ¿no?

Aunque no era viernes, había quedado con Almu a media mañana, era necesario hacerla partícipe de sus sospechas.

-Yo tampoco había reparado mucho en ella la verdad... - Su curiosidad la llevó a cambiar de tema. - ¿Has visto a Marco?

-No, - sonaba apesadumbrada. – creo que tenía un juicio hoy.

-Si le ves mañana, deberías hablar con él.

-Sí, debería.

-Y sobre todo medita sobre lo que quieres y a quien quieres Ali. Este doble juego...

-Ya. Lo sé. – Miró a su amiga a los ojos. -De hecho, aunque confirmase lo que sospecho de Alex, tampoco soy nadie para reclamárselo, cuando yo estoy haciendo lo mismo.

\*\*\*

Mabel visitó a su hermana, que regentaba un herbolario a las afueras de la ciudad aquel sábado por la tarde.

Tenía un huerto de tamaño considerable en la parte trasera del viejo edificio donde cultivaba ella misma la mayoría de las plantas y raíces que luego vendía en la tienda.

Era casi diez años mayor que Mabel y siempre habían estado muy unidas, pero desde el fallecimiento de su padre el año anterior, más todavía.

-¿Necesitas ayuda?

Lola, agachada quitando unas malas hierbas, se volteó para mirar a su hermana, aunque ya había reconocido la voz. Además era habitual que se pasara a echarle una mano cuando podía.

-Claro, - señaló un estante cercano – allí hay guantes.

Mabel, impermeable a todo tipo de remilgos, hizo caso omiso, se acuclilló a su lado y se dispuso a ayudar en la tarea.

-En serio, coge guantes, aunque sea de los de látex. Y un delantal. Estos hierbajos son chichicastes, pueden provocarte una urticaria terrible. Además,

no querrás estropear esa manicura tan estupenda – le cogió la mano para admirar el trabajo.

Ella siempre llevaba las manos hechas un desastre. Claro que a diferencia de su hermana pequeña, ella no trabajaba en una pulcra oficina; llevaba regentando el negocio familiar junto a su padre desde los dieciséis años, cuando había fallecido su madre.

Mabel puso los ojos en blanco y cedió.

-Ya sabes que no tengo alergia a nada.

-Bueno, mejor prevenir. – Recogió el cubo con las malas hierbas y lo volcó en el contenedor del compostaje. – Ven, ayúdame a arrancar esas adelfas.

-¿Por qué? Están preciosas...

-Ya no puedo venderlas con fines medicinales, lo que es una estupidez, pero ya sabes, es potencialmente peligrosa. – Comenzó a arrancar de raíz las plantas que salían fácilmente, y echándolas al cubo.

-¿Pará que son beneficiosas? – Mabel empezó a arrancar desde el otro lado del parterre.

-Bueno, para muchas cosas, especialmente para el cáncer.

-¿En serio? ¿Y las prohíben?

- Al parecer, y hay estudios que lo demuestran, disminuye los síntomas de la leucemia. Además inhibe el factor NF-KB en células cancerosas, provoca la muerte celular natural en células cancerosas. Posee una formidable acción estimulante sobre el sistema inmune... es increíble.

-Entonces no entiendo...

- Bueno, el problema es el cálculo de la dosis apropiada, supongo. Tiene que estar muy diluida. Tengo en la tienda un libro sobre eso si te interesa.

Mabel no pudo evitar pensar en los efectos adversos de la intoxicación.

-¿Qué pasa si te equivocas con la dosis? – Dejó caer inocentemente la pregunta.

-Haz de cuenta que una hoja puede matar a un niño pequeño o una mascota. – Lola miró la expresión de su hermana al notar que se detenía en su labor. – Ha habido muchos casos de envenenamientos y muertes debido al consumo de adelfa, té de hojas de adelfa y sus extractos. Yo la he tenido en extracto y también seca para añadir una minúscula cantidad a infusiones de té o cola de caballo. También hay quien hace miel a partir del néctar de la planta, y es igual de peligroso.

-Pero son plantas que hay en muchos jardines...

-Sí, incluso en las medianas de las carreteras se han plantado, son muy resistentes. – Terminó su parte y se dirigió a vaciar el contenido del cubo.

Mabel, se quedó unos segundos observando las plantas arrancadas. Luego las dobló y se guardó un manojo en el bolsillo de su delantal.



## *XXII*

### *ÓRDENES*

Marco no acababa de tener claras las ventajas de las vacaciones navideñas, el mes de enero tenía que desarrollar todo el trabajo atrasado más el del mes en curso y era realmente agotador. Ya a las puertas del segundo mes del año, la cosa no terminaba de calmarse, pero sí que se había alivianado un poco, lo que le permitió tener tiempo de terminar al fin de instalarse.

Las mañanas de ritmo frenético en los juzgados eran interminables, no había coincidido con Alicia apenas desde que había regresado de Barcelona, y cuando se habían cruzado ella o él siempre iban con prisa.

Aquella fría mañana de últimos de enero había llegado más tarde de lo que pretendía al despacho, nevaba y había preferido no coger el coche. A pesar de la sal que los funcionarios del ayuntamiento habían derramado previsoramente por las aceras, era bastante complicado caminar con zapatos, y las botas adecuadas para tal función no eran las apropiadas para su traje. Con lo cual se vio obligado a caminar con pasos ridículamente cortos y mirando bien donde pisaba para evitar las placas de hielo y no terminar en el suelo con un buen golpe.

En Barcelona no nevaba apenas y no estaba del todo habituado a ello, sin embargo tenía que reconocer que, a pesar de los inconvenientes, Madrid estaba precioso.

Se sacudió el abrigo en la entrada, que ya mantenía una fina capa de nieve sobre los hombros, y entró en las oficinas. Ya en su despacho, subió completamente los estores del ventanal para disfrutar de las vistas al exterior. Colocó el maletín de piel gris sobre la mesa y sacó el dossier del caso en el que trabajaría esa mañana.

No tardó demasiado en escuchar los pasos y breves conversaciones de sus colegas por los pasillos, lo que le hizo revisar la hora para ver que efectivamente era más tarde de lo que quisiera. Identificó un suave taconeo que entraba y avanzaba en su dirección, solo podían ser Lucrecia o Alicia, y a la primera la había visto salir con prisa hacia la Audiencia.

Llamaron firmemente a la puerta y dio paso, aunque no era quien esperaba y reprimió de inmediato la mirada de decepción en cuanto Fernando Pazos cruzó el dintel.

-Buenos días señor Bianchetti. – Con su seriedad y profesionalidad habitual le saludó con un apretón de manos. Traía bajo el brazo un portafolios.

-Señor Pazos, buen día. Le creía en Galicia. – Tomó asiento de nuevo y con un ademán, le indicó al fundador del bufete que hiciese lo propio.

-Sí, he terminado por el momento mi labor allí. – Abrió el portafolio y se lo entregó. – Necesito que te hagas cargo de este caso, es un amigo y yo no puedo hacerlo en este momento.

Le explicó los pormenores de la labor que le estaba encomendando. Un amigo suyo de la infancia, con una finca aledaña a la de la familia Pazos se había visto envuelto en un tiroteo tras la entrada de varios ladrones en su propiedad. Él, afortunadamente, solo había resultado herido de levedad, pero uno de los asaltantes había fallecido a causa de un impacto de bala. Y el caso se complicaba aun más por el hecho de que el maleante en cuestión era una ex pareja de la menor de sus hijas y la familia del difunto le había denunciado por asesinato.

-En cuanto llegue Alicia se lo comentaré a ella también.

-¿A Alicia? – Levantó súbitamente la vista de los papeles que tenía delante. -  
¿Por?

-Sois los dos mejores penalistas del bufete. Quiero que ambos os encarguéis del caso. – Se levantó sin esperar respuesta. – Y por supuesto que ganéis. – Sus palabras fueron tan cortantes como trozos de cristal.

\*\*\*

Después de la conversación mantenida con su padre, Alicia había sentido la imperiosa necesidad de salir del despacho. Había intentado negarse pero la orden de Fernando era tajante y le había sido imposible.

Caminó sin rumbo unas cuantas calles y luego entró en un bar. A esas horas apenas había nadie, salvo un hombre de mediana edad desgarrado y con la mirada perdida que apenas reparó en ella cuando se sentó a su lado en la barra. La camarera se acercó y Alicia pidió por inercia un café cortado. Sin saber a santo de qué, al segundo varió su intención y pidió que le sirviera un whisky escocés sin hielo. La camarera la miró brevemente extrañada pero no dijo nada y le puso la bebida. El hombre que estaba a su lado intentó bajarse del taburete, falló en la distancia que había de su pie izquierdo al suelo y se echó sobre Alicia, que pese a su ensimismamiento momentáneo, lo vio venir y lo detuvo.

-Disculpe señorita... - No esperó respuesta y se fue caminando en zig zag hacia la puerta.

Alicia se sintió súbitamente mareada, se preguntó si se habría emborrachado por ósmosis debido al contacto con el pobre hombre que trataba de abrir la puerta por el lado opuesto; ya que su vaso seguía intacto.

Una hora más tarde, se había emborrachado por méritos propios. Se encontraba mejor, le impedía pensar y eso en esos momentos era lo único que quería: No pensar en las probabilidades que había de que precisamente su padre, que muy rara vez le había impuesto un caso, le pidiese que lo llevara con Marco. No pensar en las posibilidades de que Alex la estuviese engañado con Mabel. No pensar en que en el caso de ser cierto, él no era peor que ella, que lo había engañado igualmente... No, no quería pensar en nada.

Salió del bar y caminó de nuevo sin rumbo durante al menos otra hora. Se sentó en un banco, los pies la estaban matando.

Miró a su alrededor. Aquí y allá, cómodas residencias antiguas se aislaban con pequeños jardines, pero eran las menos, los majestuosos edificios que las acechaban pronto las devorarían, en unos pocos años pensó, no quedaría apenas ninguna.

Una pareja de más o menos su edad paseaba con su hijo de unos tres años, la

mujer lucía una avanzado embarazo. Por un momento sintió envidia. Los observó unos instantes, pensando en por qué ella no había pensado nunca en tener familia, no con Alex, llevaban casados varios años y jamás habían hablado del tema. Se sintió vacía, ella siempre había querido ser madre, de pequeña pensaba que tendría al menos dos hijos, siendo hija única no quería tener solo uno. Ahora con casi treinta y cinco años solo tenía un matrimonio que no iba a ninguna parte y una pasión imposible hacia un hombre al que, al fin y al cabo, apenas conocía.

Pensó en Galicia, sería bueno volver, la paz y el aire que se respiraba allí distaba mucho de asemejarse en lo más mínimo al de la capital; tenía intención de ir antes de Semana Santa para iniciar el proyecto de redecoración del pazo y así evadirse también de lo que corrompía su mente; pero ahora debía volver por trabajo... y con Marco.

## *XXIII*

### *ENFERMEDAD*

Las siguientes semanas transcurrieron en un estado de aturdimiento. Además no se sentía del todo bien, al principio era solo una leve indisposición, pero conforme avanzaban los días empeoró hasta que finalmente tuvo que quedarse en casa.

-¿Cómo estás hoy? – Alex se arreglaba la corbata mientras la observaba a través del gran espejo vertical del dormitorio.

Alicia asintió e intentó sonreír mientras se mordía el interior de la mejilla en un vano intento por reprimir una náusea.

-¿Necesitas que me quede? – Lo dijo mientras se ponía la chaqueta, con lo cual su intención estaba clara, pero no le importó.

-No, estaré bien.

No hubo más intentos, Alex se acercó, dejó sobre la mesilla la infusión que acababa de prepararle y se fue.

En el exterior, el día era frío y húmedo. Estaban a mediados de febrero y los días comenzaban a crecer lentamente. Se levantó y abrió la ventana, inspiró el viento frío que le acarició la cara y un escalofrío la recorrió entera, pero no fue desagradable, agradeció el frescor aunque cerró de nuevo la ventana, lo último que necesitaba era resfriarse y añadir nuevos síntomas a su deplorable estado. Volvió a la cama e intentó conciliar el sueño.

Al cabo de un rato sonó el teléfono, era Marco. Apenas habían hablado las últimas semanas y la embargó un nerviosismo extremo que, añadido al dolor de cabeza y la debilidad por no haber probado apenas bocado en los últimos días, le provocaron ganas de vomitar. Se fue corriendo al baño, ya no tenía

nada en el estómago y eso era peor. Solo expulsaba bilis y se sentía como si se le fuera la vida en cada esfuerzo.

El teléfono dejó de sonar y al minuto sonó un mensaje:

*“Voy a verte.”*

¡No!, gritó. Escribió a toda prisa que no, que no se encontraba bien y que no estaba para recibir a nadie. (Y mucho menos a él).

No hubo respuesta. Esperó unos minutos más y nada.

“Dios Dios Diossss” murmuró agobiada por lo mal que se encontraba y la posibilidad inminente de que Marco la encontrara de aquella guisa. Desechó la opción de que la viera en el dormitorio y se levantó tambaleándose hasta el salón. Una vez allí, pensó en darse una ducha rápida pero desechó también esa idea, estaba demasiado mareada así que optó por lavarse los dientes, cepillarse un poco el pelo y ponerse un pijama limpio.

Se dejó caer en el sofá hecha polvo casi al tiempo en que la llamó el portero de la urbanización anunciándole la visita.

-De acuerdo Berto, que pase... - dijo resignada.

Si tenía que ser así, pues bien, se sentía incapaz de mantener ningún tipo de discusión. Colgó el teléfono y fue directamente a abrir la puerta para no tener que levantarse de nuevo cuando llegase. Luego, se echó de nuevo en el cómodo sofá tapándose con una manta.

Marco golpeó levemente la puerta antes de entrar.

-Pasa...

Cerró tras de sí. Sabía que estaba sola porque había visto a Alex en la oficina, lo que le permitió actuar con la comodidad que deseaba.

Dejó la chaqueta sobre una silla del comedor y se acercó a ella mientras se aflojaba la corbata y daba un par de vueltas a las mangas de la camisa.

La vio frágil, desvalida y un tanto demacrada; además era obvio que había perdido peso.

-¿Cómo te encuentras? – Se sentó en la mesa de centro después de retirar un

poco una bandeja, para estar lo más cerca posible de ella. - No tienes buena cara.

-No me digas... - le miró a los ojos, leyó su preocupación y lamentó el ser tan borde. – Lo siento, me encuentro fatal. Te lo agradezco, pero te dije que no vinieras Marco.

-Si bueno, decidí no hacerte caso.

-Gracias. – Dijo sacástica. Pero sonrió, en su fuero interno agradecía que estuviese allí.

-¿Te preparo algo? ¿Has ido al médico? – Miró hacia la cocina que estaba bastante revuelta, estaba claro que Alex no se había molestado en recoger.

-No, Alex me ha hecho una poleo-menta antes de irse y aun no me la he terminado. – Señaló la taza que había trasladado a la mesa.

A juzgar por su postura, no tenía intención de irse pronto. Alicia intentó relajarse, era cierto que el dolor de cabeza había remitido brevemente, pero los pinchazos estomacales persistían y lo último que quería es que Marco la oyera vomitar, o peor, que la viera.

Decidió abordar temas de trabajo pero él cambió su posición y se arrodilló sobre la alfombra para aproximarse más a ella.

-Marco...

-Solo quiero cuidarte. –Susurró mientras le acariciaba el cabello de nuevo desordenado.

A Alicia se le encogió más el estómago, si eso era posible, se sentía plena cuando le tenía cerca. Sin poder evitarlo se volvió y le abrazó colocando la cabeza en el hueco de su clavícula. Ese abrazo la reconfortó más que ninguno de los medicamentos que había ingerido los últimos días, Marco era grande, debía medir cerca de los dos metros, pero además era fuerte, se sintió protegida mientras él la rodeaba con sus brazos y la apretaba levemente. Exhaló y la invadió una especie de somnolencia placentera, quería quedarse así para siempre.

Él la miraba extasiado y le frotaba la espalda resiguiendo los huesos de la

columna, era un hecho que había perdido peso y se sintió súbitamente alarmado.

-Aun no me has dicho qué te ha dicho el médico.

-No he ido... - Inspiró su aroma inconfundible. – Es solo una gripe estomacal, en un par de días más estaré bien.

Le soltó de mala gana para volver a su posición original recostada en el sofá. Él le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja e insistió en que debería ir, ya llevaba indispuesta bastantes días, pero ella le restó importancia al tema. Se quedaron unos segundos eternos mirándose uno al otro hasta que un escalofrío la recorrió entera y sintió cómo se le erizaba la piel y los pezones amenazaban con traspasar la tela del pijama.

-La semana que viene estaré bien y podremos irnos. – Dijo para cambiar de asunto y salir de la ensoñación.

Marco sonrió adivinando sus pensamientos.

-Eso espero. – Se apoyó sobre el reposabrazos negándose a separarse demasiado de ella. – Me he entrevistado con el cliente hace un par de días y he abierto ya las diligencias, para ir adelantando trabajo.

-Genial... gracias.- Cerró los ojos, estaba demasiado cansada y aturdida. – Me alegra que vinieras Marco, pero quiero dormir, lo necesito.



## *XXIV*

### *FATALIDAD*

-Pues habrá que aumentar la dosis. – Mabel caminaba cual animal enjaulado por el despacho de Alex.

-Sshhh... baja la voz, alguien puede oírte. – Se levantó para verificar que la puerta estuviese bien cerrada. – Está peor y por el momento le he quitado la idea de ir al médico, no podemos arriesgarnos demasiado.

-Te he traído más para casa. – Le tendió la caja de infusiones que habitualmente tomaba Alicia y a las que había añadido hojas de adelfa deshidratadas. – Puedo hacer una decocción de los tallos y puedes añadir un poco a la infusión antes de dársela. – Sonrió con malicia y Alex la miró ligeramente consternado. – También repuse ayer las que tiene aquí en la cocina.

-La próxima semana viene Fernando, él la llevará al hospital Mabel... - Se pasó las manos por el pelo nervioso. – No sé, tal vez...

-¿Ahora vas a echarte atrás? – Se acercó cautelosa y lo abrazó por la espalda para detenerlo. – Escucha, piensa en todo lo que ganamos amor, ésta es la única manera. – Susurraba mientras lo rodeaba y se apoderaba de su boca, tenía que impedir que pensase demasiado. – Cuando ella no esté, todo esto, la casa y todo lo demás será tuyo... Al viejo no le queda mucho para jubilarse.

Alex cerró los ojos y se dejó vencer por la codicia y la lujuria, que en ese momento iban de la mano. Mabel era puro sexo y últimamente le había descubierto una vena maquiavélica que la hacía aun más condenadamente atractiva.

Se agachó para subirle la falda hasta la cintura y la cogió de las nalgas para elevarla y sentarla sobre la mesa al tiempo que tomaba su boca y se movía

sobre ella devorándola y apoderándose de su cordura. Le levantó las caderas, se deshizo de la molesta ropa interior y se deslizó dentro de ella, suave y sólido, y el último vestigio de frescura que había en el ambiente desapareció. Quedó sofocado por el calor que emanaban los dos cuerpos. Las manos de ella se deslizaban sobre las curvas de su espalda y sus pechos se bamboleaban contra su pecho. Ella rio y él le tapó la boca, aun ligeramente consciente de dónde se encontraban. Vibraba contra él y su risa pasaba de sus labios a los de Alex como una corriente infecciosa. Comenzó a moverse cada vez con más fuerza guiado por la mano de ella en su trasero al tiempo que jadeaban y temblaban como si fueran peces fuera del agua.

Cuando finalizaron, se salió y la miró perdiéndose en sus ojos verdes y en las decenas de pecas de su nariz y mejillas. Lo envolvía una paz culpable, pero al fin sabía que no iba a renunciar a ella. Bajo ningún concepto.

- Lo haremos. – Dijo exhausto.

Ella sonrió en respuesta.

\*\*\*

Mientras caminaba por una de las angostas callejuelas que le servían de atajo para llegar antes al despacho, Marco decidió que no iba a esperar más, iba a llevar a Ali al hospital quisiera o no. Hacía dos jornadas que le había manifestado encontrarse mejor, pero desde entonces no había hablado con ella, no había acudido a la oficina y sus casos más urgentes habían sido delegados a otros colegas al parecer a petición de ella misma, lo que era aun más extraño. No habían avanzado nada con el caso que tenían en Galicia y ya había fecha para la vista preliminar, si ella no podía, tendría que viajar solo. Y no le hacía ninguna gracia dejarla.

Apuró el paso para terminar su trabajo cuanto antes y poder ir a verla. El tiempo comenzaba a mejorar y, aunque todavía era frío, las nubes se habían levantado gracias a un viento ligero y el día prometía ser soleado.

Respiró profundamente, el aire era denso, la contaminación en la ciudad estaba en sus niveles más elevados y comenzaba a notar los efectos. Además de hacer un poco de ejercicio extra, ese era el otro motivo por el que no

sacaba el coche si no era absolutamente necesario; pero desde luego el viaje a Galicia iba a venirle estupendamente para respirar aire fresco durante unos días.

Llamó a Alicia a mediodía y no obtuvo respuesta en los tres intentos, por lo que salió apresuradamente del despacho, tomó un taxi y se encaminó a la urbanización. Al llegar, el portero no lo dejó entrar porque nadie contestaba en la casa. Estaba desesperado, ella no estaba bien. Pensó en llamar a Alex o al señor Pazos pero al primero lo había visto salir hacia los juzgados y sabía que Fernando había viajado a Londres, con lo cual tampoco podía hacer nada, salvo preocuparse; además volvería al día siguiente. Le pidió al portero que insistiese pero obtuvo el mismo resultado.

Se iba ya, probando suerte llamándola al móvil, cuando vio acercarse una furgoneta de reparto. El portero entró en la garita y Marco consiguió esconderse tras el furgón y entrar sin ser visto en la urbanización. Corrió escondiéndose entre los jardines hasta la casa de Alicia. Una vez allí llamó al timbre, esperó pero no le abrió. Bordeó luego la vivienda, tenían un precioso porche con una larga veranda en la parte de atrás. Comprobó si había alguna puerta abierta, pero no tuvo suerte. Sabía que estaba en casa, ¿dónde podría estar si no?, tal vez había ido al hospital o estaba dormida, o ... En medio de sus divagaciones, se asomó a una ventana y fue cuando la vio.

Yacía estirada en el suelo del dormitorio, solo podía ver sus largas piernas enredadas en las arrugadas sábanas de la cama. El resto del cuerpo estaba oculto por el propio lecho, pero por la languidez de cuerpo supo que estaba inconsciente en el suelo.

## XXV

### CONVALECENCIA

La espera en el hospital era eterna. Las continuas idas y venidas del personal médico sin que ninguno reparase en él, la sala de espera vacía, las sobrias paredes blancas y desgastadas, el ambiente espeso y el tenue olor a enfermedad que se respiraba aun camuflado por el desinfectante. Podía sentir el peso de su preocupación, la latente angustia que amenazaba con quebrar el latido constante e intermitente de su órgano vital, aquella desazón que le carcomía la cordura y le llevaba a imaginar lo inimaginable.

Ali no tenía pulso cuando rompió la ventana y accedió al interior de su dormitorio. Pensar solo en la posibilidad de perderla sin siquiera haberla tenido era superior a sus fuerzas. Y, sin embargo, sabía que debía sacarlas de donde fuese, por él y por ella.

El hedor en la habitación era palpable, reparó en un pequeño charco de vómito en la entrada del baño. Ella había tratado de llegar allí, sus fuerzas le habían permitido volver luego hasta la cama e intentar coger el teléfono para pedir ayuda antes de perder el conocimiento, pero no más. El aparato estaba en el suelo a su lado, cubierto por la mano de ella. La zarandó levemente en un vano intento de despertarla, la colocó boca arriba y le practicó la maniobra de reanimación cardiopulmonar que su hermana tanto había insistido en que aprendiese a realizar.

La alarma había sonado en el momento que quebró el cristal de la ventana y el portero tardó poco en aparecer. Marco le gritó que llamase de inmediato una ambulancia sin dejar de realizar las compresiones cardiacas mientras abría las vías respiratorias para la insuflación de aire. No sabía cuánto tiempo llevaba en parada y él, que era un ateo declarado, rezó para sus adentros para pedir a alguna divinidad que le quisiese escuchar que no fuese demasiado.

Los segundos se alargaban y los minutos eran interminables, lágrimas de angustia se deslizaban por su rostro ante la atenta y temerosa mirada del portero que permutaba la visión de lo que acontecía en el dormitorio con miradas fugaces por la ventana para percibir señales de que llegaba la ambulancia.

Afortunadamente los sanitarios no tardaron en llegar y para entonces, Alicia había recuperado el pulso, aunque era muy débil y no había recuperado la consciencia.

Salió al pasillo, caminar no haría que dejase de pensar en ella pero la quietud de la sala de espera era abominable, no podía permanecer allí durante más tiempo. Caminó sin rumbo definido pero sin alejarse demasiado del control de enfermeras por si alguien se acercaba a darle noticias. Miró por una de las ventanas herméticas del hospital, el tiempo se había mantenido apacible durante varios días, pero estaba a punto de cambiar. Se podían escuchar truenos a lo lejos y Marco ya había notado la humedad de la inminente lluvia que en breve mojaría insistentemente las calles de la ciudad. Miró al cielo y se alegró, el agua atenuaría un poco el halo de contaminación que cubría Madrid.

Después de unos minutos, decidió volver a su punto de partida, no quería exponerse a que no le encontrasen allí.

-¿Familiares de Alicia Pazos Castiñeiras?

Una enfermera de mediana edad demasiado delgada y ojerosa irrumpió en la sala de espera. Marco se acercó con premura hasta ella interrogándola con la mirada. Había llamado a Alex pero no había podido hablar con él, luego a Fernando que, muy preocupado, adelantaría su vuelta y también a Almudena. De modo que él estaba solo allí.

-Sí, ¿cómo está? – murmuró con un hilo de voz sorprendiéndose a sí mismo.

-Por el momento solo puedo informarle de que está estable. – Le miró sobre los diminutos anteojos y prosiguió: - El doctor le informará más ampliamente en unos instantes.

Dicho esto salió dejando a Marco con una ligera pero reconfortante sensación de alivio.

Almu llegó en taxi al Gregorio Marañón, temía no encontrar aparcamiento si iba en su propio coche. Llamó a Marco, que la informó de que estaba en la segunda planta y subió apresurada por las escaleras interiores.

Había estado en Bilbao las dos últimas semanas haciendo un curso y no se había enterado de todo el proceso de enfermedad de Alicia, lo que la hacía sentirse tremendamente culpable.

*“Demasiado ocupada para llamar a tu mejor amiga”*, se recordó a sí misma.

Marco se levantó en cuanto la vio aparecer y se saludaron con dos besos en ambas mejillas. Ante la mirada de preocupación de ella la puso en antecedentes de inmediato. El médico aun no había pasado a informarles más ampliamente y Marco ansiaba que lo hiciera cuanto antes, sobre todo para poder marcharse antes de que llegase Alex, se sentiría fuera de lugar y no le apetecía dar explicaciones de cómo había sido él quien la había encontrado.

-¿Dónde está Alex? – preguntó Almu extrañada.

Marco meneó la cabeza y se encogió de hombros en respuesta.

-Le he llamado varias veces, pero aun no he sido capaz de hablar con él.

Lo intentó ella obteniendo la misma respuesta.

-Lo tiene apagado. Estará en los juzgados. – Marcó al despacho para informar a la recepcionista de que le avisasen en cuanto llegara.- Ali me ha comentado que muchas veces se deja el teléfono en la oficina.

Un hombre bajo, corpulento y con una immaculada bata blanca entró en la sala ojeando el informe médico. Se lo guardó bajo el brazo y miró por encima de las gafas a las dos personas que había allí.

-¿Son ustedes familiares de Alicia Pazos? – Se quitó las gafas y elevó el rostro a espera de respuesta. Tenía la cabeza redonda como una bala de cañón, apenas lucía unos cuantos cabellos grises que iban peinados a la perfección y lo rodeaba un aura de seria profesionalidad.

Marco y Almu asintieron y se acercaron expectantes.

-Bien, la señora Pazos ingresó presentando un cuadro de semiinconsciencia severo producido creemos a consecuencia de la desnutrición y deshidratación que presenta. Todavía tiene unas décimas de fiebre y continúa aletargada y confusa pero en estos momentos está consciente. – Abrió de nuevo el informe y frunció el ceño contrariado. – Le hemos puesto una vía con suero y también un combinado calórico intravenoso pues tiene el estómago bastante dañado. - Se detuvo brevemente para mirarles a ambos, tal vez buscando algún signo de falta de entendimiento. – Lo que me ha preocupado es que la analítica muestra un alto nivel de toxinas en sangre, principalmente desacetilodeandrina, digitoxigenina y oleondrosida.

Marco y Almu se miraron y luego devolvieron la mirada al médico.

-¿Qué quiere decir? – dijo Almu tratando de comprender.

-Bueno, es un caso claro de intoxicación por algún tipo de planta y no por contacto. – Les miró a los dos tratando de obtener algún tipo de información por su parte, pero no parecían tener idea de lo que estaba hablando.

-¡¿La han envenenado?! – Almu gritó más de lo que pretendía.

-Yo no he dicho eso, tal vez podría haberlo ingerido por decisión propia... - Sugirió el doctor. - Un miembro de nuestro equipo de psiquiatría está evaluando esa posibilidad en estos momentos.

-Oh no, no... de ninguna manera. – Almu miró a Marco que le devolvía una mirada consternada. – Eso no es posible, créame.

El médico abandonó la sala dejándoles con una sensación agri dulce. Alicia estaba mejor e iba a recuperarse pero, ¿había intentado suicidarse? Almu se repetía una y otra vez como un mantra que eso era del todo improbable pero Marco guardaba silencio mientras enumeraba en su cabeza todas las certezas que no quería recordar. ¿Y si era cierto? Sin duda él sería el culpable, había trastocado su vida y no le había dado demasiadas opciones. Era un hecho que ella le había pedido por activa y por pasiva que se fuera, que desapareciese de su vida, que la dejase para no volver. Y él había hecho caso omiso a sus peticiones en todo momento. Sabía que ella vivía con el temor de verse descubierta por su marido, y tal vez más aun de decepcionar a su padre.

-¿Ocurrió algo que yo no sepa? – Inquirió Almudena pensativa. – Quiero

decir... entre vosotros.

Marco solo negó con la cabeza apesadumbrado.



## XXVI

### SUEÑOS

*Olía a eucalipto y a tierra. Suaves gotas de inaudible lluvia le humedecían el rostro, acariciándola. Tenía frío, pero era soportable. Solo podía escuchar el silencio que la envolvía y algún trino de pájaros lejanos que no podría identificar. Entreabrió los ojos, los párpados le pesaban, la luz era cegadora y volvió a cerrarlos. El suelo mojado no la incomodaba, era cálido, y ella descansaba sobre un confortable lecho de hojarasca que le dio la impresión de estar meciéndola. No se movía, no quería hacerlo, la quietud era apacible, estaba demasiado cansada como para intentarlo y sin embargo algo le decía que debía levantarse.*

*Se frotó la cara con el dorso de la mano, el pelo se le adhería a la frente. Se volteó buscando oscuridad y de nuevo trató de abrir los ojos. Había acículas de pino amontonadas a su lado sobre la base de un enorme árbol torcido que se inclinaba sobre uno de los eucaliptos formando un hermoso arco conopial. Las agujas eran gruesas, y protegían a los pequeños bichos que se arrastraban para ocultarse de la luz y de sus enemigos naturales.*

*Estaba en una especie de bosque, se incorporó levemente con mucho esfuerzo y se apoyó sobre el codo para poder ampliar su campo de visión. El suelo alrededor de su lecho de agujas era de musgo, tan verde como la malaquita. Se tocó instintivamente el cuello y allí estaba, el colgante que Marco le había regalado, lo tenía de nuevo. No lo llevaba desde que había estado en Galicia, pero ahora estaba de nuevo allí; el paisaje no podía ser de ningún otro lugar.*

*Escuchó el crujido que anunciaba pisadas sobre las hojas secas a su espalda, pero no tuvo miedo. Allí nada ni nadie podía hacerle daño. Se volvió lentamente, no lo necesitaba, sabía que era él, pero aun así lo hizo. De*

*pronto todo el entorno se tornó cálido, el sol ya no la cegaba y sin embargo la reconfortaba con su calor. El camisón azul se arremolinaba en sus piernas desnudas, pero ya no estaba mojado, se mecía con la cálida brisa. Vio una pareja de ardillas escalar juguetonas un grueso eucalipto y perderse luego entre sus ramas.*

*Marco se acuclilló y le secó la frente, le tendió la mano y la ayudó a levantarse. El suelo estaba ahora cubierto de pequeñas margaritas blancas silvestres, tréboles y caléndulas. El trino de los pájaros era cercano e incluso podía escuchar el murmullo de un arroyo no muy lejos.*

*Sus dedos se entrelazaron, se miraron a los ojos y se perdieron en ellos. Le pertenecía, y él a ella. En el fondo siempre lo había sabido, ahora, simplemente había dejado de negárselo a sí misma.*

*Un sonido desagradable y chirriante la alertó y la devolvió súbitamente a la realidad.*

-Dime... – Alex descolgó el móvil y susurró. – Sigue dormida. No, no lo sé. De acuerdo, luego te llamo. – Se removió en la silla.- Lo haré... no te preocupes.

Alicia permaneció con los ojos cerrados. Podía escuchar la voz de la interlocutora de Alex pero no entendía qué le decía. Había nacido con un agudo sentido del oído, una capacidad que resultaba una debilidad en espacios reducidos. Podía sentir cada movimiento del hombre que se sentaba al lado de su cama, estaba nervioso e inquieto. Quiso autoconvencerse de que dicho estado se debía a su preocupación por ella, pero en su fuero interno algo le decía que no era así. O al menos no era solo eso.

Lamentablemente se levantó y salió de la estancia para continuar fuera la conversación.

Alicia abrió los ojos a tiempo de verle cerrar la puerta tras de sí. Miró por la ventana, la tormenta había cesado y el cielo del amanecer se había llenado de cirros. Los truenos la habían despertado varias veces durante la noche pero en su estado de semiinconsciencia y agotamiento no se había percatado hasta ahora.

Rememoró por un instante el sueño que la había alentado hacía solo unos

minutos y se echó mecánicamente la mano al cuello. No estaban allí, ni el colgante... ni Marco.

Almudena entró en la habitación sigilosamente. Miró hacia la cama y sonrió al percatarse de que los ojos verdes de Alicia la miraban.

-Ey, *Bella Durmiente*. ¿Cómo estás? – Se sentó a su lado y le cogió la mano.

-Mejor. – Intentó sonreír. - ¿Se ha ido Alex?

-No, ¿le digo que entre? – Hizo ademán de levantarse.

-No... no, déjalo. – Miró directamente a Almu a los ojos y su voz salió con un deje de súplica. - ¿Puedes decirle a Marco que venga hoy?

-Está abajo. – Dirigió la mirada hacia la puerta y bajó la voz. – Ha pasado la noche en la sala de espera de la primera planta.

Le contó que había sido él quien la había encontrado y la puso al tanto de lo ocurrido en los dos días que llevaba ingresada.

Los especialistas de psicología ya habían descartado el suicidio, con el consiguiente alivio para Almu y Marco; aunque ahora la preocupación había aumentado por saber de qué manera se había intoxicado.

-En cuanto pase la visita médica pediré el alta voluntaria. – Dijo con determinación. – Tengo que irme de esta ciudad.

-Ali... deberías esperar a reponerte un poco más. – Su semblante cambió de inmediato. – No puedes viajar a ninguna parte en tu estado.

-Estoy bien... me repondré mejor en San Vicente. – Se pasó la mano por el pelo. La habían aseado pero aun lo notaba sucio y pegajoso. - ¿Sabes? Alex ni me ha preguntado...

-¿Qué sospechas? – La miró inquisitiva. – No creerás que...

-No lo sé, no se me ocurre cómo, pero está raro, más de lo normal quiero decir... - Clavó la mirada en el techo esperando que se le ocurriera algo. – No mostró ningún interés y continuamente me quitaba de la cabeza el ir al médico cuando estaba mal. Le restaba importancia, no sé...

La puerta se abrió y Alex entró sorprendido de ver a Almudena allí.

-Ah, te vi salir hablando por teléfono cuando llegué. – Dijo ésta con una de sus mejores sonrisas.

-Vaya, ya se te ve mejor. – Se sentó al final de la cama y acarició suavemente la pierna de Alicia. - ¿Cómo estás?

-Sí... estoy mejor. – Examinó su expresión. No había preocupación sino ¿miedo? - ¿Ha llegado mi padre?

-No creo que tarde, su vuelo salía de Londres a las seis. – Esquivaba el mirarla directamente a los ojos. – Y ¿tú qué tal Almu? Hacía tiempo que no te veía...

La conversación se centró en Almudena que explicaba elocuentemente cómo le había ido las últimas semanas, lo que permitió a Alicia concentrarse más en el lenguaje corporal de Alex. Sonreía, pero la sonrisa no le llegaba a los ojos. Su característico humor absurdo había desaparecido. Una parte de ella quería creer que estaba consternado por lo ocurrido y tal vez asustado por haber estado a punto de perderla, no lo había encajado bien. Pero la otra parte, la pragmática, analizaba concienzudamente la posibilidad que había de que él fuera el culpable de lo acontecido, y esa parte pesaba más a cada paso.

De nuevo le sonó el teléfono. Durante unos breves segundos su mente la devolvió al monte donde había amanecido. Alex cortó la llamada y se disculpó por no haber tenido el aparato en modo vibración. Después escribió un mensaje corto y salió.

\*\*\*

Marco miró el reloj mientras salía de la cafetería del hospital, el café era bastante aceptable; nada que ver con el que salía de las máquinas expendedoras que había por los pasillos. Una joven enfermera que entraba le sonrió y juraría que incluso se ruborizó al cruzarse con él. Llevaba dos noches durmiendo allí y desde luego la habitual pulcritud de su aspecto había desaparecido. Pensó en ir a casa, darse una ducha, afeitarse y cambiarse de ropa, pero desestimó la idea, no quería alejarse de Alicia, no hasta no verla y asegurarse de que efectivamente estaba bien.

Entró en uno de los aseos del pasillo de la primera planta y contempló su reflejo en el espejo. Tuvo que agacharse un poco para poder verse la cara, estaba claro que estaba colocado a nivel de alguien de estatura media y él la superaba con creces. Se examinó el rostro, desde luego necesitaba urgentemente un afeitado. Llevaba el pelo un poco alborotado y se lo peinó con los dedos después de lavarse la cara y enjuagarse la boca. Recogió la chaqueta, en cuyo bolsillo llevaba la corbata doblada y la colgó de nuevo en su antebrazo. La camisa aún conservaba su blanco immaculado, aunque estaba un poco arrugada, con un par de botones desabrochados y las mangas remangadas.

Cogió el ascensor hasta la tercera planta y cuando iba a entrar en la sala de espera, donde había quedado con Almudena para que le diera noticias antes de irse; reconoció la voz que hablaba en el interior apresuradamente y entre susurros.

-Deberíamos haber quedado en la cafetería. – Había un claro deje de nerviosismo en el tono de Alex. – O mejor, deberías haberme esperado en el despacho.

-No digas tonterías, su amiga puede vernos en la cafetería. – Era Mabel, la secretaria. ¿Qué hacía ella allí? – Es más seguro aquí. Toma...

Marco intentó ver lo que le entregaba pero no podía hacerlo sin arriesgarse a que lo descubrieran.

-¿Sabes? El portero me ha dicho que fue Bianchetti quien la encontró y la reanimó...

-¿Marco? Qué raro... ¿Qué te ha dicho ella? – Lo de hablar en susurros no era lo de Mabel.

-Ssshhh... nada, pero tampoco se lo he preguntado. Está un tanto esquiva.

-Pues flaco favor nos ha hecho el italiano...

Un celador pasó empujando una camilla y Marco disimuló separándose un poco de la puerta; lo que le impidió continuar escuchando la conversación.

Decidió irse de allí, iba a bajar por las escaleras pero el ascensor se abrió y entró presurosamente al tiempo que les veía salir de la sala y despedirse con

un más que inapropiado beso. Luego se fueron cada uno en una dirección, afortunadamente ninguno de los dos reparó en su presencia.

## XXVII

### VIAJE

En cuanto terminó de preparar la maleta, en realidad las maletas, ya que llevaba equipaje para más de tres meses pese a que en principio el viaje no duraría más de tres semanas; se preparó un baño de sales. Había pasado cuatro días en el hospital y, aunque ya había recuperado gran parte de sus fuerzas, el estado de agotamiento emocional eclipsaba al físico.

Se metió en el agua y se sintió reconfortada. La temperatura justa, el silencio, la suave iluminación de unas velas y el aroma de las sales y los aceites esenciales. Era exactamente lo que necesitaba. Cerró los ojos y se relajó. Intentó no pensar, dejar la mente en blanco y disfrutar solo de las sensaciones que le regalaba el escogido entorno. Casi estaba dormida cuando escuchó a Alex llegar. Empujó suavemente la puerta del baño y entró.

-Veo que ya tienes todo listo. – Se sentó en un pequeño taburete, lo que indicaba que no tenía pensado marcharse y fastidió un poco a Alicia el momento que estaba disfrutando.

-Sí, solo pasaré por el despacho a recoger el portafolios y nos iremos.

-¿Nos?

-Le he dicho a Marco que venga conmigo. Es una tontería llevar dos coches.  
– La semioscuridad que reinaba en la estancia y el vapor del agua caliente ocultaron perfectamente el rubor involuntario que subió a sus mejillas.

-Ya... sí, supongo que tienes razón. – Fingió mal una sonrisa y salió. – Voy a comer al club. Llámame cuando llegues.

-Claro.

Y ya estaba. Ni un beso de despedida, ni un “ve con cuidado”, ni un “el fin

de semana subiré a verte”... , nada. Se habían convertido en dos compañeros de casa, sin más. Pensó que tal vez fuera culpa suya que él dejara de intentarlo, pero hizo balance y en realidad no, nunca habían sido precisamente los reyes del mambo y era un hecho que estaban cada vez estaban más distantes.

Había quedado con Marco en el despacho. Tocó suavemente la puerta con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

-Hola... - Miró automáticamente las sillas vacías de frente a su mesa, para cerciorarse de que no estaba acompañado. – Cuando quieras nos vamos.

-Sí, dame cinco minutos. – Elevó la vista sin apenas mover la cabeza en un gesto que Alicia empezaba a identificar como suyo y luego devolvió la mirada a los papeles que tenía delante y continuó subrayando partes de su contenido. – En seguida salgo.

Desde que salió del hospital no habían cruzado ni una palabra, le echaba de menos pero no se lo demostraría. No cuando él estaba tan distante. ¿A qué venía esa ahora esa actitud? Se había mostrado receloso cuando le había propuesto viajar juntos; Marco pretendía ir en avión pero ella le convenció de que allí necesitarían un coche y se negaba a alquilar uno, era un gasto innecesario. Como también lo era que ambos llevarsen el suyo. Finalmente se dejó convencer aunque insistió en lo inapropiado que era. A buenas horas.

Se pusieron en marcha a media mañana, eran unas cinco horas de viaje y de ese modo, aunque hiciesen un descanso para comer, llegarían a media tarde. A aquellas alturas del mes de marzo los días ya no eran tan cortos.

Al comienzo del viaje Alicia se sintió súbitamente nerviosa y comenzó a lamentar en cierta forma el haber insistido compartir el vehículo. Inconscientemente aferraba con fuerza el volante una y otra vez, hasta que se daba cuenta y aflojaba el agarre mientras inspiraba profundamente para intentar relajarse. Ninguno de los dos decía nada y cuando Marco giraba la cabeza para mirar por la ventana, era el único momento que ella aprovechaba para mirarle de soslayo, no obstante, solo durante unos segundos por temor a ser descubierta.



Al cabo de una hora, cuando creía que iba dormido, le sorprendió mirándola. Era una mirada cálida, serena y al mismo tiempo atrayente como una polilla hacia la luz brillante. El rubor se apoderó de sus mejillas y se alegró de llevar el pelo suelto, de esa manera podía dejar que la cortina de cabello le escondiese el rostro encendido.

-Vaya,- dijo mirando al frente – veo que el estéril paisaje castellano ha dejado de causarte interés.

Él no dijo nada hasta que ella le devolvió la mirada.

-En realidad tiene su encanto... - Sonrió levemente mostrando su preciosa y blanca sonrisa. – Perdona por no darte conversación. ¿Estás cansada? – Se acomodó en el asiento. – Cuando quieras te relevo.

-No hace falta, estoy bien. – Centró de nuevo la vista en la carretera. Ser tan sumamente consciente de su cercanía no podía ser seguro.

Pese a que se había quitado la chaqueta y llevaba una blusa sin mangas, se sintió acalorada y bajó un poco la temperatura del habitáculo. Lo hizo en los mandos del volante para evitar que Marco se diera cuenta.

Momentos después, él se había vuelto hacia ella y podía sentir su mirada recorriéndola centímetro a centímetro, el sonido de su respiración, cada pequeño movimiento que realizaba. De pronto notó el roce de sus dedos deslizarse suavemente por el brazo derecho desde la curva del hombro hasta el codo.

-Casiopea... - Susurró.

-¿Qué? – Se le erizó la piel en respuesta a su toque.

-Estos cinco preciosos lunares que tienes aquí –, volvió a acariciarla resiguiéndolos. – forman perfectamente la constelación Casiopea.

Ali tuvo que tragar saliva antes de poder hablar. Miró la botella de agua que llevaba en el portavasos anhelante pero no la cogió.

-Así que también eres experto en astrología... - Se aclaró la garganta.

-Bueno, -se encogió de hombros y luego los dejó caer – iba a comentártelo cuando... - quería decir cuando estuvimos juntos por primera vez, pero se

contuvo por si ella se ponía a la defensiva. – Lo cierto es que la reconocí hace tiempo, pero no tuve la oportunidad de decírtelo antes.

Alicia le miró a los ojos sonriendo durante unos segundos y devolvió la mirada a la carretera.

-Nunca me había fijado, la verdad.

El calor había regresado, y no creía que bajar el climatizador o directamente abrir las ventanas pudiera apagar el fuego que le abrasaba las venas.

Era casi mediodía y el cielo estaba completamente despejado, con un sol radiante que calentaba la luna delantera y no contribuía en absoluto a que la temperatura corporal de Alicia disminuyese. El paisaje comenzaba a cambiar según se acercaban al norte, el verde de las copas de los árboles era apreciable en aquella época del año y había un aumento en la vegetación de los terrenos que lindaban con la calzada.

Estaban a medio camino y decidieron salir de la autovía para descansar y comer. No se adentraron en ningún pueblo, lo mejor era comer en el restaurante de la estación de servicio ya que tenían que repostar.

-Casi siempre paro aquí, se come bastante bien. – Tiró del freno de mano y apagó el motor.

La estación de servicio contaba con un amplio aparcamiento que estaba bastante lleno pese a estar un tanto aislada de la civilización más cercana. Un monte de esbeltos pinos y viejas encinas lo rodeaban por el este mientras que la parte opuesta a la incorporación a la autovía estaba ocupada por una amplia explanada donde descansaban decenas de camioneros.

Se sentaron cerca de uno de los ventanales del restaurante. El bullicio de la gente hacía que el placer de la conversación se viera mermado considerablemente, de modo que comieron el menú del día casi en silencio, sonriéndose tímidamente en las ocasiones en que sus miradas se encontraban.

En cuanto Alicia regresó, Marco se levantó para ir al baño antes de reanudar la marcha y ella se sorprendió a sí misma mirándole el trasero que, enfundado en aquellos vaqueros ajustados, provocaron de manera inmediata que sus sentidos más primarios se pusieran alerta. Se obligó a desviar la mirada y

sonrió para sus adentros. Desde luego estaba imponente cuando llevaba traje, pero la ropa informal, aparte de que le hacía parecer más joven, resaltaba sobremanera sus perfectos atributos físicos.

Escuchó la risitas nerviosas de un grupo de jovencitas que le siguieron con la mirada cuando pasó y sintió una leve punzada de satisfacción al pensar que estaba con ella.

El resto del trayecto fue más relajado, conversaron acerca de la infancia de Marco en La Toscana con su madre y su hermana Caeli y, de lo increíblemente hermosa que era Florencia. Alicia la había visitado en un viaje de estudios y comentó distraídamente que le encantaría volver ahora que sus hormonas estaban calmadas y podría disfrutar del chute de cultura artística que suponía un viaje a tierras de los Medici. Marco la miró alzando una ceja expectante de más información acerca de aquel comentario.

-Oh, - soltó una sonora risa – me refiero a que con dieciséis años no suele interesarte demasiado lo que te cuentan los guías de los museos, ya sabes. En aquella época estaba más pendiente de que el chico que me gustaba me hablase o simplemente me mirase que de aprender algo acerca del arte renacentista.

-Entonces sí, deberías volver.

-Háblame de ellas...

-Oh, bueno-, sonrió automáticamente al pensar en su madre y su hermana – mi madre, Giordana, nació en Florencia, como te dije. Es oncóloga, nos vinimos a Barcelona cuando yo tenía unos cinco años; no mucho después de que mi padre falleciera-. Su rostro se ensombreció durante un instante.- Es una mujer preciosa aunque de carácter reservado aunque siempre ha sido muy cariñosa con nosotros. Y mi hermana, Caeli, también es médico. Es diez años menor que yo; es alegre, espontánea e impetuosa. Y bueno, la adoro.

-Se nota. – Le miró de soslayo a sabiendas de que él la miraba a ella. – Y, ¿su padre? Quiero decir, ¿se volvió a casar tu madre?

-Ese es uno de los secretos mejor guardados de la humanidad, cariño. – Dijo con sorna. Luego emitió un sonido parecido a una risa. – Es un tema del que no se ha hablado nunca.

-Bueno, cada quien tiene sus secretos.

## XXVIII

### HOGAR

Eran cerca de las seis cuando, tras seguir un largo sendero rodeando las altas murallas de piedra que cercaban la propiedad, llegaron a la entrada de la misma. La verja se abrió automáticamente mostrando otro sendero, esta vez empedrado. El angosto camino estaba flanqueado por altos cipreses entre los que alternaban camelias y rododendros todavía en flor. Marco llevaba la ventana bajada y pudo reconocer el olor a césped recién cortado y también escuchar no muy lejos el murmullo del mar al romper contra las rocas. Sonrió para sus adentros embelesado con la belleza del lugar. Llegaron a una especie de glorieta que tenía en el centro dos construcciones que no identificó. Alicia le explicó que eran un hórreo y un *cruceiro*.

-El *cruceiro* ya estaba ahí antes de la construcción del pazo a principios del siglo XVII. Es uno de los símbolos más característicos de Galicia, me sorprende que no lo conozcas. – Ante la mirada expectante de él, continuó con la explicación. – En principio se creía que eran monumentos paganos de los celtas, desde luego creo que ellos los introdujeron. Los canteros los levantaban para conmemorar la muerte de alguien, normalmente violenta; o para espantar al diablo de un lugar concreto. Luego, la iglesia se “adueñó” – enfatizó las comillas con los dedos – del símbolo y la fé hizo que muchos creyentes destinaran auténticas fortunas a levantarlos para de esta forma ganar indulgencias para ellos mismos o para algún familiar. A partir de ahí, se emplearon para delimitar jurisdicciones civiles o eclesiásticas; también se colocaron en plazas de ganado para proteger a los animales o en los campos, ya que auspiciaba buenas cosechas.

-La iglesia siempre ha utilizado cualquier simbología para someter al pueblo crédulo a su voluntad. - Alzó las cejas y las bajó de nuevo esperando réplica por parte de ella. – Como dijo Bolívar, nos han dominado más por la ignorancia que por la fuerza.

-Desde luego.

Alicia se sorprendió de que pensase igual que ella pero no hizo más comentarios al respecto. El tema religioso era algo peliagudo que no pensaba abordar por el momento.

-Y el hórreo, - continuó – es de mediados del siglo XVI, pero se movió para ahí en una de las primeras remodelaciones, creo que cuando se construyó el torreón, ya a finales del XVIII. Los hórreos se utilizaban antiguamente para preservar el maíz y otros cereales.

-Son fascinantes. – Le sonrió de una manera que hizo que a ella se le aflojaran las piernas, lo que, después de conducir durante las últimas seis horas, no le iba precisamente bien.

Aparcó el coche en el garaje y antes de que salieran, se aproximó a ellos una pareja de ancianos que les esperaban sonrientes en la entrada de la casa.

Al salir de nuevo al exterior, Marco no pudo evitar levantar la vista para admirar la impresionante edificación que tenía delante. Siendo un amante de la arquitectura antigua era imposible no hacerlo. El pazo de la familia era de estilo ecléctico, con evidentes influencias barrocas.

Aparentemente constaba de bajo y dos plantas, amplios ventanales y una preciosa balconada a lo largo de toda la primera planta. Pero lo que más llamaba la atención era el imponente torreón lateral que daba fé de su carácter señorial. Estaba prácticamente cubierto por hiedra enredadera verde y roja y eso le profería una preciosa mimetización con el entorno.

-Bienvenida señorita Alicia . – Dijo la mujer abrazándola alegremente.

-Gracias Castora, ya te he dicho muchas veces que te ahorres lo de “señorita”. – Le devolvió el abrazo enérgicamente y la besó en la mejilla.

Castora y su marido, Jesús, vivían en una casa independiente pero dentro de la propiedad y eran los encargados de cuidar la casa principal y los jardines. Residían allí desde siempre, y ya habían sido empleados de los padres de Fernando. Aunque eran casi octogenarios, se habían negado a dejar de trabajar en la finca, al menos mientras su buena salud se lo permitiese.

-Él es un colega, Marco Bianchetti. – Le presentó y la pareja le saludó

cariñosamente. – Nos quedaremos unas semanas para trabajar en el caso de Don Ramón Piñor.

La anciana se santiguó al escuchar el nombre de su vecino.

-No te preocupes niña, está todo dispuesto. – Hizo un ademán para indicar que entrasen en la casa y a continuación ayudó a su marido a meter las maletas.

Marco se había ofrecido a llevarlas él mismo, pero Alicia le hizo un gesto de no insistencia, conociendo a la pareja sabía que se sentirían ofendidos si dudaban de su capacidad y su buen hacer.

El interior del pazo, era igual del espectacular que el exterior. Mantenían la fidelidad al estilo clásico pero con elementos modernos muy bien escogidos e integrados perfectamente con el resto de la decoración. La entrada no era excesivamente grande, estaba completamente dominada por la belleza de la balaustrada de granito que aislaba la escalera que subía a los dos pisos superiores en forma de caracol.

Alicia sugirió hacer un pequeño *tour* para que conociera la casa y Marco se mostró encantado.

En el primer piso estaba la zona de servicios: una enorme cocina bastante moderna que conectaba con el comedor a través de un arco abovedado, un aseo y un salón de tamaño considerable con una impresionante chimenea. Una gruesa puerta de madera que había en el salón, daba a unas escaleras que bajaban a la bodega; dejaron esa visita para otro momento. En el otro extremo estaba la puerta de salida a los jardines y al invernadero.

-A mi madre le encantaban las plantas... - dijo Alicia con nostalgia. – Castora las cuida muy bien, pero en cuanto ella no esté, todo se perderá.

- No tiene por qué... - Marco se aproximó y le acarició el brazo sintiendo que se le erizaba la piel con el contacto.

-No es algo que se me dé bien la verdad. – Cambió de tema para alejarse un poco. Sentía el corazón palparle en la garganta. – Allí, detrás del laberinto de boj, hay un acceso en la muralla para bajar a la playa. – Miró el reloj, pronto se pondría el sol. – Mañana lo vemos.

Subieron luego a la primera planta donde estaban los siete dormitorios, el de Fernando, el de Alicia y cinco más para invitados. Cuatro de ellos tenían baño propio y además había un baño completo y bastante espacioso en el pasillo.

-Y arriba está el despacho de mi padre, la biblioteca y un gimnasio que monté hace años y que creo que nunca he utilizado.- Sonrió como una niña caprichosa y Marco sintió una calidez en el pecho al verla tan naturalmente relajada.

Se pararon ante el dormitorio de Alicia y ésta se disculpó para refrescarse antes de bajar a cenar.

En cuanto cerró la puerta tras de sí, escuchó el crujir de la madera como resultado de los pasos de Marco a su dormitorio. Inspiró y expiró con fuerza y caminó hasta su cama donde se dejó caer extenuada.

Mantener el autocontrol a raya era agotador, después de la cena, ligera a petición de ambos, Marco recibió una llamada, se disculpó y se retiró al salón. Alicia decidió entonces coger uno de los chales de su madre que guardaba con recelo y salió a la parte de atrás a dar un paseo. Para ser primavera, la noche estaba cálida, tal vez demasiado para aquella época del año. Las lámparas solares que iluminaban los senderos de los jardines estaban encendidas y Alicia recordó los veranos de su niñez corriendo entre aquellos árboles centenarios y el precioso laberinto de boj de donde más de una vez había tenido que ir su padre a sacarla. Lo bordeó esta vez y atravesó la cancilla que daba al estrecho sendero por el que podía descender hasta la playa. El murmullo de la marea la relajaba y lo necesitaba, pues la presencia de Marco la había alterado hasta un punto que no creía posible. Inspiró el aroma del mar y se obligó a calmarse, debía hacerlo si quería permanecer en plenas facultades las próximas dos o tres semanas.

El aire se enfrió y comenzaron a salir los mosquitos. Alicia se detuvo y se cubrió los hombros con el chal. La luz era cada vez más tenue y doraba las nubes pasajeras y la oscura superficie del mar, que brillaba a sus pies como oro y azabache.

Se quedó parada observando las olas que se iban retirando poco a poco, casi imperceptiblemente, mientras bajaba la marea. Tomó asiento en una roca



saliente e inspiró profundamente el aroma de aquel mar que siempre la había resarcido de todo mal. Escuchó unos pasos acercándose despacio por la arena, la había encontrado.

-¿Querías estar sola? – Marco la había visto salir al jardín desde la ventana y Jesús muy amablemente le indicó dónde suponía que había ido.

-Sí... - se volvió hacia él y tuvo que elevar la vista para alcanzar su mirada apenas perceptible en la oscuridad. Él se agachó para ponerse a su altura y le retiró de la cara un rebelde mechón de pelo que la brisa había soltado – pero quédate.

Marco se sentó a horcajadas en la roca detrás de ella y se abrazó a su cintura. Inspiró el aroma de su pelo, la inconfundible esencia afrutada se mezclaba ahora con el olor del salitre, las algas y la humedad. Permanecieron en silencio unos minutos, Ali echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el hombro de Marco mientras cerraba los ojos y se permitía rendirse a los propios deseos. Su cercanía la reconfortaba, la hacía sentirse plena, protegida. Acarició sus manos y entrelazó los dedos con los de él. Marco tenía unas manos enormes comparadas con las de ella y estaban frías, Ali las acarició y sintió la electricidad, esa inconfundible sensación que había sentido desde que le había visto por vez primera y se habían tocado.

Él pudo sentirla igualmente y sonrió. Una leve sonrisa ladeada que ella percibió y abrió los ojos para buscar los suyos.

-Bésame... -susurró.

Marco la miró durante unos segundos queriendo perderse en aquel instante, suplicando que el tiempo se detuviese y les permitiera permanecer allí. Sus ojos anhelantes y la boca entreabierta eran una invitación, incluso más que sus palabras; pero no pudo evitar el pensamiento fugaz de que tal vez en cuanto el momento de magia nocturno desapareciese, también volverían a ella los temores y remordimientos y eso hizo que se detuviera.

-Ali... - Le acarició el rostro y jugueteó con sus cabellos que brillaban como serpientes de bronce incluso en la opacidad de la noche.

Ella pudo percibir el temor y adivinó su pensamiento. Soltó entonces su mano y le acarició la nuca para acercarlo a su boca.

-Es lo que quiero... - Susurró pegando sus labios a los de él.

La boca de Marco se curvó en una sonrisa. La abrió para decir algo más pero ella no se lo permitió, se apoderó de sus labios y le besó. Sintió que se quedaba sin aliento, parecía que estaba perdiendo sus demás sentidos a medida que cruzaba los límites que existían entre ellos; respiraba su aliento y sentía el corazón de él como si lo tuviera en el interior de su propio pecho.

-¡¿Señorita Alicia?! – La voz de Castora desde mitad del sendero les sobresaltó a ambos.

-¿Sí? Ya vamos... - Se levantaron de la roca que distaba cada vez más de la orilla.

-No, no te preocupes niña, solo era para avisarte de que ya nos retiramos. – Se la oía alejándose. – Buenas noches y hasta mañana.

-Está bien. – Gritó para que la escuchase.

Se volteó para abrazar de nuevo a Marco y todavía pudo notar en su pecho el latido ligeramente acelerado de su corazón.

Ambos rompieron a reír como dos adolescentes.

-Será mejor que nosotros también volvamos a casa. – Se puso de puntillas y le besó suavemente. – Se... se está haciendo tarde.

-Claro, vamos.

## *XXIX*

### *MIEDOS*

Hacía un precioso día, un soplo cálido de la primavera, antes de que el frío, las lluvias y la niebla cayeran como una cortina sobre las laderas de las montañas del otro lado de la ría. Ali miró con amargura el mar ahora en calma y luego al cielo, donde ya se podían avistar a lo lejos las grises nubes que no tardarían en llegar y descargar su furia.

Cerró la ventana y se arregló para la primera visita al centro penitenciario de A Lama donde se encontraba recluido Ramón Piñor. Luego irían a los juzgados de Pontevedra a intentar conseguir la libertad condicional y una nueva vista previa que anulase la anterior que se había celebrado con excesiva premura y su defendido había contado con un abogado de oficio asignado por el estado y que, visto el final, no estaba a la altura de las circunstancias.

La prisión preventiva en este caso estaba totalmente fuera de lugar, pues no había peligro alguno de reincidencia ni de fuga.

A media tarde se desató la tormenta que el cielo auguraba, el limpiaparabrisas estaba en su velocidad máxima y aun así no daba abasto con el aguacero que estaba cayendo, y el día se había vuelto tan oscuro que parecía que estaba anocheciendo.

Alicia y Marco regresaban a casa después de su reunión con la mujer y las hijas de Ramón. Quedaría en libertad en cuarenta y ocho horas y habían ido a darles la buena noticia. No obstante, el caso tenía su complicación y no iban a lanzar ni mucho menos las campanas al vuelo. En cuanto entraron en casa, Alicia llamó a su padre para ponerle al corriente de los últimos acontecimientos y acto seguido subió a ponerse más cómoda, estaba empapada.

Después de ducharse se vistió con un pantalón de lino beis, una cómoda camiseta de algodón blanca y se calzó unas babuchas de andar por casa. Bajó a la cocina donde encontró a Castora haciendo ya los preparativos para la cena.

-¿Necesitas algo niña? – Dijo sin darse la vuelta.

Alicia sonrió, esa mujer tenía el sentido del oído de una polilla. Sabía, desde que era niña, que era imposible escabullirse para ir a jugar al jardín o hacer cualquier travesura sin que ella la descubriera.

Aquella mujer bajita y robusta tenía todavía a sus setenta y tantos años la capacidad indiscutible de llevar de manera impecable la casa, ayudar a su marido en el jardín y estar siempre exactamente dónde era necesaria.

-No, todo bien. – Cogió la tetera y la llenó de agua para hervir. - ¿Y Jesús? ¿Está fuera con la que está cayendo?

-No, llamó Don Fernando para que recogiéramos el despacho por si querías trabajar allí. – La miró con aquella cálida sonrisa que le dedicaba siempre.- Y eso está haciendo.

-Ah, estupendo. – Rebuscó en el estante donde solían estar los botes con hierbas. - ¿Queda alguna infusión de las mías?

-A ver... - Se acercó para abrir uno de los recipientes. – No cariño, ahora mismo le digo que Jesús que me baje al pueblo a comprarlas.

Se disponía a quitarse el delantal mientras salía presurosa de la cocina.

-¡No! – Alicia se pudo rápidamente delante de la puerta. – No hace falta, de verdad. – Ante la mirada poco convencida de la anciana se explicó: - Tengo algunas que he traído de Madrid. Y mañana ya las compro yo por la mañana, no te preocupes. – Le pasó a Castora el brazo por el hombro y la acarició cariñosamente para indicarle que todo estaba bien.

-De acuerdo...

Cuando bajó de su cuarto con la caja de las infusiones, la tetera comenzó a silbar. Se sirvió una taza de agua humeante, añadió la bolsita de hierbas y la tapó para dejarla reposar unos minutos.

Luego, se reunió con Marco en el salón donde revisaba fragmentos del código penal. Se sentó en el sillón de enfrente y le observó mientras él le devolvía la mirada sin levantar apenas la cabeza del libro.

-¿Es café? – Hizo una señal hacia la taza que había dejado sobre la mesa.

-No, ¿quieres uno?

-¿Qué tomas tú? –Arrugó el entrecejo. – Huele a rayos.

-Es cola de caballo, menta y extracto de alcachofa. – Se rió ante la mueca de desagrado. – Mmmm riquísima.

-Creo que sí voy a preferir el café... - Sonrió de esa manera que hacía que su cuerpo se encendiese y fue hacia la cocina.

Alicia se colocó en posición de loto y observó la lluvia que en ese momento golpeaba con fuerza los ventanales que daban al norte. Se recostó en el sillón, era tan cómodo que decidió que no iba a redecorar con muebles nuevos, dudaba que fuese a encontrar alguno ni remotamente parecido y aquellos no estaban tan mal, bastaría con tapizarlos de nuevo y comprar, eso sí, cortinas y alfombras nuevas.

Jesús bajó las escaleras portando un par de bolsas de basura. Sonrió al verla dejando al descubierto una espléndida dentadura blanca, obviamente postiza. Era, al contrario que su esposa, alto y esbelto y su rostro recordaba a un sabueso cuyas mejillas se balanceaban con cada movimiento. Siempre había mostrado un gran aprecio por su padre y por ella, la clase de persona a la que le confiabas tu casa y tu vida de ser necesario.

-El despacho está preparado para cuando deseen utilizarlo. –Pasó de largo hacia la cocina y se cruzó con Marco que regresaba con su humeante taza de café solo.

-Gracias Jesús.

Esa noche se acostaron temprano, la tormenta había hecho que saltaran los plomos y tuvieron que utilizar unos quinqués antiguos que servían como decoración en la entrada. Castora y Jesús ya se habían retirado a su casa y no le pareció correcto molestarles cuando no encontró linternas.

Alicia se despertó en mitad de la noche con malestar estomacal, en principio no le dio importancia pero el dolor se intensificaba y la fiebre no tardó en aparecer. Aguantó unos minutos en la cama hasta que el contenido de su estómago la alertó de que no tenía pensado permanecer allí durante más tiempo. Corrió al baño y expulsó la cena con violencia en el inodoro, afortunadamente había llegado a tiempo. Se quedó unos instantes sentada en el suelo mareada hasta que se sintió con las fuerzas suficientes de levantarse, tirar de la cadena y lavarse la cara y los dientes.

Marco, que la había escuchado desde su dormitorio corrió al de ella. Llamó a la puerta, pero al no recibir contestación entró directamente. Alicia ya salía del baño, la iluminó con la linterna del teléfono y ella cerró los ojos al verse deslumbrada.

-Estoy bien. – Dijo mientras caminaba hacia la cama.

-¿Seguro? A mí no me lo parece... - se sentó a su lado y dejó el teléfono sobre la mesilla de noche iluminando el techo.

-Se ve que la cena me ha sentado mal, supongo.

-Yo he cenado lo mismo. – Le tocó la frente, estaba caliente. - Y apuesto a que Castora y Jesús están bien.

-He vomitado y ya me encuentro mejor, de verdad.

-Ali, tienes fiebre. ¿Te llevo al hospital?

-No, - le acarició el antebrazo soñolienta – solo quédate aquí conmigo...

Se recostó a su lado y le acarició el pelo. Alicia no tardó en quedarse dormida. Él, por otra parte, tardó bastante en volver a conciliar el sueño. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? No podía ser lo mismo de nuevo, allí nadie atentaría contra su vida. ¿O sí? No, no era posible. Se forzó a creer lo que ella había sugerido: Se habían mojado esa tarde, tal vez cogió frío y su cuerpo reaccionó de esa manera. Aun no estaba del todo recuperada.

Aun no había amanecido cuando se despertó. Ali le estaba mirando mientras sonreía.

-¿Cómo estás? – Se volvió hacia ella y se colocó el brazo debajo de la cabeza.

-Bien... - Le había estado observando mientras dormía. A través de la ventana la luna brillaba en su cara y resaltaba sus rasgos perfectos como si estuvieran cincelados en mármol. – Me encuentro bien, la fiebre ha bajado.

Le acarició el torso desnudo repasando despacio los músculos de su abdomen, subiendo luego a los pectorales y jugueteando con el suave vello oscuro que apenas los cubría. Él la miraba, no muy convencido de que aquello fuera lo adecuado en aquel momento, pero al mismo tiempo el deseo le deshacía las entrañas y tenía que luchar por no abandonarse a toda razón y echarse sobre ella.

Estaba en ropa interior y ella apenas cubierta con una camiseta, lo que no ayudaba a su autocontrol.

-Ali, no creo que... - Ella puso el dedo índice sobre su boca para acallararlo.

Con un rápido movimiento se sentó a horcajadas sobre él y se quitó la camiseta. El dormitorio estaba solo iluminado por la luz de la enorme luna que adornaba el cielo, pero fue suficiente para que pudiera admirar de nuevo su figura; aquel cuerpo con el que soñaba casi cada noche.

Ella le tomó las manos y le besó la palma antes de colocarlas sobre sus pechos en una indicación clara de que anhelaba sus caricias, su contacto.

-Oh, joder Alicia...

Se incorporó rápidamente y atrajo su boca hacia la suya. Ella podía notar su dureza a través de la fina tela de la ropa interior que aun llevaban y se movió sobre él al tiempo que le devolvía el beso. La boca de Marco era apasionada y tierna a la vez, y le invadía la suya con una presión comedida. Ambos respiraban deprisa, los besos se volvieron más intensos, e imprimió a la pasión una urgencia que la llevó a restregarse más rápido contra él, ardiente de excitación.

Marco gimió y apartó los labios.

-Ali... - susurró-. Espera *amore*... Maldita sea, no quería empezar esto...

-¿Qué dices? – Gritó indignada.

Él le cogió la cara con ambas manos y le acarició las mejillas con los

pulgares, las bocas casi tocándose. Notó que ella temblaba y agachó la cabeza para besarle el cuello.

-Escucha... No puedo pasar otra vez por eso. – Otro beso, esta vez en el hueco de la clavícula. – No quiero que cuando amanezca me digas que todo ha sido un error, que no deberías hacerlo hecho-. La miró directamente a los ojos. – Sé cómo piensas *amore* y lo entiendo pero...

-Eso no va a pasar, – Agarró sus manos que aun le sujetaban la cara - ya no. – Entrelazó sus dedos con los de él y le besó los nudillos.- Estoy segura.

Le tomó de nuevo los labios con los suyos para impedir que dijese nada más mientras le sujetaba la nuca con una mano. El beso comenzó siendo el roce suave y seco de unos labios cerrados y fue aumentando la presión hasta que él se dejó convencer, y pudo notar la suave y sutil invasión de la lengua de ella. La volteó para quedar tendido sobre ella y fue consciente del repentino martilleo de su corazón que bombeaba sangre a toda velocidad. Apartó los labios de su boca y los deslizó por el cuello hasta encontrarle el pulso. Alicia suspiró y lo atrajo con más fuerza hacia su cuerpo.

Estaba amaneciendo y la luz comenzaba a invadir el dormitorio poco a poco. Alicia abrió los ojos y miró hacia la ventana.

-Mierda...

-¿Qué ocurre? – Dijo Marco sin apenas separarse de ella.

La puerta de la entrada les indicó con su chirrido que Castora acababa de llegar. Rápidamente Alicia se tensó y Marco se levantó como una exhalación.

-“Eso” ocurre. Vuelve a tu cuarto y ¡rápido! – Dijo entre susurros.

-Dios santo, esto no me ocurría desde... ni me acuerdo. – Salió sonriendo de la habitación y corrió a la suya sintiendo una corriente eléctrica cada vez que el suelo crujía bajo sus pies.



**XXX**  
**EVIDENCIAS**

Castora llegaba siempre al alba, era una mujer de firmes costumbres. Alicia recordaba que, cuando era más joven, entraba en la casa ya canturreando de buena mañana para que todos se enterasen de su presencia y evitar de este modo situaciones incómodas. Sonrió al recordar también que en los veranos que pasaba allí cuando era adolescente y salía hasta tarde con sus amigas de los alrededores, no lo hacía hasta las doce en punto. Esa era la hora tope para dejarla dormir.

Marco ya estaba en el comedor cuando ella entró todavía con la camiseta que había usado para dormir. Afortunadamente se había puesto también unos leggins. Levantó la vista del periódico y torció la boca en una sonrisa al verla.

-Buenos días.

-Buenos días niña, - la anciana apareció con la cafetera en una mano y una jarra de latón en la otra. - ¿Con leche verdad?

-Umm... no, voy a tomar solo una manzanilla. No tengo apetito.

-¿Te preparo una de las que has traído?

Marco levantó la cabeza y le clavó la mirada.

-Solo la manzanilla. Gracias Castora.

En cuanto la mujer se devolvió a la cocina Marco se levantó y se sentó al lado de Alicia.

-¿Qué infusiones has traído? – Dijo bajando la voz.

-Emm... he traído una caja que tenía en el despacho... - respondió sin saber a dónde quería llegar. - ¿Qué problema hay?

-Ali, ¿Te tomaste una de esas ayer por la tarde?

En ese momento Alicia comprendió y clavó la mirada en la de él. Acto seguido se levantó y fue a la cocina a cogerlas.

Quedaban cinco bolsitas en la caja. Las cogieron y las examinaron sin decir ni una palabra, pero era obvio que ambos habían llegado a la misma conclusión.

-En estas apenas se nota, pero esas dos se aprecia perfectamente que están manipuladas.

-Sí... y huelen... un poco diferente. – Alicia no se lo podía creer. Se levantó de la silla y comenzó a hiperventilar. – Dios...

-Tranquila. – Retiró la silla evitando hacer ruido, cogió las infusiones y luego tomó a Alicia de la mano. – Vamos al despacho.

Allí, lejos de oídos curiosos, analizaron la situación.

Marco no quería contarle lo que había visto en el hospital, no era él quien debía decírselo y se arriesgaba a que ella lo tomase como un ataque injustificado a Alex.

-Todos saben que esas son mis infusiones, creo que nadie más las toma. – Se pasaba una y otra vez las manos por el pelo.

-Creo que Lucre también las toma, ¿no?

-No, ella bebe yerba mate. Y solo de vez en cuando. – Se levantó del sillón de cuero desgastado. – Y los demás toman café.

Olía a limpia muebles y a cítricos. La mesa de roble siempre en el caótico orden de su padre, estaba ahora despejada a excepción de la lámpara de estudio, un portalápices y una bandeja portapapeles metálica. Enfrente de la mesa, que era claramente el elemento dominante, había un moderno chaise longue de cuero marrón. Alicia se sentó y Marco la siguió aunque dejó cierta distancia entre ellos.

-Podemos mandarlo a analizar y asegurarnos de qué contiene.

-Sí, es una buena idea. – Le miró con lágrimas en los ojos. -¿Quién...?

No había tantas opciones de quién habría podido hacerle aquello. Nadie

tenía motivos, salvo Mabel. Aquella mosquita muerta había resultado ser más peligrosa de lo que nunca hubiese imaginado. Descartó la opción de que Alex estuviese al tanto. No, él no podía saberlo, no le haría daño, no sería capaz de atentar contra su vida.

-¿Alguien ha querido matarme? – Hasta ese momento no lo había tenido tan claro. De no haberla encontrado Marco hacía unas semanas ahora estaría muerta. Eso era un hecho.

-Lo mejor es que nos tranquilicemos e intentemos pensar con la cabeza fría. – Le tomó la mano para infundirle fuerza. - ¿De quién sospechas?

Alicia levantó la mirada y buscó la suya. Y allí estaban, esos ojos que le devolvían el aliento, que la llenaban y la sostenían. Que podían hacer que se enfrentase a cualquier cosa sin miedo, él la amparaba y supo que lo haría siempre. Nunca había necesitado sentirse protegida, su padre la había educado bien, era una mujer fuerte, autosuficiente, de fuertes convicciones y valores arraigados en lo más hondo de su persona. Pero él hacía que se sintiese invencible.

-No deberías mirarme de ese modo...- dijo sin apartar la vista de los preciosos ojos negros en los que casi podía verse reflejada.

-Ali, te estás desviando del tema.-Acarició el dorso de su mano con el pulgar.- Dímelo.

-De acuerdo... - sonrió dándose por vencida. – Está claro que tendré que trabajar el control que ejerzo sobre ti.

-No *amore*, - rió abiertamente ante la ocurrencia- te aseguro que no lo necesitas.

La cogió por la nuca acariciándole el cuello y la aproximó a sus labios.

-Pero esto es importante-. Un suave beso fue suficiente para erizarle la piel y poner alerta sus sentidos.

Marco se levantó muy a su pesar, pero evitando de este modo perder el hilo de la conversación, por lo que a Alicia, que se resistía a hacerle partícipe de sus sospechas, no le quedó más remedio que contarle lo que suponía había entre Alex y su secretaria.

La escuchó atentamente y las piezas del puzle empezaron a encajar. Aunque ella le exculpaba a él de todo, estaba segura de que era solo cosa de Mabel.

-Alicia... - le dio unas cuantas vueltas en la cabeza antes de decidirse a contarle, pero era lo justo.-Yo, les vi.

-¿Qué? ¿Cómo que les viste?

-En el hospital. Estaban juntos y no pude escuchar la conversación completa pero si de algo estoy seguro es de que tu marido no es un simple espectador en este asunto.

-¿Y cómo estás tan seguro eh? – Se levantó furiosa y caminó de un lado a otro sin saber qué hacer.

-Cálmate. –Se acercó a ella y la sujetó para abrazarla. – Siento no habértelo dicho antes, de verdad lo siento.

Ella se dejó vencer por la evidencia y consintió el abrazo que además necesitaba más que el aire en ese momento.

-Creo que... se me ocurre una manera de poder confirmarlo.

**XXXI**  
**COMIENZOS**

Era viernes por la mañana y Almudena echaba de menos su desayuno de cada semana con Alicia. Cruzó la mirada con el camarero y sintió que él se había dado cuenta de sus pensamientos.

-Fran, prepárame otro para llevar porfa.

Él le guiñó un ojo en respuesta y preparó el capuchino con canela en un envase térmico. Almu apagó el iPad, lo guardó en su portafolios y se puso el abrigo. Luego recogió el café y se dirigió a la puerta para empezar la jornada laboral; aun era temprano, pero pensó que así avanzaría trabajo de la semana siguiente. La puerta tintineó antes de que ella alcanzara la manilla y la golpeó en la mano derramando la bebida caliente que portaba.

-Mierda... - por suerte solo había salpicado un poco los zapatos.

-Oh, perdona. No te había visto...

El camarero se acercó rápidamente para limpiar el charco y le ofreció a Almu una bayeta húmeda. Ella la aceptó y de pronto reparó en la persona que estaba parada bajo el dintel de la puerta. Su voz era suave y fuerte al mismo tiempo, con un leve acento latino. Levantó la vista, ella tenía los ojos grandes y de un azul cristalino que brillaba como una piedra de aguamarina. La reconoció en ese instante.

-Joder, ¿en serio? ¿otra vez tú?- La increpó indignada.

-¿Disculpa? - Lucre la miró entre extrañada y divertida. Una leve sonrisa tentó sus labios.- Creo que no nos conocemos.

*“Aunque no me importaría”, pensó.*

La mujer que tenía ante ella era una belleza aun con el ceño fruncido y la expresión de fastidio. Más o menos de su estatura, llevaba el pelo castaño oscuro corto a lo “Bob” pero desfilado, dejando a la vista un precioso y largo cuello y tenía los ojos de un extraño color miel que reflejaban la luz de una manera que ella no había visto jamás.

-Soy Lucrecia. – Le tendió la mano y su sonrisa se ensanchó.

-Creo que por el momento no puedo decir que esté encantada... - De igual modo le aceptó el gesto y estrechó su mano.

-Está bien, puedo entenderlo. ¿Puedo invitarte a otro café?

El camarero se acercaba ya con otro envase y se lo ofreció a Almudena.

-Gracias. – Se lo mostró a Lucre. – Ya tengo uno.

-¿Tal vez otro día?

Almudena la examinó unos segundos. Era la procuradora amiga de Alicia, le había hablado de ella y no quería ser cruel ni maleducada, por lo que aceptó la invitación. Al fin y al cabo parecía ser una buena chica, a pesar de su torpeza recurrente.

Días después, Almu salió de bar donde habían quedado. Estaba deseando llegar a casa, era tarde y aquella noche hacía frío. Las estrellas brillaban en el aire helado como si se tratara de cabezas de alfileres. Decidió coger un taxi para que la acercara a casa, había bebido unas cuantas cervezas más de las que debería y no le apetecía en absoluto caminar. Lucrecia se había ofrecido a llevarla pero pensó que tal vez no era buena idea. No todavía.

En cuanto cruzó la puerta escuchó el suave sonido del teléfono en el bolso. Era Alicia.

-*Hola forastera...* - se dejó caer en el sofá y se descalzó sintiéndose liberada-. *¿Qué tal?*

-*Bien, ¿tú?*

-*Todo bien...*-Sonó más cansada de lo que pretendía. – *Acabo de llegar a*

*casa.*

Alicia percibió en su tono de voz que tal vez no era el mejor momento para abordar el tema.

*-¿Seguro?*

*-Sí, tal vez me haya pasado un pelín con la cerveza...*

*-Ya veo. –No pudo evitar reír.-Te llamo mañana. Tengo que hablar contigo.*

*-Ey, estoy bien ¿vale? Cuéntame.*

Ali se lo pensó un poco y decidió que lo peor que podía pasar era que al día siguiente tuviera que volver a contárselo todo. Empezó por lo que Marco había visto en el hospital y continuó con lo que recién habían descubierto del veneno.

*-¡¿En tus infusiones?! – Gritó. – ¡Joder! Menuda hija de puta...*

*-Tengo que verificar algo Almu, - se aclaró la garganta – y necesito tu ayuda.*

*-Dime.*

*-Necesito saber si Alex está implicado, quiero decir, si es partícipe de esta locura. Mabel tiene que ser la que contaminó las bolsitas de la oficina, supongo; pero estuve más de una semana sin ir al despacho. Y en casa he estado tomándolas también...*

*-Ya veo. ¿Quieres que vaya a tu casa y coja las que tienes allí?*

*-Exacto. Las mandaremos a analizar y, sin también están manipuladas sabré que Alex las ha puesto allí, es imposible que ella lo hiciera sola.*

*-Joder Ali... - Se le pusieron los pelos de punta. - ¿Crees que Alex...?*

*-No lo sé, tampoco creía que me engañara con ella, y ya ves.*

Había descubierto que eso no le importaba en absoluto, y no solo porque ella estuviera actuando de la misma manera, sino porque tenía el convencimiento de que su matrimonio estaba roto desde hacía tiempo y al parecer esa era la manera natural de que terminasen las cosas.

*-En el segundo cajón de mi mesa, hay un juego de llaves de casa.*

*-Ok, le diré a Lucre que me lo traiga mañana.*

*-¿Qué? – Aquello la pilló por sorpresa. - ¿Lucre?*

*-Sí, bueno... esa conversación queda para otro día.*

En cuanto colgó el teléfono, Marco la interrogó con la mirada.

-Lo hará. Nos enviará la caja aquí y las mandaremos a analizar juntas.

Él asintió y le sonrió. Pusieron su confianza en Almudena, ella jamás les fallaría, no había nadie en quien Alicia confiase más que en ella.

La noche avanzaba, podían oír el viento procedente de alta mar silbar en las ventanas que daban al océano y no muy lejos, las olas romper contra las afiladas rocas del desfiladero. No obstante no hacía demasiado frío, la chimenea ennegrecida por el humo, estaba encendida y Alicia no tardó en desprenderse de la chaqueta de punto. El crepitar del fuego en la alcoba era relajante, y ambos estaban enfrascados en la lectura y análisis de los autos, pruebas y testimonios del caso del señor Piñor.

Se recogió el pelo enrollándolo con un bolígrafo y se acarició la nuca haciendo un gesto de cansancio.

-Tal vez deberíamos acostarnos... - Desde el lado opuesto de la mesa, Marco le dedicó una mirada que daba lugar a diversas interpretaciones.

-Sin duda. – Cerró el dossier que estaba leyendo. – No vamos a resolver el caso esta noche.

Se levantó, y arrojó arena al fuego para sofocarlo. Luego cerró la puerta con llave, a pesar de que hacía horas de que no había nadie en la casa excepto ellos, toda precaución era poca dadas las especiales circunstancias. Se acercó a Marco, que continuaba sentado trabajando y cerró su carpeta.

-Hemos quedado en que ya hemos trabajado bastante hoy. – Se sentó en su regazo y comenzó a desabrochar los botones de su camisa. - ¿Tienes sueño?

Él le pasó la palma de la mano por la nuca y la aproximó a su boca deshaciendo el frágil recogido de su cabello y la besó con fuerza controlada.



-Esta noche mis sueños pueden esperar.

## XXXII

### DESPERTARES

La claridad del sol naciente comenzó a debilitar el resplandor de la pequeña lámpara de pie que había al lado del sofá.

Marco se despertó y observó a Alicia que descansaba apoyada sobre su pecho. Ambos estaban desnudos y apenas cubiertos por el plaid que reposaba normalmente en uno de los apoyabrazos del amplio sofá. Las piernas de Alicia se entrelazaban con las de él y supo que estaba despierta porque comenzó a jugar y a hacer rizados con el vello de su pecho. Marco se estiró para alcanzar el reloj y el sofá crujió por el cambio de peso.

-*Buongiorno...* - Dijo Alicia levantando la cabeza y apoyándose sobre la barbilla.

-*Biongiorno amore, come hai dormito? Adoro svegliarti al tuo fianco.*

-Bien, y no te pases. Mi italiano es más bien escaso.- Repuso con fastidio fingido.

- Castora está al caer – Marco sonrió y le acarició el pelo-.

-No, no te muevas - susurró juguetona-, aquí estamos a salvo. Podemos habernos levantado temprano para trabajar. No nos molestará.

La anciana entró al cabo de unos minutos y empezó a canturrear de camino a la cocina, lo que alertó a Alicia de que tal vez no era tan ignorante de lo que se cocía en el pazo.

-Vaya, esto sí que no me lo esperaba. – Ambos rieron. –De modo que tal vez no tengamos que tener tanto cuidado.

De pronto el rostro de Marco tornó serio, hacía rato que se lo estaba

preguntando y tenía que decirlo.

-¿Estás bien Ali?- Dejó de acariciarla esperando su respuesta.

-Sí.- Había comprendido perfectamente qué quería saber. “¿Vas a escaparte de nuevo sin decir nada?” Era lógico, después de su comportamiento la primera vez que se habían acostado, que temiera que desapareciese. Pero esta vez estaba en su casa, segura de lo que sentía y hacia quién. – Estoy muy bien.

El día estaba plomizo, pero no lloviznaba, lo cual se agradecía. Hacia las once de la mañana la niebla se disipó y el sol anunció que sería un magnífico día de primavera.

Salieron de los juzgados cerca del mediodía después de celebrarse una nueva vista preliminar, de la que salieron bastante satisfechos, acompañados de Ramón Piñor y la mayor de sus hijas.

Raquel, una muchacha de unos treinta años como mucho, no muy alta pero esbelta, se deshacía en halagos hacia Marco y su elocuencia en el estrado, sonrojándose de vez en cuando y provocando la mirada reprobadora de su padre. Por suerte Marco le respondía de manera cortés pero distante, muy acorde a su consabida profesionalidad.

Se despidieron después de tomar un abundante aperitivo en uno de los bares cercanos que consistió en mejillones al vapor, almejas a la marinera, jureles en escabeche y la siempre presente tortilla española. La próxima vez que se vieran sería tras conocer la fecha del juicio, que probablemente se demoraría meses. En secreto, Alicia lo agradeció aunque luego se sintiera absurda por tener celos de esa muchacha a la que conocía desde niña.

Regresaron a San Vicente comentando los detalles de la vista y, al llegar, avisaron de que ya habían comido para que Castora sirviera el almuerzo solo para ella y Jesús.

Era viernes por la tarde y sabía que los ancianos recibirían la visita de un nieto con su familia por lo que les dijo que se fueran a casa y no regresaran hasta el lunes. Castora le dirigió una mirada que interpretó a la perfección

(“Piensa bien lo que estás haciendo”) pero agradeció el gesto y, después de unos últimos detalles, se fue a casa con su marido.

Más tarde, en la cocina, Alicia rebuscaba en los estantes y la despensa lo necesario para preparar la cena. No era una experta cocinera pero lo que sabía hacer se le daba estupendamente, y le apetecía cocinar para Marco. Pese a que Castora había dejado suficiente comida preparada para una semana.

Desechó la idea de preparar algo italiano, seguramente no podría competir con los platos de su madre. Puso una cacerola bajo el grifo y luego cogió un par de botellas de albariño y las puso a enfriar, entretanto el agua llegó casi al borde, aunque no se derramó. Cerró el grifo, tiró el sobrante y la puso al fuego. Los fogones de gas antiguos la asustaban un poco, en aquella cocina podías hacer comida para un regimiento; afortunadamente contaba con un mechero lo bastante largo para mantener su mano alejada del fuego.

En cuanto hirvió el agua, echó las verduras que tenía limpias y troceadas y un poco de sal. Lavó bien el arroz para sushi y en otra cazuela más pequeña lo puso a cocer. Había encontrado unos envases de roast beef y carpaccio de ternera y se había decidido por preparar unos *nigiri* diferentes. Haría un aderezo distinto para cada uno, los de roast beef con una salsa de curry y los de carpaccio de ternera con una salsa a base de parmesano y *wasabi*.

No permitió que Marco entrase en la cocina ni que le ayudara, y remolón, se fue al salón a leer alguno de los interesantes libros que los Pazos almacenaban celosamente en las estanterías.

En poco más de hora, ya tenía todo preparado y le ofreció salir al jardín a dar un paseo. El sol terminaba de ocultarse y el cielo lucía una preciosa combinación de colores anaranjados, grises y rosados que auguraba que al día siguiente haría buen tiempo.

Caminaron entre pequeños arbustos perfectamente podados, camelias rosas y blancas, lilas y flores de azahar. El aroma que transportaba la brisa llenaba los sentidos, el entorno no podía ser más hermoso y el hecho de escuchar el murmullo del mar completaba el lote.

Iban cogidos de la mano mientras conversaban, Marco le acariciaba el dorso con el pulgar y de tanto en vez se dedicaban una mirada cómplice que

provocaba risas y sonrojos por parte de Alicia.

Bajaron luego el sendero hacia la playa, el mar estaba en calma y la marea comenzaba a subir, acumulando espuma en la orilla y emitiendo ese reconocible sonido del agua transportada a tierra que tanto la relajaba.

-Este lugar es precioso... - Marco rodeó su cintura. – Me refiero a todo, los jardines, la casa, el entorno,... es espectacular.

-Sí que lo es. – Le rodeó el cuello y acarició la nuca con las palmas de las manos mientras apoyaba la cabeza en su pecho. – Ojalá no tuviéramos que regresar.

-Bueno, todavía nos queda algo de tiempo.

Marco apoyó la cabeza en la coronilla de Alicia y permanecieron un tiempo abrazados escuchando la paz y tranquilidad que les rodeaba y desterrando de sus pensamientos todo lo que no estaba allí. Era su momento, solo para ellos, y ambos sabían que no tenía cabida pensar en otra cosa.

El sábado por la mañana, después de desayunar, subieron de nuevo al despacho. Marco se había olvidado coger del salón su tomo del código penal y Alicia estaba rebuscando uno en los estantes. En el enorme mueble que cubría toda la pared del fondo, vio un par de cajas gemelas que le llamaron la atención y abrió una para curiosear. Allí estaba el joyero de su madre, lo había visto infinidad de veces sobre uno de los sinfonieres del dormitorio de su padre, desconocía el motivo de que estuviese guardado allí, pensó que tal vez se debía a cuando habían estado los obreros reformando el tejado y los suelos. Había más objetos personales de su madre, como los pañuelos con los que ella la recordaba cubriéndole la cabeza, algunas cartas y dibujos que ella le había pintado de niña. En la otra caja había mucha documentación médica, diagnósticos, recetas y papeleo. Iba a cerrarla pero algo llamó su atención.

-¿Te dije que mi madre falleció en Barcelona? – Dijo sin mirarlo.

Marco le respondió que no sin saber muy bien a dónde quería llegar.

-El último año recibió tratamiento en Basilea. Y estoy viendo, - cogió un papel firmado y sellado- que la doctora que lo atendió también era italiana.

Por el apellido digo, “Cabanno”. – Le tendió el papel a Marco que la miraba estupefacto. – Tal vez tu madre la conoce.

Aunque la firma era ininteligible, el sello no dejaba lugar a dudas: Giordana Cabanno Basile y debajo su número de colegiada médica.

A Marco se le secó la boca y se le aceleró el pulso. ¿Era aquello una casualidad del destino? Miró la fecha: 1988.

-Es... es mi madre Ali.

Ella le cogió de nuevo el papel para fijar el nombre en su retina, aun incrédula tras confirmar la evidencia.

Se pasaron el resto de la mañana revisando informes y efectivamente la doctora Giordana Cabanno había sido la oncóloga de Lucía Castiñeiras durante los casi once meses que duró su tratamiento allí. Trasladarla a Barcelona había sido el último recurso desesperado después de los tratamientos fallidos en Vigo pero solo sirvió para aumentar el tiempo de agonía. Eso le había dicho su padre siempre, aunque recordaba que Fernando siempre había defendido el excelente trabajo del equipo médico que la había atendido, en especial de su doctora.

Sus padres se conocían.

\*\*\*

La cara interna del ancho muro de piedra que rodeaba la propiedad contaba con una escalera hecha en la propia piedra en la cara este que daba directamente al océano Atlántico. Desde allí las vistas eran realmente espectaculares, en una noche clara a lo lejos podían verse las luces de Sanxenxo.

Alicia se refugió allí al atardecer y se sentó en lo alto del muro con los pies colgando hacia la parte exterior. Contempló el mar salvaje ahora en relativa calma, la maraña de árboles en los que destacaban eucaliptos y robles centenarios en el lado opuesto, se veían casi negros bajo el resplandor nacarado del cielo. Objetos cercanos y distantes parecía que estaban a la misma distancia mientras sus sombras largas se confundían en la penumbra.

El aire frío anunciaba una helada. Alicia pensó que debía entrar en casa, pero se resistía a abandonar la belleza estática del lugar. No percibió que alguien se acercaba hasta que sintió la calidez de una manta que le cubría los hombros. Fue entonces cuando tuvo verdadera consciencia del frío que hacía, al notar el calor de la lana. Los brazos de Marco la envolvieron con la manta y la recostaron contra él.

-Pensé que la necesitarías – dijo, y le cogió las manos heladas-. Si no tienes cuidado, te resfriarás.

Se volvió para mirarlo. A pesar del aire cortante, parecía muy cómodo en mangas de camisa.

-¿Y tú?

-Yo estoy bien. – La besó en la punta de la nariz.

Ella le cogió de las orejas y ajustó la puntería hacia abajo. El beso duró lo suficiente para que la temperatura de ambos se elevase. La brisa soplaba a sus espaldas y arrojaba los mechones de pelo de Alicia a la cara; Marco los apartó y lo peinó un poco con los dedos, el sol poniente brilló a través de ellos, luego se lo colocó detrás de las orejas.

-¿Sabías que la península de O Grove originariamente era una isla?

-No... - Susurró en su oído instándola a continuar.

-Se unió poco a poco a la comarca do Salnés por obra del mar y los fuertes vientos. Lo escuché de niña en una excursión en barco a la Illa da Toxa y es uno de esos datos que no olvidas.

-Es interesante.

-¿No te parece increíble? – El tono había cambiado.

Marco sabía a qué se estaba refiriendo y ya no hablaba de geografía. Enarcó una ceja y sonrió, con la mitad de la cara iluminada por el sol y la otra en sombras.

-Lo que está claro es que las casualidades no existen.

## **XXXIII**

### **CONFESIONES**

El lunes recibieron a media tarde el paquete de Almu con una nota en la que le deseaba “suerte” y decidieron que al día siguiente lo llevarían al laboratorio junto con el que tenían allí.

Alicia la llamó en seguida, Almu no le había dicho nada desde que habían hablado cuando le encomendó la “tarea”.

*-Te he enviado las dos cajas que había porque a la empezada solo le quedaban dos sobres. – Susurraba.*

*-Vale. Mejor así. ¿Por qué hablas tan bajito?*

*-Ah, perdona. –Se rió de sí misma.- Me siento como una detective. Ah, que sepas que Alex lo sabe, o al menos sospecha algo.*

*-¡¿Qué?!*

*-Me ha llamado varias veces desde ayer por la noche. – Volvió a bajar el tono. – Yo estuve en tu casa el viernes por la mañana, y por la tarde llevé el paquete a la empresa de mensajería. Sabía que Alex iba a estar fuera el fin de semana, me lo dijo Lucre que lo escuchó hablando con alguien de tu oficina. Ah, Lucre dejó la llave de nuevo en tu cajón.*

*-Seguramente el portero le habrá dicho que has estado en casa... - dijo pensativa. – Mierda, tenía que haberlo llamado yo antes para que cerrara la boca. – Se lamentó por haber dejado ese cabo suelto. – Esta noche llamaré a Alex a ver si me comenta algo.*

No lo hizo. Hablaron durante escasos minutos de temas poco personales, cómo iban las cosas por el despacho, de cómo avanzaba el caso y poco más. Cada vez estaban más fríos y distantes y ambos eran conscientes de ello, pero



ninguno mencionó el asunto.

Los resultados de los análisis tardarían, por lo que a finales de esa semana regresaron a Madrid. Se tomaron el viaje de regreso con calma, parando en diferentes lugares y aprovechando los últimos momentos que restaban hasta que de nuevo tuvieran que ocultarse.

Después de darle vueltas, acordaron que cada uno hablaría con su progenitor e intentaría sonsacarle información acerca del embrollo familiar recién descubierto.

En cuanto dejó a Marco en su casa, se dirigió a casa de Almudena. Estaba como loca por contárselo todo, igual que cuando eran compañeras de pupitre. El portal de la entrada al edificio estaba abierto y subió apresurada las escaleras hasta el ático, le daría una sorpresa.

Pero la sorprendida fue ella, pues quien abrió la puerta fue Lucre, llevando un atuendo más propio de un domingo tarde de sofá.

-¡Ali! – La abrazó impidiéndole reaccionar y luego gritó a Almu que no era el repartidor del restaurante de sushi sino ella quien había llegado.

-Hola... - Entró sintiéndose extrañamente fuera de lugar.

Almudena hizo aparición con un pálido semblante y una expresión entre el espanto y la vergüenza.

-Ey, no... no contaba contigo.

-Ya veo... - Se sentía abochornada, una intrusa. Pero decidió que aquello solo podía ser algo bueno. – Bueno, veo que al fin os conocéis. – Sonrió a su mejor amiga, y fue una sonrisa sincera.

Almudena la abrazó y el ambiente se relajó como por arte de magia.

Estaban juntas, era algo muy reciente pero cada vez que se miraban Alicia podía ver la electricidad fluir entre ellas, era mucho más que simple atracción física. Había complicidad, intimidad y una química que no podían ocultar por más comedidas que intentasen estar ante la presencia de Alicia.

-Me alegro mucho, de verdad. – Las abrazó a ambas antes de irse.- Nos vemos el lunes.

-Ten cuidado, en serio.

-Lo tendré.- Les guiñó un ojo y se dirigió al ascensor.

No pudo evitar llamar a Marco y contárselo. A él no pareció sorprenderle tanto y se burló de la falta de percepción de Alicia que, entre risas, se subió al coche y emprendió camino a casa.

-Emm... Marco -Titubeó un poco antes de decirlo: - Yo también te quiero, siento haber tardado tanto en decírtelo.

\*\*\*

Intentó evitar, en la medida de lo posible, estar a solas con Alex. Y él, parecía que había decidido hacer lo mismo. Siempre se quedaba a trabajar hasta tarde o hacía más horas de las habituales en el gimnasio. Ella, por su parte, hacía lo mismo, más enfrascada que nunca en el trabajo, evitaba cualquier tipo de encuentro en el que tuvieran que mantener una prolongada conversación.

A finales de la semana siguiente llegaron a casa de Marco los resultados de los análisis. Habían pensado en que enviarlos allí era lo menos arriesgado, en el despacho podía interceptarlos alguna secretaria y de ninguna manera se hubiera arriesgado a enviarlos a su casa.

Por supuesto, los resultados del laboratorio eran esclarecedores y concluyentes. Los tres principios activos tóxicos estaban presentes en las muestras: desacetilodeandrina, digitoxigenina y oleondrosida. De manera que no había ninguna duda, coincidían con los mismos que habían encontrado en su sangre, habían tratado de envenenarla.

No era lo mismo sospecharlo que tener la certeza y Alicia se sintió desfallecer. Un sudor frío la invadió y le flaquearon las rodillas. Marco se dio cuenta y la cogió para ayudarla a tomar asiento antes de que perdiera la consciencia.

-Tranquila, - la abanicaba con una revista- es mejor así. Al menos tenemos la seguridad de quien ha sido y podemos evitar que se repita.

En cuanto se recuperó un poco, la incredulidad dio paso a una fulgurante ira.

-Tengo que decírselo a mi padre.

-Sí, creo que deberías.

No quiso demorar más el asunto y le propuso salir a cenar al día siguiente.

Quedaron en la Bodega de los Secretos, donde sorprendentemente Fernando consiguió reservar con tan poca antelación. El lugar era realmente único, estaba situado en la bodega más antigua de Madrid, databa del siglo XVII, cuando se construyó la primera galería. Tenía indudablemente una arquitectura muy funcional para su cometido, que permitía conseguir las condiciones óptimas de temperatura para la crianza del vino de la zona.

Su padre le había contado que posteriormente, los monjes de la orden de San Felipe Neri, habían ampliado la bodega dotándola de galerías en forma de claustro llenas de hornacinas, cúpulas, arcos y pechinas ornamentadas. Tras un extraordinario trabajo de rehabilitación, había sido convertida en un espacio vanguardista donde pasar inolvidables veladas. Las hornacinas donde antaño descansaba el vino, eran ahora un conjunto de semireservados que transmitían una sensación única de privacidad.

En cuanto llegó, un impecable camarero condujo a Alicia a la mesa donde ya la esperaba su padre.

Le dejó hablar a él primero, a fin de poder disfrutar de la cena que, de hablar ella, sería imposible. Fernando le contó que después del verano abrirían oficialmente el despacho de abogados “Pazos Asociados” en la capital catalana. Ella le miraba atenta pero apenas le escuchaba, tenía sus propios pensamientos batallando y deliberando la mejor manera de contarle lo ocurrido. Cuando tomaron nota del postre se decidió.

-Papá... - le interrumpió.- Escúchame. – Su voz se fue extinguiendo titubeante.

Él detectó el tono y se calló de inmediato mirándola interrogante. Alicia se armó de valor y escupió toda la información de que disponía, sin filtros y, aunque intentó contenerlas, al final las lágrimas brotaron incesantemente resbalando por las mejillas y dejando negros surcos de máscara de pestañas

en sus mejillas.

Fernando no la interrumpió, ni una vez, tenía la furiosa mirada clavada en los ojos de su hija y se le rompía el alma por verla sufrir de aquella manera, aunque al mismo tiempo también valoraba la manera en que actuaría al respecto.

-¿Por qué no me hablaste antes de tus sospechas? – Sus labios eran una línea recta.

-No quería alarmarte sin tener la certeza primero.

Él asintió.

-¿Has hablado con la policía?

-¿Qué? – Aquello la pilló por sorpresa. – No. No tenemos pruebas contra ellos tampoco, me refiero a que pudo ser cualquiera.

-Eso lo decidirán ellos. – Se cuadró en la silla y se inclinó hacia su hija. – Mañana mismo iremos a comisaría y acto seguido redactaré la demanda de divorcio.- Se calló un instante esperando una réplica que no llegó. – En cuanto tengamos ambas demandas iremos a su encuentro.

Alicia solo pudo asentir, el nudo del estómago había desaparecido y respiró profundamente para intentar relajarse.

-Ahora te alegrarás de que te hubiera obligado a firmar el contrato prematrimonial. – Dijo en tono jocoso para transmitirle seguridad.

-Puedes estar seguro.

## XXXIV

### DESCUBRIMIENTOS

El día era frío y húmedo; cubría el horizonte con un manto gris que se confundía con la bruma plomiza de las montañas lejanas. Alicia cerró la ventana y corrió las cortinas antes de salir de su habitación. Sus emociones estaban tan sobrias y grises como el día. Alex ya se había ido, al parecer al gimnasio, según rezaba la escueta nota que había dejado en la nevera: “*Voy a gim. No quería despertarte. TQ*”.

-Que amable... - Se dijo irónicamente a sí misma. No iba a comprobarlo pero estaba segura que de hacerlo no lo encontraría allí.

Pensó en llamar a Marco y contarle las últimas novedades, así que abrió el bolso y lo revolvió hasta encontrar el teléfono, que como siempre estaba en el lugar más recóndito posible. Pensar en él al menos la animaba y dada la ocupación principal que tendría esa jornada, lo necesitaba.

-¡Hola! – Descolgó la entusiasta y alegre voz de una joven. Alicia miró la pantalla para asegurarse de que había seleccionado el contacto adecuado. - ¿Hola? Marco no se puede poner ahora...

Alicia colgó. Fue un acto impulsivo, no supo muy bien por qué lo había hecho pero ya estaba. Las afiladas garras de la desconfianza amenazaron con arañarla, estaban cerca, pero no las dejaría alcanzarla. Cogió las llaves y salió apresurada. Condujo hasta la calle donde residía Marco, como siempre, era imposible aparcar. Paró unos minutos en doble fila delante del portal de su edificio, pero finalmente se sintió ridícula y se fue a la oficina.

Entró malhumorada y le dijo a Marga que diese orden a recursos humanos de redactar las cartas de despido de Mabel Llerena y de Alejandro Mateo. La recepcionista la miró con los ojos casi fuera de las cuencas, pero al ver el semblante de Alicia no dijo una palabra, solo asintió y continuó con su tarea.

-Discreción por favor.

-Por supuesto.

Avanzó sus quehaceres cuanto pudo, en cuanto llegase su padre se iban directos a comisaría. Ya había reunido los informes de su ingreso y del laboratorio para presentarlos, aunque sabía que eran evidencias contundentes, no eran pruebas que apuntasen directamente a las dos personas contra las que se iban a querellar. No obstante, lo intentaría.

Cuando se presentó, Fernando Pazos ya traía consigo la demanda de divorcio. Se la dio a Alicia para que la revisara y, en cuanto dio su conformidad, partieron de inmediato hacia comisaría.

Pese a la determinación y la seguridad de hacer lo correcto, Alicia estaba nerviosa. Cada vez que pensaba en que el hombre con el que había convivido durante tantos años, con el que había trabajado, con el que compartía la vida había intentado matarla de la manera más cobarde, un escalofrío la recorría de pies a cabeza.

Tuvieron que esperar, lo que sirvió para que se tranquilizase un poco. Miró a su padre, el semblante circunspecto que siempre mostraba cuando estaba concentrado, pero ni un ápice de nerviosismo. En parte había esperado un “te lo dije”, al fin y al cabo nunca había hecho buenas migas –ni de lejos– con Alex pero en ningún momento lo dijo y por supuesto lo agradeció. Ya tenía bastante.

En cuanto le tomaron declaración, salió de allí. Estaba ligeramente aturdida, lo achacó al estrés, pero su padre, que pareció leerle el pensamiento, le acarició la espalda cariñosamente y se ofreció a conducir hasta el despacho.

Afortunadamente para él, Alex pasaría toda la mañana en los juzgados, de manera que a Mabel la informarían de su despido por la tarde, para evitar que pusiera a Alex sobre aviso.

Cuando cogió el teléfono a mediodía, tenía dos llamadas perdidas de Marco. Decidió ignorarlas, ya tenía bastante con la batalla que estaba librando como para preocuparse de las visitas femeninas de su amante.

Pensó en el término, al fin y al cabo eso era, no se habían prometido

exclusividad. Su lado pragmático la estaba poniendo a prueba y corría el riesgo de desfocalizar su objetivo en ese instante, que no era otro que terminar la relación con Alex. Ya se preocuparía luego por lo demás.

Salió a comer con su padre, aunque no tenía ni un ápice de apetito. Concluyeron que lo harían en el despacho de Fernando de la manera más discreta y rápida posible.

En cuanto llegó a la oficina tras el almuerzo, la documentación estaba sobre la mesa del fundador del bufete. La revisó a conciencia y la dejó a un lado junto con la demanda de divorcio. Inconscientemente sonrió triunfante, al fin libraba a su hija de aquel parásito, aunque el motivo le enfurecía.

Alicia no tardó en regresar de su casa. Había hecho una pequeña maleta para permitir a Alex un par de días tranquilos para recoger sus cosas. Mientras tanto, ella se quedaría en casa de su padre.

Alex llegó media hora más tarde y la recepcionista le dio aviso de que se presentase de inmediato en el despacho de Fernando.

Un nudo agudo le cerró el estómago, afortunadamente apenas había comido. Se aflojó un poco el nudo de la corbata e inspiró profundamente antes de llamar a la puerta y entrar.

Fernando estaba sentado tras su enorme mesa de nogal, levantó la vista en cuanto lo vio entrar y entrelazó los dedos apoyándose en la mesa. A su derecha estaba Alicia de pie y con la mirada de una pantera que está a punto de hincarle el diente a su presa.

Fijó la vista en el gran oleo de “La Masía” de Miró que estaba detrás de su suegro y se sintió como el conejo que estaba siendo observado por el águila pero aun no se abalanzaba sobre él.

-Siéntate por favor.

Fernando siempre había marcado las distancias entre ellos, pero aquella voz había sonado tan fría que sintió que se le helaba la sangre. Miró a Alicia y ella le devolvió la misma mirada fría, distante,... vacía. Y entonces lo supo, lo habían descubierto. Las manos le sudaban y el calor se adueñó también del resto de su cuerpo a los pocos segundos. Tomó asiento y no tardó en sentir

una gota de sudor resbalar por la espalda debajo de la camisa. Se apoyó en el respaldo y trató de controlar la rigidez de las piernas inspirando profundamente e intentando mantener los nervios a raya.

Alicia cogió la carta de despido y a continuación la demanda de divorcio y se las puso delante sin decir ni una palabra.

Él las leyó en silencio, sin enterarse demasiado del contenido, el saberse descubierto comenzaba a causarle un estado de turbación que le quebraba los sentidos. Quizás habría preferido gritos, tal vez insultos, pero aquel silencio era demencial.

-¿Tienes algo que decir? – Dijo al fin Fernando intentando abrir la caja de los truenos.

-No. – Aunque quisiera apenas podía articular palabra en ese momento.

-¡¿No?! – Alicia salió de su ensimismamiento indignada. - ¡¿En serio?!

Marga llamó a la puerta y entró para avisar de que la policía estaba allí y requerían la presencia de Alejandro.

-¡¿Me has denunciado?!

-¿Qué esperabas? ¡Has intentado matarme! Maldito cabrón... - Los ojos se le llenaron de involuntarias lágrimas que se forzó a contener. – Lárgate, tienes el fin de semana para recoger tus cosas de MI casa. – Enfatizó el posesivo.- Asegúrate de que no quede ni rastro de nada tuyo cuando yo vuelva.

-Ali...

-¡Fuera!

Se levantó y salió hecho un manojo de nervios y vergüenza.

El agente de policía que esperaba en la entrada leyó la ordenanza:

-¿Es usted el señor Alejandro Mateo Vázquez?

-Sí... Soy yo.

-Bien. –Miró a Marga. -¿La señora María Isabel Llerena Lorca puede venir también?



El corazón de Alex se saltó un latido. Tuvo que obligarse a mantener la calma, pero observar el rostro desencajado de Marga no ayudaba. Si llamaban a Mabel era porque verdaderamente sabían lo ocurrido. ¿En qué momento se habían descuidado?

Mabel acudió al llamado en seguida y frenó en seco al ver al policía y el semblante de Alex.

Les entregó a cada uno la orden de presentarse en comisaría para declarar voluntariamente y se retiró dejando un ambiente enrarecido por los acontecimientos.

Alicia apareció súbitamente detrás de ellos sobresaltándolos:

-Antes de irnos, aseguraos de recoger vuestros efectos personales de estas instalaciones. – Tendió la carta de despido a Mabel que la cogió sonrojada. A Alicia la invadía una especie de templanza. – Se os pagarán los quince días de preaviso pero no os quiero volver a ver por aquí. A ninguno de los dos.

Se dio la vuelta y se internó de nuevo en el despacho de su padre. Tan pronto cerró la puerta no pudo evitar ponerse a llorar como una niña pequeña. Lo hacía por todo, por la tensa situación vivida, por los nervios que le encogían el estómago, por la decepción y porque tal vez en su interior sentía una punzada de culpabilidad.

Fernando la abrazó con fuerza y no dejó de hacerlo hasta que ella se desahogó. La acompañó hasta un diván que había bajo el ventanal y Alicia se dejó caer laxa.

-He pensado que me voy a San Vicente. – Se enjugó las lágrimas con un pañuelo desechable. – Aprovecharé para comprar las cortinas, tapizar los sillones del salón y bueno, estar ocupada en algo.

-Me parece bien. – Besó la coronilla de su hija mientras la abrazaba de nuevo.

-Así tendrá tiempo para desaparecer de mi vida. – Dijo refiriéndose a Alex. – Dios, luego tendré que cambiar las cerraduras, la clave de la alarma, tengo que ir al banco,...

-Shhshhh... - Tranquila, todo eso estará hecho para cuando vuelvas y cerraremos este capítulo.

-Papá, - levantó la vista para mirarle a los ojos – hay algo más de lo que tenemos que hablar. ¿Puedes venir a San Vicente el próximo fin de semana?

Él la observó extrañado pero decidió no presionarla.

-Claro que sí.

## XXXV

### VISITAS

El teléfono había vibrado varias veces en su bolso. Lo miró de reojo colgado en el perchero de detrás de la puerta de su oficina donde el señor Domenech, un hombre de rostro rubicundo y porte extrañamente atlético para su edad, no dejaba de parlotear y explicar lo mismo una y otra vez.

-Está bien, es lo que le he dicho. – Dijo Almudena intentando zanjar el asunto al tiempo que se levantaba y le tendía la mano. – En cuanto tengamos respuesta le contactaré de inmediato.

Se colocó a su lado para acompañarle a la puerta mientras sonreía afectuosa.

-Es que la culpa la tienen ellos, yo solo... - De nuevo comenzaba a hacer aspavientos y Almudena vio venir el discurso ya escuchado tres o cuatro veces.

-Lo sé ,lo sé, no se preocupe. Le llamaré lo antes posible señor Domenech. – Cerró la puerta y al fin se vio liberada.

Cogió apresurada el teléfono, esperaba noticias de Alicia desde hacía horas.

Seis llamadas perdidas, dos de ellas suyas y un mensaje:

*Hecho. Aunque no me siento del todo libre.*

*Me voy a San Vicente. Besos.*

La llamó pero no obtuvo respuesta. Pensó que seguramente estuviese conduciendo, al fin y al cabo eran casi las cuatro de la tarde y le había escrito a mediodía.

Tomó una rápida decisión, sin duda Alicia la necesitaba. Iría a casa, haría una maleta pequeña únicamente con lo necesario para el fin de semana y se iba ella también a Galicia.

Le envió un mensaje de aviso a Lucrecia y cogió un taxi a casa. Al llegar comió algo rápido para evitar, en la medida de lo posible, hacer paradas en el trayecto y preparó tres mudas de ropa, el neceser y poco más. No quería retrasar demasiado la partida, conociendo como conocía a Alicia tenía que estar sumida en un estado de estupor del que tardaría al menos veinticuatro horas en salir. Ya no le hacía demasiada gracia que estuviese conduciendo con la cabeza puesta en cualquier sitio menos en la carretera, era peligroso.

En parte era bueno para ella el verse al fin liberada de una persona que estaba claro que no la quería. Nunca lo hubiera pensado, sin embargo, algo le decía que Alex no era así, tal vez se había dejado almidar por la secretaria; aunque sea como fuere, hubiese participado activamente en mayor o menor medida, lo que era seguro es que tenía conocimiento de lo que ella pretendía y lo consintió. A sus ojos era tan culpable como la sinvergüenza pelirroja.

Ya en carretera, se acomodó en su Beetle, que rara vez hacía trayectos largos, a no ser cuando iba a Santander a visitar a sus padres o su hermana; y se preparó anímicamente para afrontar con la fortaleza que exigía la situación, lo que seguramente sería un largo fin de semana de lágrimas y abatimiento. Se angustió por Ali, no se merecía aquello.

\*\*\*

Había llegado a la hora perfecta. Cuando el sol se esconde tras los pinos y se refleja en el agua con aquella intensidad que solo podía verse en esa época del año. Mientras se apoyaba en el alféizar interior de la ventana de su habitación, Alicia respiraba profundamente intentando inocularse de la paz, silencio y tranquilidad reinantes.

Ciertamente se había sentido mejor tras cruzar en la autovía el letrero que rezaba “Comunidad de Galicia”; era como traspasar una barrera, entrar en otro mundo, el suyo. Lejos del bullicio, las prisas, la rutina diaria y también de su marido. Muy pronto su ex marido. La idea todavía se le hacía extraña

pero tenía muy claro que debía asimilarlo cuanto antes, cerrar esta parte de su vida y al menos por un tiempo, tirar la llave.

Llamaron a la puerta.

-¿Te preparo algo niña?– Castora asomó un poco como intentando no invadir demasiado el espacio.- ¿Una infusión de esas tuyas?

Alicia no pudo evitar sonreír.

-Esas se han terminado, y creo que voy a pasar de las infusiones una temporada.- Dijo con el mejor talante que pudo. – Prepárame por favor un café, ahora bajo.

La anciana asintió feliz por sentirse útil y cerró tras de sí.

Después de ponerse unos vaqueros holgados y una camiseta cómoda, Alicia bajó de nuevo al salón.

Con el café le sirvió unas pastas de mantequilla, se tomó una para no hacerle un feo a la siempre servicial Castora, y se tomó el café lentamente, saboreándolo. Acababa de dejar la taza en la cocina cuando Jesús entró anunciando visita.

-Holaaa... - Dijo la conocida voz de Almudena.

-¡Hola!

Tras unos breves segundos de sorpresa, corrió a abrazarla.

-Cómo me alegra que estés aquí... - Le susurró en el oído.

-Ya lo sé. – Le examinó el rostro aun ligeramente enrojecido. – Aunque me ha costado encontrarlo. ¿Dónde tienes el teléfono? Te he estado llamando.

-Ah, arriba, en el bolso. – Lo había apagado al salir de Madrid por temor a una llamada de Alex.

Castora apareció con café y más pastas y las animó a regresar al salón.

-Menos mal que es descafeinado. – Le dijo Alicia con una media sonrisa.

-Lo es. – Le guiñó un ojo.

Tras admirar la belleza incomparable del pazo, salieron a dar un paseo por

los jardines. La noche era cálida y no hacía demasiado viento. Al cabo de un rato Almu la instó a que le contase lo ocurrido esa mañana.

Alicia le relató lo acontecido meticulosamente y con asombrosa serenidad.

-Pues ya está. Toca pasar página.

Una ráfaga de luz y un estruendo seguido de cientos de luces de color las sobresaltó a ambas. Al primero lo siguieron una preciosa combinación de fuegos artificiales procedentes del pueblo que las dos observaron en silencio después del susto inicial.

-No me acordaba de que hoy empezaban las fiestas patronales.

El espectáculo de luz y color se prolongó durante casi media hora. Después entraron a cenar. Castora había dispuesto una cena ligera a petición de Alicia, sabiendo la predisposición de Castora en lo que se refería a la exageración culinaria.

Alicia les dijo que ellas recogerían y que podían retirarse a su casa hasta el lunes. De modo que, una vez a solas, bebieron, hablaron y a medida que la noche avanzaba y la bebida se acababa, las conversaciones tornaron más intrascendentes y más humorísticas.

La mañana del sábado, la luz del sol se filtraba por las cortinas entreabiertas y Almu fue la primera en recibir un destello que la hizo abrir los ojos de golpe. Un tanto desorientada, miró a su alrededor y vio a Alicia durmiendo a sus pies sobre la gran alfombra raída y desgastada.

-Tengo que cambiarla... - Fue lo primero que dijo al conseguir separar los pesados párpados.

-¿A quién?

-La alfombra Almu, - Se incorporó, la cabeza le pesaba como si llevase un saco de plomo encima. - Dios... necesito una aspirina.

-Y una ducha.

-Primero la aspirina...

Se miraron y de pronto se carcajearon como hacía tiempo no hacían.

En lo alto de la escalera, antes de dirigirse cada una a su cuarto, Alicia se acercó a su amiga y la abrazó con fuerza.

-Gracias por venir, de verdad.

-Anda... lárgate. – Le guiñó un ojo cómplice y entró en su dormitorio.

Esa tarde se fueron a Vigo a escoger la tela para los nuevos cortinajes del salón y los dormitorios principales y también para el tapizado de los muebles. Entraron en varias tiendas hasta que terminaron por escoger tonos muy similares a los ya existentes.

-Los escogió mi madre, no creo que ningún otro tono quedara mejor. – Dijo Alicia con nostalgia.

-Estoy de acuerdo. Oye, ¿has encendido el teléfono?

-Estaba sin batería, lo dejé en casa. – Repuso sin poner mucha atención. – Vamos a por un helado.

-Emmm... sé de alguien que se va a molestar...

-No creas.

-¿Qué? ¿Por qué? – La detuvo para encararla. - ¿Hay algo que no me has contado?

En cuanto le relató lo ocurrido la mañana anterior con la misteriosa joven que había respondido al teléfono, Almu se la quedó mirando incrédula por su estupidez.

-Venga Ali, en serio, puede ser cualquiera. Tienes que hablar con él.

-¿Cualquiera? No tiene a nadie en Madrid, que yo sepa.

-Joder Ali, simplemente tienes que pensarlo. Ese hombre ha dejado su vida en Barcelona y se ha venido a Madrid para estar contigo. ¿Qué sentido tendría engañarte ahora? No seas ridícula y llámalo.

-Mierda.

El teléfono casi se incendia al encenderlo por la cantidad de llamadas y mensajes que tenía de Marco preguntándole si estaba bien, dónde estaba, qué había ocurrido,... Al parecer nadie en la oficina hablaba de ello y su padre estaba de un humor de perros. El último mensaje fue para decirle que Lucrecia ya le había informado de que estaba en Galicia con Almudena pero que aun así le llamase.

Lo hizo de inmediato mientras Almu se había quedado en la cocina preparando unas ensaladas para cenar.

-Te llamé ayer por la mañana...

-Sí, me lo dijeron. Yo estaba en la ducha.- Se quedó callado unos segundos a espera de la reacción que imaginaba no tardaría en llegar.

-¡¿Te lo dijeron?! ¿Quién? – Gritó indignada.

Marco se carcajeó, sabía que se había hecho cábalas imposibles.

-Era mi hermana *amore*, - Dijo suavemente. – Caeli ha venido a darme una sorpresa. ¿De verdad creías...?

-¡No! No... no creía nada. – Fue suavizando el tono. – Solo me sorprendió, nada más.

-Va a quedarse el fin de semana. Y el martes tengo un juicio, pero luego subo a verte.

-De acuerdo.

-Y ahora cuéntame cómo ha ido.

Le hizo un largo resumen de lo acontecido, en algunas partes Marco pudo percibir que se le entrecortaba la voz, evidentemente estaba afectada, más de lo que esperaba.

-Me alegra que Almu esté ahí.

-Sí, y yo.- Inspiró profundamente y luego se aclaró la garganta. – No he podido hablar con mi padre de... lo otro.

-Ya, no te preocupes. Yo tampoco he hablado con mi madre aun, pero he intentado averiguar algo mediante Caeli. No sabe nada al respecto.



-¿Crees que siguen en contacto?

-¿Qué? No lo había pensado... ¿tú sí?

-Bueno, he pensado en muchas cosas estos días. Mi padre viaja prácticamente una vez cada dos semanas a Barcelona, no sé, tampoco quiero adelantarme a los acontecimientos antes de hablar con él, pero supongo que es posible.

-Sí... - Respondió pensativo. – Lo es. Pero, ahora lo que debes hacer es descansar. Iré a verte tan pronto me sea posible.

Después de cenar, Almudena convenció a Ali para salir a la verbena del pueblo, sería una distracción y era justamente lo que necesitaba. Se mostró previsiblemente reacia al principio pero finalmente accedió.

Pese a que la noche era fresca, la gente se había echado a la calle a disfrutar de los festejos populares que se realizaban en la playa de la Barrosa. Había pequeñas hogueras rodeadas de grupos más o menos reducidos de jóvenes a lo largo del arenal, una orquesta amenizaba la fiesta con música de baile para jóvenes y mayores y los bares del paseo marítimo estaban a rebosar. Después de pedir unas copas, Alicia instó a Almu a alejarse del bullicio.

-Vamos hasta el final del paseo, necesito aire. – La miró inquisitiva. – Y tú señorita, todavía tienes algo que contarme.

-¡Sabía que era una trampa!- Rió mientras apuraba la bebida y tiraba el vaso de plástico a uno de los contenedores. - ¿Qué quieres saber exactamente?

-¡Todo!

Almu le relató su primer encuentro con Lucrecia y todo lo que vino después de aquello. Era nuevo para ella, pero estaba realmente ilusionada y feliz, algo que podía verse reflejado en sus ojos y eso fue suficiente para Alicia.

-Ha sido algo del todo inesperado, es alucinante. Nunca pensé sentir algo así por nadie... Desde luego sé que nunca lo he sentido con ningún hombre, no sé, es diferente. Pero genial.

-Me alegro mucho, de verdad. Por las dos.

-Ya lo sé. – La miró con una sonrisa tan sincera que Alicia no tuvo ninguna duda de que realmente era dichosa, y eso era lo único que le importaba. -  
¿Qué es aquello?

-Oh, es el monumento al voluntario. Se erigió después de lo del *Prestige*. –  
Miró a Almu que se había parado y concentraba la vista en un punto fijo. -  
¿Qué pasa?

-Emmm... no sé. – Comenzó de nuevo a caminar despacio. – Me pareció ver algo... o a alguien. Como observándonos, y se ha escondido en cuanto vio que miraba hacia allí.

-Joder, deja de poner esa cara que das miedo. –La agarró del brazo. – Damos la vuelta y punto. Vamos.

**XXXVI**  
**SECRETOS**

*Barcelona, Marzo - 2018*

Después de una guardia de treinta y seis horas, la doctora Giordana Cabanno se dejaba caer en la cama resoplando. Durante unos instantes se quedó mirando al techo, el cansancio de toda una vida dedicada a evitar, ralentizar o al menos paliar la enfermedad, comenzaba a hacer mella en su estado de ánimo. Ella, que siempre había sido una mujer alegre, dinámica y vital, para la que la vida no había sido un camino de rosas, se encontraba cada vez con más frecuencia bajo el dominio del agotamiento.

En poco más de un año llegaría a la sexta década de su existencia y solo pensarlo la hacía sentir como una anciana; por mucho que su hija se empeñase en decirle que estaba estupenda. Se fijó en que la lámpara tenía una fina capa de polvo, era cierto que hacía bastante tiempo que no lo limpiaba, y se dijo que lo haría el próximo día libre.

La tramontana soplaba con fuerza, fría e incesante, y la lluvia golpeaba levemente los cristales de la ventana del dormitorio. Se levantó, encendió el aplique de luz que había sobre la mesilla de noche, bajó la persiana y corrió las cortinas. Se detuvo al pasar delante del espejo de pie. Las marcadas ojeras eran indicadores claros de que necesitaba al menos ocho horas de sueño reparador. Se soltó el pelo y lo cepilló un poco para atenuar la forma que había dejado el moño y se quedó un instante mirando el reflejo que le devolvía el espejo. Su figura de formas suaves aun conservaba destellos de la frescura de su juventud, el cabello brillaba negro como el azabache, aunque pudo observar que necesitaría en breve una visita a la peluquería, las canas comenzaban a manifestarse en las raíces; el rostro de nariz recta y angulosa, el fino cutis herencia de su madre, se mantenía firme. Y los enormes y aun

vivaces ojos negros le proferían un aspecto juvenil que sabía que no duraría mucho más tiempo.

Se acostó y pese al cansancio que la acuciaba, tardó en conciliar el tan ansiado sueño.

Pensaba en él, le había dicho que esa semana no iría a verla. Estando como estaba, al tanto de la situación de su familia, entendía perfectamente que no lo hiciese, aunque también sabía que le echaría de menos. Todavía lograba removerla por dentro, hacer que le deseara más en su ausencia, que necesitara de su proximidad y su tacto.

Al alba de la mañana siguiente, tras prepararse para acudir de nuevo al hospital, entró en la cocina al percibir el intenso aroma a café que provenía de allí.

-¿Y este madrugón?

Eran apenas las seis de la mañana y no era para nada habitual que Caeli madrugase sin necesidad.

-Buenos días mamá, - dijo ésta mientras daba un pequeño mordisco a una tostada untada con mermelada. – Voy a Madrid, a darle una sorpresa a Marco.

-Qué bien, una suerte disponer de los fines de semana libres... - Palmeó la espalda de su hija al rodear la mesa para servirse una taza de café.

Caeli tenía un puesto fijo como pediatra en un centro de salud, en el que trabajaba solo los días laborales y un sábado al mes.

-Sí, una suerte. – Consultó el reloj de pulsera. – ¡Me voy ya!

Giordana observó a su hija salir dejando como siempre el desayuno sin terminar. A sus veintiocho años era la viva imagen de ella misma a esa edad, salvo por el cabello castaño claro que se lo debía a su padre.

Volvió de su cuarto con una pequeña maleta de fin de semana y besó a su madre en la mejilla antes de dirigirse a la puerta.

-Regreso el domingo por la noche.

-Muy bien. ¡Dale un beso a tu hermano de mi parte! – Gritó, pero Caeli ya había cerrado la puerta.

**XXXVII**  
**ANGUSTIA**

Alicia se sintió sola cuando Almudena regresó a Madrid. Sentada en la banqueta de uno de los ventanales del salón observaba la lluvia casi torrencial con la que había amanecido el día, la primavera acababa de empezar pero el clima no acompañaba, y en pocos días comenzaría el mes de las lluvias.

Sonrió, en realidad no le molestaba el tiempo, la lluvia era la causante de que su tierra fuera tan verde y, pensándolo bien, ya no llovía tanto como años atrás.

Se levantó y cogió el volumen de Katherine Neville que estaba leyendo, “El ocho”. Nunca le había apasionado precisamente el ajedrez, su padre le había enseñado a jugar de niña pero tampoco le suscitó mayor interés. Por eso había tenido aparcada la lectura de ese libro en particular, pero una vez lo empezó, la historia de la búsqueda de las piezas de ajedrez de Carlomagno la atrapó por completo. La ayudaba a evadirse de sus propios pensamientos y por momentos lo necesitaba.

A media tarde los empleados de la tienda fueron a tomar medidas de los cortinajes de los dormitorios principales y del salón; y también de las telas para el tapizado de los sillones y el sofá. Eso la mantuvo ocupada un par de horas, ya que conocía a uno de los muchachos y se prolongó la conversación.

En cuanto se quedó sola de nuevo, reconsideró la idea de quedarse allí tantos días; Castora y Jesús estaban a lo suyo y tampoco es que le dieran mucha conversación. Tras preparar la cena, la anciana se manifestó algo indispuesta y Alicia insistió para que se fuera a casa acompañada de Jesús.

-Pero...

-De verdad, ve y recuéstate. – La cogió de la mano y la acompañó hasta la

puerta de la cocina por la que salían más directamente hacia su casa. – Yo estaré bien, también me acostaré pronto hoy.

De mala gana, la mujer accedió no sin antes prometer que al día siguiente estaría allí a primera hora.

-No te preocupes, descansa.

Echó el cerrojo a la puerta y comió ya en la cocina algo de lo que Castora había preparado, a pesar de no tener demasiado apetito. Recogió un poco y subió a su dormitorio con la intención de leer un poco para hacer sueño y dormirse temprano.

Al cabo de dos horas, cerca de medianoche, continuaba leyendo. Había partes que debía releer porque su mente divagada hacia otros lugares que nada tenían que ver con lo que leía; pero a pesar de que sí se sentía algo cansada, no tenía sueño. Cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla de noche. Apagó la lámpara de sobremesa y cerró los ojos.

De pronto fue consciente de que estaba sola en la casa, el viento que envolvía el pazo silbaba a través de los ventanales, el incesante tamborileo de la lluvia contra los cristales, el crujido de la madera recién colocada del suelo, ... Los sonidos se acentuaban y se sintió como una niña miedosa que cree que hay monstruos bajo su cama.

Se tapó hasta el cuello y se sintió ridícula, pero aun así se volteó para encender la luz de nuevo. Era absurdo, pero le daba seguridad.

De pronto escuchó un fuerte golpe seco procedente de abajo. Se sentó en la cama pero no se atrevió a moverse. Pensó que sería la rama de algún árbol que había golpeado una ventana empujado por la fuerza del viento, se convenció de que era eso.

De nuevo se acostó y apagó la luz, obligándose a conciliar el sueño y deshacerse de los pensamientos absurdos que abordaban su mente.

*“Por Dios Alicia... duérmete ya”.*

El inequívoco sonido que emitían los goznes de la puerta de su dormitorio al abrirse la despertaron de nuevo.

Miró la puerta. Le pareció que estaba entreabierta. Una sensación de aprensión se instaló en la boca del estómago y en la garganta. Estiró el brazo para coger el teléfono y ver la hora. Las cinco cuarenta y cinco, pronto amanecería. Se quedó muy quieta, observando la puerta que no se movía. Pero ella la había cerrado al acostarse, estaba segura. Marcó el 091 y colocó el dedo sobre la tecla verde.

De pronto reparó en el vaso de agua que había sobre la mesilla y la invadió el pánico. Encendió la luz y fue entonces cuando vio a Alex. Estaba tranquilamente sentado en una de las butacas que había al lado del vestidor.

Gritó, lo hizo con todas sus fuerzas. Él se levantó rápido y sigiloso como un felino y la agarró con fuerza, tapándole la boca.

-No es que vayas a alarmar a nadie, pero me molestan los gritos. – Le arrebató el teléfono y cortó la llamada saliente. – Así que mantente calladita.

Alicia asintió y entonces la soltó.

-Siéntate.

-Que... ¡¿Qué haces aquí?! ¿Estás loco? – Fue hacia él y le empujó con fuerza mientras gritaba. - ¡¿Cómo has entrado?!

-¡¡Que te sientes!! – La voz atronadora hizo que le silbaran los oídos. La agarró de los brazos y la obligó a caminar hacia la cama y sentarse.

Alicia observó el rostro desencajado por la furia, los ojos inyectados en sangre la miraban con un odio tan atroz que no parecía él mismo.

-¡Has bloqueado las cuentas! Me has dejado sin casa y sin trabajo... - Se pasó la mano por el pelo, estaba fuera de sí. – Pues bien, *quid pro quo* cariño, tú me lo has quitado todo. Es de justicia que yo te arrebate algo a ti.

-¿Qué estás diciendo? – Podía sentir los latidos del corazón martillearle la garganta. – Las cuentas... es solo hasta que se resuelva lo del divorcio. Yo tampoco puedo tocarlas. Alex...

-Cierra la boca... no quiero escucharte. – Torció el gesto. – En tu email tienes un documento de revocación de esa orden para el banco. Fírmalo y envíalo. – Hizo un ademán con la cabeza indicando el escritorio donde reposaba su



portátil.

-Está bien... pero...

-¡Que te calles!. Dedícate solo a hacer lo que te digo. – Se precipitó sobre ella y la levantó de un golpe seco que hizo que le crujiera el hombro. - ¡Vamos! – Miró el reloj de pulsera. Irónicamente regalo de Alicia en su último cumpleaños. – Espabila, sé que los viejos no tardarán en aparecer.

-¡Ya voy! – Se revolvió para soltar el amarre pero obedeció. – Suéltame.

Encendió el portátil y se apresuró a abrir su cuenta de correo. Abrió el adjunto, lo firmó electrónicamente y lo adjuntó de nuevo a un nuevo email que envió al banco.

-Hecho. – Susurró.

-Bien, - soltó una risita nerviosa y desquiciada – ahora acuéstate.

La acompañó hasta la cama. Alicia estaba a punto de desfallecer por el estrés que le generaba la situación. Se sentó en la cama y Alex le ofreció el vaso de agua de la mesilla.

-Bébetelo. Todo.

-¿Qué es?

-Es una dosis letal de veneno. – Dijo Mabel apoyada en la puerta.

Alicia abrió mucho los ojos y se quedó mirando a la dueña de aquellas palabras. Luego miró el vaso, aparentemente lleno de agua y negó con la cabeza.

-No voy a beberme eso. – Dijo entre dientes.

-Sí, lo harás. La muerte alternativa es mucho menos... - se frotó suavemente la barbilla simulando buscar la palabra adecuada - limpia.

Alex miró a Mabel sonriendo por su ocurrencia.

-Vuelve abajo pecosa, vigila que la vieja no aparezca antes de tiempo.

Alicia buscó con la mirada algo con lo que golpearle o con lo que defenderse. Alex era más corpulento que ella, necesitaba algo contundente

con lo que dejarlo inconsciente de un solo golpe, no podía fallar o no lo contaría. Ya se ocuparía después de Mabel. Ninguno de los dos parecía ir armado así que tenía alguna oportunidad. Repasó las estanterías, donde solo había libros y algún adorno de metal o porcelana, nada demasiado pesado ni afilado. Reparó en el escritorio, sabía que en el cajón izquierdo tenía un abrecartas de plata. Se lamentó entonces de no haberlo pensado antes.

-Tal vez... debería escribir una nota de suicidio o algo ¿no?

Alex fijó la vista en ella. ¿Por qué se había vuelto tan dócil de repente?. Estaba claro que maquinaba algo.

-No será necesario. Al fin y al cabo, ya has intentado suicidarte antes. – Dijo con sorna.

-Cabrón asesino...

-Sí, saca las garras. – Se acercó a ella y le susurró al oído: - De poco te va a servir.

Alicia sacó fuerzas y gritó de nuevo pidiendo auxilio al tiempo que agarró el vaso y se lo lanzó a Alex con toda la potencia que logró reunir.

Él lo esquivó y se abalanzó sobre ella para silenciarla tirándola al suelo.

-¡Quítate de encima! – Gritó pataleando y golpeándole con todo lo que lograba alcanzar, que no era mucho aparte de sus zapatillas de casa.

Alex puso su mano sobre la boca de ella apretando e impidiéndole casi respirar y con la otra le agarró las muñecas inmovilizándola. Volvió la cabeza hacia la puerta, Mabel acababa de subir al oír el jaleo.

-¡Trae la cinta adhesiva! Al final vamos a necesitarla.

-La tengo aquí. – Dijo visiblemente agitada. – Tenemos que irnos, creo que viene alguien.

Después de taponarle la boca y sujetarle las manos a la espalda, la bajaron a trompicones por la escalera y salieron por la puerta principal, sabiendo que Castora utilizaba siempre la entrada de servicio que daba directamente a la cocina.

La condujeron a empujones por el lado este de la casa, el opuesto al sendero que conducía a la vivienda de los caseros. La angosta y oscura vereda daba a una pequeña zona de carga y descarga pavimentada. Sobre el cuadrado pavimento brillaba un solo arco de luz rojiza. Lanzaba una luz intensa, penetrante, y los movedizos eucaliptos que flanqueaban la zona danzaban y proyectaban sus locas sombras en la pared trasera del alto edificio que había al fondo. Había sido en su día un almacén de grano, también un secadero de carne y otros usos que le habían dado a lo largo de los años. Hacía décadas que no se utilizaba, de hecho, su padre había manifestado su deseo de derribarlo en varias ocasiones.

Durante un instante, dos de aquellas sombras parecieron fundirse al pie de la plataforma, formando una sombra casi humana; parecía como si alguien hubiera estado esperando allí y ahora salía a rastras a saludarlos.

Los otros dos parecieron percibir la misma sensación porque se detuvieron en seco. Fue Mabel la que instó a Alex a continuar, estaba decidida a terminar con todo aquello cuanto antes.

-Tenemos que entrar ahí y acabar con esto. – La empujó de nuevo para que continuase caminando.

El portón tenía un candado, pero estaba tan oxidado que de una patada Alex rompió la cadena y accedieron al interior.

Estaba amaneciendo, y aunque el cielo estaba cubierto de nubes, el sol comenzaba a anunciar crecientemente que el nuevo día estaba a punto de empezar.

Alicia se dejó caer sobre el suelo lleno de polvo. Se preguntaba con cierta alarma si iba a desmayarse. Las muñecas le ardían, le habían apretado demasiado las ataduras y los pies le sangraban, pues la habían sacado descalza al exterior y las pequeñas piedras del sendero junto con las agujas secas de los pinos le habían herido las plantas. Todo ello no sería importante si no estuviese en un estado de nervios que de continuar terminaría por hacer que perdiera la consciencia. Y lo peor era que tal vez no despertaría.

Sintió voy vez primera aquel temor desconocido hasta entonces, el temor a perder la vida. Era oscuro, incierto y repleto de matices, de dudas, de cosas

que debería haber dicho y otras que debería haber hecho. Algunas otras que tal vez no. Sin embargo su subconsciente de rebelaba intranquilo por todo lo que aún le quedaba por hacer, lo que tenía que venir.

-Bueno, señorita Pazos. – Mabel se acuclilló enfrente de ella, la agarró del pelo para levantarle la cabeza y le quitó de un tirón el trozo de cinta que le cubría la boca. - ¿Creías que no había más?

Le mostró un pequeño frasco de cristal y lo agitó suavemente delante de sus ojos.

-Te presento mi obra maestra. – Miró el frasco con orgullo. – He hecho una decocción de tallos de adelfa y el resultado está concentrado aquí.

-Sabes que no voy a beber eso... ¡Estás loca!

Mabel la abofeteó tan fuerte que perdió la visión del ojo derecho durante unos segundos. Escuchó a Alex reírse nervioso.

-Sí, vas a beberlo. Porque si no lo haces, primero se lo daré para desayunar a los viejecitos que cuidan esta maravilla y luego, - se acercó para mirarla bien a los ojos – ten por seguro que hallaré la forma de dárselo también a tu padre.

Se levantó y fue Alex quien tomó la palabra:

-No te vas a enterar, solo te quedarás dormida. – Mintió. – Venga, no lo hagas más difícil. Te dejaremos en tu cama y...

-No alucines, todos sabrán que has sido tú. – Dijo arrastrando las palabras por la furia contenida.

-Oh, no te preocupes por eso. Tenemos una coartada perfecta. De hecho, estamos en nuestro hotel de siempre en Navacerrada aprovechando las últimas nevadas de la temporada. Nos hemos asegurado de dejarnos ver bien y unos amigos, previo pago, han accedido a declarar que estuvimos toda la noche con ellos. Pasaremos allí unos días, ahora que tenemos vacaciones indefinidas.

Mabel rompió a reír y Alicia se encogió donde estaba. Al parecer no tenía más opción.

Gritó, lo hizo con todas sus fuerzas. Mabel levantó la mano para golpearla

de nuevo pero Alex la detuvo, no debían dejar marcas en su rostro o lo del suicidio no sería verosímil.

Le cubrió la boca y luego le tapó la nariz mientras Mabel abría el frasco decidida a volcar el contenido en el interior de la boca de Alicia y obligarla a tragar.

La invadió el pánico, iba a morir. Se retorció y pataleó sin descanso pero iban a conseguirlo.

Y de pronto algo contundente golpeó a Alex en la espalda y se desplomó en el suelo. Mabel se levantó desconcertada dejando caer el frasco al suelo donde se rompió derramando parte de su contenido, y alguien la sujetó desde atrás. Jesús.

La sensación de alivio que invadió a Alicia se vio acrecentada cuando descubrió a través de la claridad que les regalaba el alba, la figura de quien había golpeado a Alex con una pala, era Marco.

Estaba a salvo. Su cuerpo cedió entonces y perdió el conocimiento.

## *XXXVIII*

### *LIBERACIÓN*

El suave vaivén de las olas mientras bajaba la marea la mecía en su sueño al tiempo que desnudaban las rocas y dejaban algas sobre ellas secándose al sol. Se miró los pies mojados, la arena se pegaba a ellos y las pequeñas láminas de mica brillaban intensamente, parecían diamantes diminutos.

Un pequeño cangrejo todavía transparente se detuvo y pareció mirarla durante unos segundos, pero una ola más fuerte que las anteriores lo arrastró mar adentro. Le pareció que se iba feliz. Ella también lo estaba.

Siguió caminando, no quería irse de allí, estaba a salvo. Sin embargo no era capaz de detenerse y el lugar hacia el que iba se estaba oscureciendo por momentos, como si entrase en una cueva que iba estrechándose. Miró hacia atrás, quería volver a la luz, a su playa.

Sintió algo frío tocarle la mano y recorrerle con suavidad el brazo en movimientos ascendentes y luego la frente y las mejillas. La luz la absorbió de nuevo y la hizo retroceder violentamente. Con la misma violencia abrió los ojos y se incorporó.

-Tranquila... - Sentado a su lado, su padre le tomaba la mano.

-Papá, - sonrió con lágrimas en los ojos – yo... Alex...

-Shsss, ya lo sé. No te preocupes, todo va a estar bien. – Le cogió de nuevo la mano. La suya estaba helada en contraste con las de ella.

Tanto por el olor como por el exceso de blanco que la rodeaba supo que estaba en un hospital. Al parecer había sufrido un desmayo acompañado de una bajada de azúcar causado por el estrés.

-¿Qué ha pasado?

-Bueno, según me cuentan, Alex y Mabel entraron por la puerta principal, aun no me explico cómo. – Alicia recordó y le contó que tenía una copia de llaves y mando en su casa y se resolvió el misterio de la entrada. – En fin, después de eso, ¿recuerdas algo?

-Sí, lo recuerdo todo. – El rencor estaba latente en cada una de sus palabras. – Lo que quiero saber es qué ocurrió después. Cómo se enteró Jesús, ¡y Marco!

Fernando torció el gesto al escuchar el nombre de este último.

-Está fuera, él puede decírtelo mejor que yo. – Su semblante estaba más serio y Alicia se percató. – En cuanto a la pareja... bueno, están bajo arresto. Y de esta no se libran. En cualquier caso, cuando te encuentres mejor sabes que tendrás que ir a declarar y deberías además solicitar una orden de alejamiento.

Alicia asintió mientras miraba a la puerta y Fernando supo quién era el destinatario de su anhelo.

-Emmm, voy a hablar con el médico. Seguramente pasará a vete y te dará el alta.

-Sí, gracias papá.

Fernando salió de la habitación aun con la angustia permanente que se había alojado en su pecho tras estar a punto de perder a su hija. No descansaría hasta que ese par estuviese entre rejas y se aseguraría de que fuese una larga temporada.

Le hizo una seña a Marco cuando pasó por la sala de espera para indicarle que podía entrar a ver a Alicia y se dirigió al puesto de enfermería.

Marco se levantó de inmediato, le notaba extraño pero no le dio más importancia en ese momento. Todo lo que quería era ver a Alicia.

Tras dos suaves golpes en la puerta entró y se asomó. Ella le recibió con una gran sonrisa y abrió los brazos para acogerle.

-Ya te debo dos vidas... - Le susurró al oído mientras le abrazaba.

-Cierto. Había ido a darte una sorpresa y el sorprendido fui yo. – Le mostró su sonrisa preferida y sintió cómo se le encendía el corazón y también otras

partes de su anatomía en las que no quería pensar en ese momento.

-Esto es de locos.. – Dijo sin poder ocultar el rubor por su pensamiento anterior. - ¿Cómo sabías que...?

- No lo sabía *amore*, - Respondió mientras le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar – lo cierto es que fue algo impulsivo. Ayer me llegó aviso de que el juicio que tenía para hoy se había suspendido y lo pensé sobre la marcha. Así podría pasar tu cumpleaños contigo.

Alicia ni se había acordado de que era su cumpleaños y así lo demostró con su expresión de sorpresa.

-Casi no llego a los treinta y cinco. – Dijo con voz ahogada y áspera.

-Ey, ya pasó. – Intentó consolarla advirtiéndole que los ojos se le inundaban.

-Lo sé, - dijo forzando una sonrisa – continúa.

-Bueno, ayer por la tarde me fue imposible salir pero tenía pensado llegar al amanecer para que Jesús me abriese y poder despertarte. – Sonrió con cierta melancolía. – En cuanto llegué al tramo final del sendero me sorprendió ver allí el coche de Alex. Ese Jaguar llama la atención por donde pase y más medio escondido unos metros antes de una propiedad en la que nada tenía que hacer. Pero eso fue lo que me advirtió que algo ocurría. Si hubiese venido simplemente a hablar contigo no tenía sentido dejar el coche allí. – Ella asintió pero no dijo nada para dejarle continuar y aparte porque el nudo que tenía en la garganta seguramente le impedía emitir ni un sonido. – Llegué hasta la entrada y salté el portalón. Cuando llegué a la casa, Castora acababa de llegar y se mostró sorprendida cuando me vio pero sobre todo cuando le pregunté si había visto a Alejandro. Subí de inmediato a tu habitación mientras ella alertaba a Jesús. Allí vi las sábanas revueltas, los cristales de un vaso roto y tu teléfono en el suelo con el 091 aun en la pantalla. Llamé a la policía para que vinieran y salí al exterior justo cuando Jesús llegaba. No pasó mucho tiempo hasta que te oímos gritar y nos indicaste la dirección que debíamos tomar. Y bueno, lo demás ya lo sabes.

Alicia se le abrazó con fuerza, ese hombre la había salvado en todos los sentidos en que se puede salvar a una persona. Su corazón bombeaba sangre a toda velocidad, podía sentirla recorrerle las venas y calentarle la piel.



-Nunca podré agradecértelo lo suficiente. – Dijo con voz entrecortada por las lágrimas que pulsaban por salir al tiempo que enredaba los dedos en su pelo y lo aproximaba a ella.

-Ya lo has hecho. – Sacó del bolsillo el colgante que le había regalado el año anterior, lo depositó en su mano y se la cerró.

Unieron sus labios y se entregaron el uno al otro; porque a veces las palabras no son necesarias y un beso dice todo lo que el otro necesita saber.

\*\*\*

Fernando pensó en todas las noches de insomnio que había pasado últimamente preocupado por el bienestar de su hija que, afortunadamente, habían llegado a su fin.

Poco después de llegar del hospital, se reunieron en el pazo. Al pasar, reparó en el antiguo almacén que ahora con más razón que nunca derribaría en cuanto le fuese posible.

Castora había preparado una succulenta cena para dar la bienvenida a Alicia y además celebrar su cumpleaños y los cinco estaban sentados a la mesa del salón. La cena había sido agradablemente tranquila, Alicia miró su tarta de cumpleaños preparada por la anciana el día anterior y escondida con celo en el frigorífico. A esa mujer no se le escapaba nada. Era de hojaldre y crema, su preferida y tenía una preciosa vela con una rosa roja de cera al pie que, estaba segura, había hecho la propia Castora.

-Muchas gracias, es preciosa.

Como siempre, Castora le restó importancia y encendió una cerilla para prender la vela.

-No olvides pedir un deseo niña. – Sonrió mostrando esa sonrisa sincera que siempre le llegaba a los ojos.

Evitaron mencionar lo ocurrido, Alicia parecía estar bien, pero aun así le recomendaron ayuda psicológica para evitar el shock postraumático que no sería extraño la atormentase en breve.

Alicia pensó que regresar a Madrid y retomar su vida y rutina laboral, sería el mejor de los tratamientos. Pero sabía que antes de nada debía decirle a su padre el asunto de su relación con Marco, aunque sospechaba que él ya se olía algo.

Durante su paseo por los jardines después de la cena, decidieron que se lo harían saber al día siguiente.

-Creo que se lo tomará bien. – Alicia miró a Marco de soslayo y él sonrió abiertamente.

-Eso espero. – Tiró de su mano para esconderse tras el ancho tronco de un viejo roble y poder besarla lejos de miradas indiscretas. – Al fin vas a ser mía.

-No me gusta nada el posesivo... - Dijo juguetona mientras le revolvía con suavidad el cabello de la nuca.

-Ya sabes a qué me refiero. – Rozó la punta de la nariz con los labios y continuó: - Creo que he sido muy paciente.

-Desde luego.

La voz ronca por la anticipación y el deseo contenido le mostró el camino. La atrajo hacia él con suavidad y besó los labios por tanto tiempo anhelados y prohibidos. Ya no lo eran, ella era libre y la espera había terminado, al fin.

La mañana siguiente, Fernando Pazos salió temprano. Anunció a Castora que preparase comida para cinco personas y lo dispusiera todo para las tres.

Alicia fue a declarar acompañada de Marco y se pasaron la mañana en los juzgados pero, cuando salió de allí, de alguna manera se sintió liberada. Aprovecharon la preciosa mañana que en esa jornada sí era primaveral y caminaron largo rato por el paseo marítimo de la playa de Samil, en Vigo.

El simple hecho de ir cogidos de la mano sin miedo a que nadie pudiera descubrirlos era otra liberación, pero también la afligía la vaga idea de que tal vez, ahora que ya no era algo prohibido, ahora que ya habían caído en la tentación, todo desapareciese.

-¿Qué te preocupa? – Él parecía leer en sus ojos. La abrazó por la cintura y la apretó contra él. – Estaremos bien.

-Lo sé... - Enterró la cara en su pecho y se obligó a dejar de pensar negativamente.

-Cuando le digamos “lo nuestro”, -cambió su expresión – tenemos que aclarar también “lo suyo”.

Alicia rió por el juego de palabras.

-Sí, no más secretos. – Le dio un rápido beso en los labios y retomaron el paseo. - Sospecho que hoy será un día largo.

## *XXXIX*

### *REVELACIONES*

El flamante Mercedes de Fernando Pazos aparcó en la entrada levantando una polvareda que afortunadamente el viento se llevó en sentido contrario al acceso de la vivienda. Eran las tres en punto, tal y como había indicado. Castora tenía todo preparado y estaba a la espera de los señores y los invitados.

Fernando hizo pasar a las personas que le acompañaban y les mostró el pazo para hacer tiempo en tanto llegaban Alicia y Marco; y mientras Castora preparaba un refrigerio.

Estaban admirando las vidrieras de la parte superior de los amplios ventanales del acceso al salón cuando escucharon el coche de su hija llegar, por lo que se encaminaron a recibirles hacia las ceñudas sombras de la sala principal. El día se había cubierto, por lo que después de servir las bebidas y los entrantes fríos, la anciana encendió algunas luces y el salón y la entrada se invadieron de una agradable claridad. Fernando asintió cuando se cruzó con ella de vuelta a la cocina.

Alicia y Marco tuvieron la precaución de soltarse la mano al entrar en la casa. Entregaron los abrigos a Jesús que les esperaba de pie al lado de la puerta y les indicó que les esperaban en el salón.

-¡Hola!

Una muchacha de unos veintitantos años se acercó rápidamente a abrazar a Marco en cuanto ambos entraron en la estancia. Alicia no pudo evitar quedarse perpleja pero no emitió ni un sonido. Se la quedó observando unos segundos, era más o menos de su estatura, el cabello claro y levemente ondulado era largo hasta los hombros, de formas cuasi perfectas; pensó ligeramente hastiada que era preciosa.

Reparó entonces en la otra mujer que estaba flanqueando a su padre al que pudo observar un rictus extraño ¿podría ser que estuviese inquieto? ¿ansioso?. Pensó que tal vez sí lo estuviera. Y entonces, afortunadamente habló:

-Alicia, - se aclaró la garganta y se confirmó su nerviosismo – te presento a la doctora Giordana Cabanno y a Caeli,... su hija.

De inmediato volvió la cabeza hasta Marco que observaba con estupefacción la escena.

-¿Qué hacéis...? – Negó con la cabeza confuso.

-Sentémonos y hablaremos. – Dijo Fernando haciendo ademán para que todos tomasen asiento.

Lo hicieron, y aun manteniendo el gesto contrariado, Alicia acertó a decir:

-Encantada... - miró de nuevo a Marco que fruncía el ceño pensativo pero no decía ni una palabra. Su madre lo observaba con exactamente la misma expresión y su hermana parecía estar divirtiéndose. - ¿Papá? – Le instó a explicarse.

-He ido esta mañana al aeropuerto a recogerlas. – Se sirvió una copa de vino que sin duda necesitaba. - ¿Almorzamos primero?

-No no no... de ninguna manera. – Marco al fin pareció reunir algo de cordura y miró a su familia. - ¿Qué estáis haciendo aquí?

-Marco... - Alicia colocó la mano sobre la suya.

-Está bien, no te preocupes. – Dirigió de nuevo la vista hacia Fernando y su madre. – Veníamos con la intención de hablar con usted para decirle que, bueno, que estamos juntos.

-Lo suponía, por eso tenéis que saber algo. –Le cortó Fernando.

Todos se miraron incrédulos y confusos, aquello parecía el vagón del Orient Express, todos sabían de qué iba el tema pero ninguno tenía todas las piezas del puzzle. Fernando evaluaba especialmente la expresión de su hija.

-Alicia... -Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos. – Conocí a la

doctora Cabanno cuando atendió a tu madre en Barcelona, en la clínica...

-Eso ya lo sé. – Le cortó secamente. Él percibió cierta animadversión y se apresuró a continuar su relato.

-Nosotros, emm... - le costaba mantener la mirada alta. – Tras fallecer tu madre, tuvimos un... acercamiento. – Calculó el impacto de la palabra.

Marco se envaró, presentía por donde iban a ir los tiros y le clavó la mirada a su madre que se la devolvía cautelosa.

-Perdimos el contacto. Durante veinticinco años no nos hemos visto ni hablado, hasta que hace unos tres años nos encontramos por un casual y...

-¿Tres años?! – Alicia gritó más de lo que quisiera. - ¿Estáis... juntos?

Los interpelados se miraron y asintieron.

Marco empezó a atar cabos y fijó de inmediato la vista en su hermana, alternándola luego con su madre que adivinó rápidamente sus pensamientos. Sin dejar de mirarla preguntó a Alicia:

-¿En qué año falleció tu madre? – Dijo en un susurro.

-A finales del ochenta y nueve, creo... - Miró de soslayo a su padre que asintió levemente confirmando la fecha. - ¿Por qué?

-Se ve que no le duró demasiado el duelo Señor Pazos.- Afirmó con dureza. Alicia se exaltó al escuchar el tono y Marco la miró: - Caeli nació en septiembre del año noventa.

Se hizo un silencio general en la mesa. Fue Caeli la que hizo más rápido las cuentas y gritó:

-¡Es usted mi padre!

-¡Dios mío! – Alicia hundió el rostro entre sus manos por la impresión y la incredulidad.

-No fue algo premeditado, - se apresuró a decir Fernando – ocurrió sin más. Yo...

-Él no lo sabía. – Intervino al fin Giordana.- No se lo dije. No entonces. Lo

supo hace un par de años, cuando... retomamos la relación.

-Tiempo suficiente para contarlo ¿no? – Dijo Caeli con aspereza. – Es increíble.

-No sabíamos cómo decirlo. Y ahora lamento haber tardado tanto. – Fernando no le quitaba ojo a Alicia que continuaba sujetándose la cabeza con las manos mientras miraba al suelo. – Cuando vi a Marco en el hospital y pude ver lo que sentía por Alicia... nunca creí que algo así pudiera pasar.

-Osea, que si no fuera por eso seguiríamos ignorantes. – Expiró con fuerza y cogió aire de nuevo.- ¿Y la oferta de sociedad? Porque ahora sé que no fue para nada una casualidad, ¿qué pretendía?

-Lo que no pretendía era que mi hija y tú...

-Papá, - Dijo Alicia en un susurro – mamá acababa de morir y tú... tú ¿te acuestas con su doctora? – levantó la mano para impedirle hablar cuando advirtió que iba a cortarla. – ¿Y ahora resulta de que tengo una hermana, o medio hermana que también lo es del hombre que quiero? Perdonadme pero... no puedo con esto.

Se levantó de la mesa y salió al jardín. Su padre la siguió.

-Alicia, escúchame por favor.

Había sido un solo momento de debilidad. Roto por el dolor y con el desgaste emocional que suponía velar por una mujer enferma desde hacía casi tres años, se dejó llevar por un instante de lujuria.

-Me la encontré en el aparcamiento al salir del hospital después de solucionar el tema burocrático, ya sabes. Nos tomamos un par de copas, nos fuimos a mi hotel,...

-Vale, de acuerdo. No es necesario que sigas.

-No volví a verla. No hasta que la casualidad, o quiero pensar que el destino, hizo que nos encontrásemos de nuevo y bueno, la quiero Alicia.

-¿Cómo querías a mamá? – Dijo dolida.

-Es diferente hija. Siento si esto te produce dolor, de verdad.

-¿Y ella? ¿Y Caeli?

-Para mí también ha sido una sorpresa. Es la primera vez que hablo con ella. Sois... parecidas.

Alicia rompió a reír de manera histérica. Se sentó en el suelo y se recostó contra el tronco de un precioso magnolio. Fernando permaneció en silencio mientras su hija se calmaba y, en cuanto lo hizo, le dio el abrazo que presentía que necesitaba.

-Yo que siempre quise una hermana... -Hipó intentando reprimir las lágrimas. – Es la hermana de Marco.

-Lo sé... pero, bueno, supongo que eso no cambia nada entre vosotros.

-No por mi parte. – Miró con cierta angustia hacia la ventana iluminada del salón.

-Puedes estar segura de que por la suya tampoco. He visto cómo te mira hija.

\*\*\*

Horas más tarde, Marco se encontraba en su habitación. Aprovechando que su padre se había llevado a Caeli y Giordana para mostrarles los alrededores, subió y llamó a su puerta.

-No puedes esconderte aquí para siempre.

-¿Seguro? No es una mal lugar... - Estaba sentado en el alféizar de la ventana pero se levantó y caminó hacia ella al escucharla.

-¿Estás molesto porque debes compartir conmigo a tu hermana? – Bromeó.

-Todavía no puedo creerlo.

Se sentó en el borde de la cama y cuando ella se aproximó cautelosa, él le rodeó la cintura para acercarla y apoyó la frente en su vientre.

-Yo tampoco, pero así son las cosas. – Dijo acariciándole el pelo.

-Caeli estaba casi histérica cuando tú y tu padre salisteis.

-Me imagino, - pensó que en su situación ella también lo estaría – es



complicado para todos.

De pronto Marco se levantó y la tomó de la barbilla para alzar el rostro de Alicia y poder mirarla a los ojos.

-Esto no cambia nada.

-Desde luego que no. – Respondió ella.

-Me alegra que estemos de acuerdo. – Le mostró esa sonrisa ladeada que la contagiaba.

-Discreparemos en muchas cosas, nos peharemos, discutiremos y enfadaremos por tonterías, pero hay algo que quiero que no olvides jamás: Pese a todo, te quiero.

*-Molto meno di quanto ti amo io.*

## ***EPÍLOGO***

-¿En serio? ¿Por qué? ¿Para qué Almu?

Alicia no sabía si estaba enfadada, indignada o simplemente molesta por la visita de su amiga al penal donde estaba recluido Alex.

-Bueno, ya sabes que soy bastante propensa a hacer lo que me sale del unicornio. – Respondió con sorna. Luego continuó haciéndose la pedicura intentando evitar la acusadora mirada de Alicia. – Tenía que enfrentarlo. Joder, ha sido amigo mío desde hace más de diez años. Piensas que conoces a las personas y...

-Y se dejan engatusar por pelirrojas espectaculares que las convierten en homicidas en potencia. – La cortó.

-Tú eres tan espectacular como la pelirroja.

-Bueno, ahora que sé que puedo fiarme de tu valoración con respecto a las mujeres, agradezco el cumplido.

Almu la miró alucinada y las dos estallaron en una sonora carcajada.

-Van a trasladarlo, eso me dijo. – Evaluó la expresión de su interlocutora. – A Toledo, para estar cerca de su familia.

-Todavía no había pensado en ellos. – Sus suegros eran buenas personas, lamentaba que tuviesen que pasar por aquello. Claro que, a decir verdad, tampoco la habían llamado para interesarse por ella en ningún momento; por lo que la pena fue menor. - ¿Y a ella?

-De eso no sé nada, ni me interesa. – Se fijó en el destello que emergió del escote de Alicia cuando el sol se reflejó en su colgante. – Veo que vuelves a llevarlo.

-Sí, - se tocó instintivamente la lágrima de malaquita que Marco le había regalado en su cumpleaños anterior – no pienso quitármelo.

Almu caminó descalza y con algodones entre los dedos de los pies, los escasos dos metros que las separaban. Cerró con fuerza el esmalte escarlata y lo dejó sobre la mesa.

-No te he dicho aun que siento haber sido tan pesada con que le dejases, - le tomó la mano que reposaba en su regazo – sabes que quiero lo mejor para ti, y ahora sé que no era Alex. Ojalá me hubiese dado cuenta antes.

-No eras tú la que tenía que haberse percatado de que aquello no era lo que debía ser. Estaba demasiado entregada a otras cosas, a veces pienso que en el fondo tal vez sea culpa mía, al menos en parte. – Miró al suelo.

-Ninguno de los dos erais culpables de que la relación no funcionase. Si hay amor, no es necesario forzar las cosas.

-Ahora lo sé, - sonrió automáticamente al pensar en Marco – en cuanto me besó me tocó el alma. Con él es todo tan sencillo, todo fluye con naturalidad y aunque sé que esta etapa de, - soltó una risita nerviosa – atracción salvaje que tenemos ahora es pasajera, también sé que hay algo mucho más profundo, diferente, que permanecerá. He estado a punto de perderlo todo y en lo único que podía pensar era en que no volvería a verle, eso era lo único que me estrujaba el corazón, perderle.

-Parecía tan... - no encontraba la palabra.

-¿Improbable?

-Imposible. Si volvemos un par de años atrás jamás hubiéramos dicho que...

-Desde luego.

Ahora era más consciente que nunca de lo efímera que es realmente la vida y de que el amor, cuando es de verdad, no contempla lo imposible.

\*\*\* FIN \*\*\*





## ***mEnciones Y AGRADECIMIENTOS***

Éste siempre es el apartado que más me cuesta escribir, y no porque no sea agradecida ni porque no tenga a quien agradecer; si no porque no se me da bien abrir esa pequeña (muy pequeña) parte de sentimentalismo que habita en mí. El camino no ha sido breve ni fácil, nunca lo es, pero en esta novela especialmente. Es la tercera y en parte, para mí es casi como si fuera la primera. Principalmente porque los comienzos nunca son sencillos y los míos en este mundillo, con una novela “Amanecer Contigo” que partió de un relato fanfiction que ha servido para de alguna manera “romper el hielo” y marcar un comienzo, aunque no me vea del todo reflejada en ella como escritora. Después llegó “Cautiva”, uno de los géneros que más me gustan, una novela más madura, principalmente porque la escribí unos cuantos años después, le dediqué más tiempo y no la escribí para encajar, la escribí para mí, como quise, y el resultado me encantó. Pero es “Una ventana frente al mar” la que verdaderamente refleja el modo de escritura que quiero y deseo transmitir, por haberla escrito en diferentes momentos complicados y cruciales muchos de ellos en mi vida, porque me ha costado tela organizar en mi cabeza la barbaridad de ideas acumuladas después de tanto tiempo sin escribir y mi cabeza, creedme, no es fácil de ordenar la mayor parte del tiempo; y porque creo que el resultado es bastante bueno, espero que los lectores compartáis mi opinión.

Así que sin más rodeos tengo que agradecer principal y especialmente a mis niñas Naiara y Sabela por ser lo mejor que tengo en la vida, porque son tan tan buenas que me dejan tiempo para escribir y hacer prácticamente cualquier cosa; porque me sacan una sonrisa a cada momento y se me alegra el alma solo con mirarlas. Al padre de mis hijas y mi pareja Isidro, por jugar con las niñas y conseguir que lo único que escuche a mi alrededor sean risas y grititos de alegría. Por supuesto también su apoyo a mis padres Fernando y Gloria, a mis hermanos Yoly (mi sister) y Roi que los adoro. A Almu. A Don Roberto Barrasa (Señor de Miranda). También a Fernando y a Marga. Como

siempre, a mis amix, Lucky, Marta, Valeria y Claudia por leerme y apoyarme en todo momento. A todas las lectoras que siempre me han animado a continuar. Voy a agradecer también a mi amiga Cris su sinceridad, siempre. A Mabel. A Alicia, Leila, Mar, Nines, Marian , Tere y Paqui, mis compimamis que me han apoyado desde el comienzo. A Arantxa (@leer\_es\_lo\_mas) y Malau que sois unos soletes. A San y Cris Pesqueira. A Ro, gracias por la promo (que dos cositas más lindas surgieron de aquellas tardes de los miércoles en el Tokio). A mi editor Héctor por marcarme el camino.

En fin, a todos, de verdad... Gracias.

## ***ACERCA DE La AUTORA***

Vanessa Freiría Crego nació en Santiago de Compostela la madrugada del 1 de Abril de 1980 y creció en Teo (La Coruña). Reside desde 2007 en Benavente (Zamora) con su pareja y sus dos hijas.

Lectora profesional de todos los géneros, sus preferidos son la romántica adulta, la literatura fantástica y la histórica.

**“Una ventana frente al mar”** es su tercera novela después de **“Amanecer Contigo”** (ISBN: 978-1549609756) (2017) y **“Cautiva”** (ISBN: 978-1549688638) (2017).



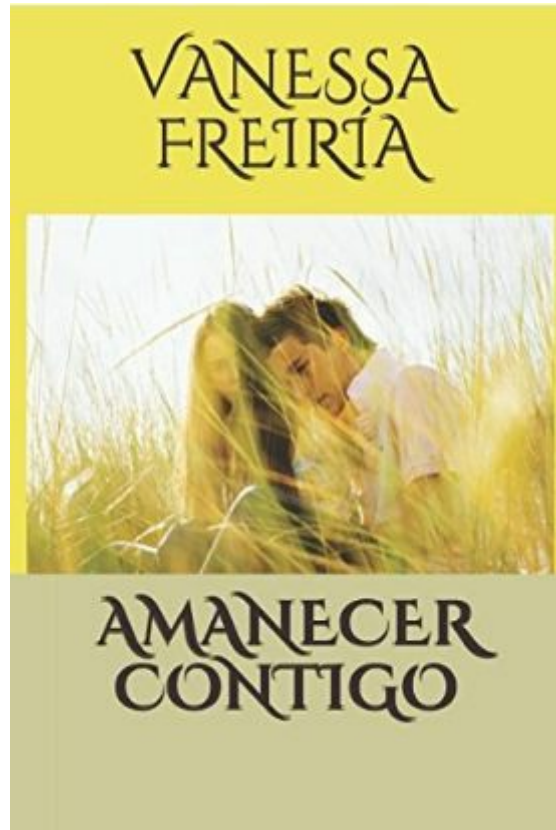
<https://vanefreiria.wixsite.com/misitio/blog>



***Una Ventana Frente al Mar* de Vanessa Freiría**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de la escritora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del código penal).

Descubre más novelas de Vanessa Freiría...



“ Beca es una chica zamorana de 18 años que se muda a Santiago de Compostela para iniciar sus estudios universitarios. Allí conocerá a grandes amigas y a Iker, un estudiante de música que la deslumbrará desde un primer momento y con el que descubrirá los placeres del sexo y del amor verdadero.”

\*\*\*

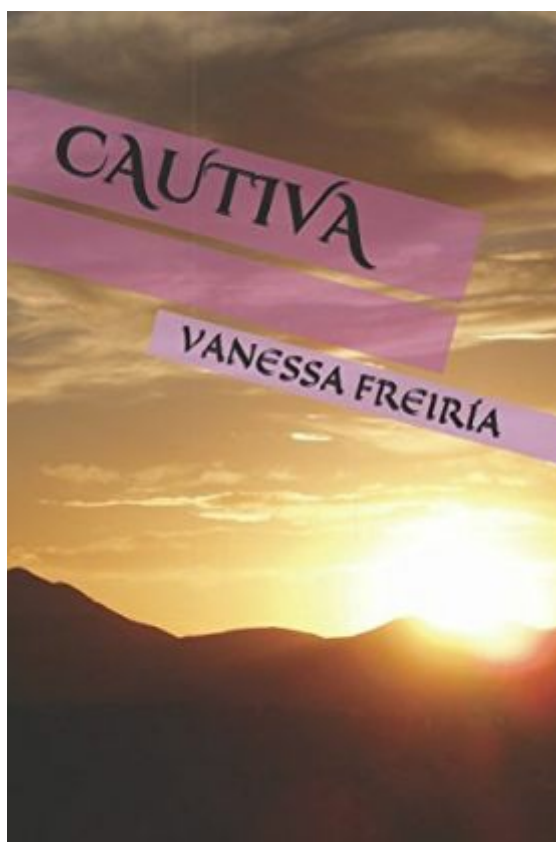
**Tapa blanda:** 242 páginas (Disponible también en ebook KINDLE)

**Editor:** KDP by AMAZON (28 de agosto de 2017)

**Idioma:** Español

**ISBN-10:** 1549609750

**ISBN-13:** 978-1549609756



“ Valeria Ferry es una joven residente en la ciudad Nueva York donde regenta una galería de Arte. Cuando recibe una carta de un familiar anunciándole la inminente muerte de su madre, decide viajar a su pueblo natal donde descubre que todo lo que creía saber acerca de su familia era incierto. Allí cambiará su vida por completo, unos seres la harán desaparecer para darle a conocer un mundo que ella desconocía y al que pertenece por derecho. Acción, fantasía, amor y sexo, se mezclan en esta trepidante novela de ágil lectura que mantendrá al lector enganchado desde el comienzo hasta el final.”

\*\*\*

**Tapa blanda:** 201 páginas (Disponible también en ebook KINDLE)

**Editor:** KDP by AMAZON (6 de septiembre de 2017)

**Idioma:** Español

**ISBN-10:** 1549688634

**ISBN-13:** 978-1549688638

## **Antes de irte...**

Si te ha gustado el libro, déjame por favor tu opinión.

¡Gracias!